



CAPÍTULO III

LA DECLARACION DE GUERRA

EN los últimos días del mes de marzo de 1793, el pueblo español supo, por un decreto firmado por su Rey en Aranjuez el 25 del mismo y hecho público con toda solemnidad, cómo España declaraba la guerra a Francia. No podemos decir en modo alguno que esta declaración causase sorpresa en las poblaciones españolas. Conocedoras todas ellas con mayor o menor exactitud de lo que ocurría en la vecina nación, la indignación que en ellas causó la noticia de la ejecución del infortunado Rey Luis XVI, no pudo ser más viva, y desde aquel momento, más que esperar la guerra, nuestro pueblo la deseaba con verdadero anhelo. Desde este punto de vista resultaba innecesario el preámbulo del deferido decreto, en el que, con intención manifiesta de justificar la decisión tomada, se exponían cuantas gestiones habían sido hechas por el Gobierno para evitarla, procurando por medios conciliatorios conseguir al menos la libertad del Rey cristianísimo y de su augusta familia; gestiones todas ellas fracasadas totalmente. Por último, la naciente República francesa había declarado el día 7 del mes corriente la guerra a nuestra Patria, llevándose a efecto por parte de los franceses verdaderos actos de hostilidad que no podían ser ya tolerados. La publicación, por lo tanto, de la decisión adoptada por el Gobierno español, vino a causar el efecto de la apertura de una válvula de escape en la superficie de una caldera de vapor o de una cámara de gas sometidas a presión. ¿Cómo se había llegado a semejante extremo? Hemos indicado en el capítulo anterior al exponer las causas de la guerra y tratar de describir el cuadro general de la política europea ante el proceso revolucionario, cuán diferente resulta nuestra conducta noble, leal y sincera, frente a los dudosos manejos, anbigüedades, vacilaciones y aun reprobables maquinaciones de las demás potencias, no tratando nuestro Gobierno de conseguir otra cosa que la salvación de la vida del Rey francés y, en último término, el restablecimiento del orden público en la nación vecina. Nuestros lectores han podido conocer las respuestas dadas por los revolucionarios a nuestras nobles y pacíficas proposiciones, respuestas que, sin duda alguna, merecen el más duro calificativo. Todos estos hechos están reconocidos por el testimonio de los propios escritores franceses de auténtica significación y autoridad. Pero habida cuenta de la condición moral de los elementos actuantes en aquel hecho histórico, no puede causar extrañeza que, unos hombres

engreídos por el más desmedido orgullo nacional y cegados por la pasión, no se encontrasen en condiciones de estimar debidamente la buena fe de España y su deseo de llegar a un sincero y leal acuerdo. Hemos visto anteriormente cómo la Convención rechazó con la culpabilidad oratoria que era característica en sus miembros, las proposiciones presentadas por Duchanel, con arreglo a las gestiones llevadas a cabo por Ocariz en nombre del Monarca español: «De aquí en adelante—exclamó Danton en actitud declamatoria y altanera, en la funesta noche del 16 al 17 de enero—no trataremos con los reyes, sino con los pueblos.» El terrible convencional pidió inmediatamente que para castigar a España de su insolencia se la declarara la guerra y que se incluyera al tirano de Castilla en la exterminación general de los reyes del Continente. Reconozcamos en honor a la verdad que este tirano de Castilla no era por todos conceptos más que un *hombre débil*. La declaración de guerra no se hizo en aquellos momentos, sino pocos días más tarde.

Pero a pesar de lo declarado en esta respuesta, aún Mr. de Bourgoing fué citado a Aranjuez por Godoy con carácter reservado, celebrándose una conferencia de la que no ha podido tenerse otro conocimiento que el facilitado por el propio Godoy en sus famosas memorias. Sobre el valor de esta información, expone el General Gómez de Arteche en su obra citada «Reinado de Carlos IV», el siguiente comentario: «No debe ser exacto el válido en sus informes por el interés que tiene en mostrarse tan hábil como enérgico. Entre las exigencias de Bourgoing aparece, como para cerrar un diálogo que no se concibe pudiera celebrarse con tranquilidad, la del desarme recíproco de las dos naciones, pero con la reserva de mantener Francia en la frontera tropas que le garantizasen de cualquier agresión por parte de los españoles. Y si faltaba algo para inferir una ofensa más al honor y la dignidad de nuestra Patria concluyó diciendo el plenipotenciario francés: «Mis instrucciones son precisas, terminantes, no dejan lugar a otro partido en los riesgos que amenaza a Francia su Gobierno no se fía en palabras: la guerra es infalible, si España no desarma.»

Opina nuestro General que con todo esto había más que motivos suficientes y sobrados para declarar la guerra a Francia, pero es lo cierto que nuestro Gobierno no lo hizo así, y, en vista de ello, más expedita la Convención en sus resoluciones, hubo de hacerlo por su parte, según hemos indicado anteriormente, en la sesión del 7 de marzo; justificándose en el preámbulo del decreto el acuerdo tomado por aquella Asamblea, de declarar la guerra a España como respuesta a las intrigas llevadas a cabo por Inglaterra y el Papa cerca de nosotros y, para la realización de aquel propósito de que los Borbones desaparecieran del trono español, *llevando la libertad al clima más benigno y al pueblo más magnánimo de Europa*. El decreto de la Convención resumía el número y la calidad de los agravios que, según ella, habíansele inferido por España, conteniendo varios capítulos que comprendían desde la aquiescencia al título y autoridad de soberano que Luis XVI había conservado y ejercido desde 1789 y su negativa a reconocer a Mr. de Bourgoing su carácter diplomático, después de haber retirado a su propio embajador de París, a consecuencia de la jornada del 10 de agosto, a la concentración de tropas en la frontera. La Convención llegaba a quejarse finalmente hasta de que el Rey de España hubiera mostrado su adhesión al de Francia, pariente mayor, y dejado traslucir, y es mucho ver (apunta irónicamente nuestro historiador) el designio formal de sostenerle. Hasta le era negado a Carlos IV el derecho de expresar la pena que pudiera producirle la ejecución de Luis XVI, lo cual provocaba en concepto de Danton un *casus belli*, así como el de suspender sus comunicaciones con Bourgoing y, desde luego, no mostrar oposición decidida hacia una inteligencia con el Gobierno de la Gran Bretaña.»

«Declarada la guerra a España por la Convención, aceptarla era un imperativo para el decoro de la nación española y de su soberano y el más elemental prestigio de la dignidad nacional reclamaba no permanecer por más tiempo en una apatía que había de resultar vergonzosa y humillante para ambos, acrecentando ante tal prueba de debilidad el ya de por sí acrecentado envaletonamiento de los franceses con sus indiscutibles triun-

fos y su habitual menosprecio de todas nuestras cosas. Pero, a pesar de todo, con una terquedad que, bien pudiera calificarse de cerril, todavía insistió el Conde de Aranda en sus tentativas para impedir que España declarase la guerra a Francia, y al efecto envió una especie de memorándum al Rey Carlos IV el 27 de febrero, a raíz de recibirse la noticia del suplicio de Luis XVI, en el que se recopilaban cuantos argumentos hubieran podido servirle de norma para regir su conducta política con todas las potencias, sobre todo con Francia, durante su infructuosa y postrer actuación ministerial. Cualesquiera que hubieran de resultar los efectos causados por este funesto acontecimiento, tanto en la opinión pública española, como sobre la suerte reservada a la familia real que continuaba prisionera en el Temple, según Aranda, la neutralidad debía mantenerse a toda costa. De este memorándum se tiene una información al parecer autorizada, por lo que se declara en las memorias de Muriel, que fueron traducidas al francés por Coxe, y, según lo que en ellas se manifiesta, parece ser que, sin embargo, a pesar de lo sostenido por el Conde, esa neutralidad en su ánimo no revestía un carácter decisivo, sino tan sólo expectativo, pues no se descartaba la probabilidad de aprovecharse, si la ocasión se mostraba propicia, de las desidencias que con motivo de la ejecución de su Rey pudieran originarse en la revuelta Francia. Otra cosa no la consideraba prudente el viejo ex ministro español, juzgando que al sobrepasar este límite, aun saliendo triunfante la coalición, España no recogería de este triunfo otro beneficio que el darse la satisfacción de ver establecidos en el trono de Francia a los sucesores del monarca sacrificado, y esto a costa de los inmensos gastos que para conseguirlo tendría que sufragar por su cuenta, mientras Inglaterra, Austria y Prusia se beneficiarían en cambio con la obtención de grandes compensaciones territoriales en pago de los sacrificios, muchos o pocos, que hubiesen llevado a cabo.»

«Para Aranda, la alianza con Inglaterra no había de facilitarnos apreciables auxilios, y, aunque desde luego, era imposible apoyar a Francia en su lucha contra las potencias europeas, dado que, después del crimen cometido contra su Rey, toda relación amistosa con ella era inadmisibile, y únicamente quedaba, como supremo recurso, el mantener la neutralidad pacífica en apariencia, pero bien armada, *para que los franceses reflexionasen* (frase ésta atribuida por Muriel al Conde de Aranda) si estando resuelto a mantener su idea, aún logrando buenos efectos de ella, no les traería cuenta ninguna tener en España un enemigo más, que distrajese su atención por las fronteras meridionales...»

Estimaba Aranda que la guerra entre Inglaterra y Francia, que, desde luego, había de debilitar la fuerza de esta última, proporcionaría a España una mayor autoridad y fuerza para obrar, mediar y negociar con aquellas potencias en los momentos oportunos; entregándose, a continuación de este juicio, a una serie de divagaciones que muy bien pudiéramos calificar de maquiavélicas, proponiendo, en consecuencia, la realización de una serie de manejos y de planes que, si por un lado resultaban completamente inocentes, por otro, eran indignas de nuestro Soberano, variente del Rey Luis XVI, y de nuestra nación, revestida de una intachable y justificada fama de lealtad y nobleza.

Es verdaderamente interesante el conocimiento de las razones aducidas por el Conde de Aranda, que argüía de la siguiente manera: «Si pudiéramos mantener una neutralidad armada, los resultados serían infaliblemente los siguientes: los franceses habrían de ser felices o desgraciados en la contienda. Si eran felices, no se habrían agrado con nosotros, y siéndoles necesario el descanso después de tanta agitación, o cuando menos, vivir en lo sucesivo en buena inteligencia con algunos Estados, fuera muy natural que, teniendo interés tan verdadero en vivir con nosotros, lo hiciese. España, por su parte, no ha de perder de vista, y si hay algún medio de evitar el contagio del espíritu de libertad sería, ciertamente, estar en paz con su vecino, pero de manera que cada uno viviese en su casa y se gobernase en ella como tuviese por conveniente. No poniéndose sobre este pie, el mal espíritu de libertad se removería y haría tentativas continuas por hallarse las

dos naciones tan vecinas sería menester estar siempre en defensa para precaverse contra sus frecuentes agresiones. Si los franceses eran desgraciados, entonces, sí, que la innación armada sería ventajosa, porque desplegaríamos nuestras fuerzas y, cargando sobre los franceses, ya *flacos y turbados* por sus reveses, por otras partes daríamos un golpe decisivo y seríamos vencedores sin mucho riesgo. Entonces podría V. M., como tan interesado en restablecer los derechos de su familia, presentarse a reclamar la reposición de ella en el trono de Francia. Pero, si todas estas razones no fuesen ya de por sí suficientes para mantenerse alejados de los problemas europeos, Aranda como recurso supremo, presentaba a la consideración del Rey la perspectiva de los peligros que amenazaban a nuestros Estados de América, como resultado de la reciente emancipación de los Estados Unidos del Norte de aquel continente al despertarse en ellos idéntico espíritu de independencia, razón por la cual era prudente atender sobre todo a los propios intereses de la casa antes que a mezclarse en los asuntos de los demás.»

Mas, como era lógico, todos estos argumentos del memorándum de Aranda no debieron influir lo más mínimo en el ánimo de Carlos IV, afectado, honda e intensamente, como puede comprenderse, por la ejecución de su querido pariente, el Rey de Francia, a quien él, por otra parte, veneraba como jefe de la familia y, así vemos que, días después de haber llegado a España la noticia del suceso, apareció en la «Gaceta» del día 5 de febrero un Real Decreto prescribiendo el luto de la Corte durante tres meses, con motivo de la muerte de Luis XVI: «Rey cristianísimo de Francia que terminó su carrera el día 21 de enero próximo pasado con una heroicidad igual a sus anteriores infortunios y a la inhumanidad del horrendo e inaudito atentado cometido contra su augusta persona.» Por aquellos días se tenía igualmente noticias de que Inglaterra estaba armando sus escuadras con el propósito de llevar a cabo una acción militar contra Francia, dando lugar a suponerlo así, el hecho de que su Gobierno no sólo se negase a recibir al nuevo embajador francés. M. de Chauvelin, sino que, el 25 de enero, Lord Grenville le notificara la orden de salir de los territorios del Reino Unido en el término de ocho días, procediendo a continuación a disponer un acrecentamiento de las fuerzas terrestres con que socorrer a sus aliados, oponiéndose a las miras ambiciosas de Francia y, muy especialmente, a la propagación de unas doctrinas y de unos principios sociales encaminados al trastorno total de la paz y del orden de toda sociedad civil tal, como hasta la fecha, había sido concebida y organizada por la ideología inglesa. No cabe duda alguna por cuanto viene exponiéndose que el Conde Aranda no había sabido en aquella ocasión interpretar el verdadero carácter y la extraordinaria trascendencia de todos aquellos sucesos, aconsejando unas normas de conducta impropias de la caballería y hidalguía tradicionales de España, y aun contrarias a la satisfacción de sus propios intereses que, en modo alguno, podían ser extraños a los de las otras potencias europeas. La falta de perspicacia del viejo político no pudo ser más evidente en este último trance de su vida política, tan propia a toda clase de comentarios, porque, como declara el General Foy en su notable *Historia de la guerra de la Península por Napoleón*: «Cualesquiera que fuesen las razones que hubieran podido llevar a Carlos IV a una resolución opuesta a la declaración de guerra, érale forzoso el tomar las armas, pues de no hacerlo así, la nación se hubiera lanzado por su cuenta a la guerra. La condenación de un Rey, por los que antes habían sido sus súbditos, llenaban de horror a un pueblo religioso y sencillo.» Y a este propósito comenta nuestro historiador Gómez de Arteche, que, «pocos extranjeros hubo que pudieran, mejor que Foy, aquilatar esos sentimientos del pueblo español, habiendo sido el ilustre General tan infatigable como inteligente actor en una lucha que, quince años más tarde, después de una tregua de trece de paz con Francia, había de reavivar aquel fuego en el que hay que reconocer la circunstancia de haber sido el principal factor en el aniquilamiento del imperio napoleónico». Creemos inútil advertir, como nuestro historiador se refiere a la heroica Guerra de la Independencia.

La declaración de guerra por parte de los franceses había sido redactada por Barrè-

re, y de su carácter dan buenas pruebas las siguientes frases que la encabezaban: «Las intrigas de la Corte de Saint-James—decía esta declaración—han triunfado en Madrid, y el Nuncio del Papa ha afilado los puñales del fanatismo en los Estados del Rey católico.» ¡No podían faltar estos tópicos en un documento de esta clase! «Hay que obrar para que los Borbones desaparezcan de un trono usurpado merced a la sangre y los tesoros de nuestros padres.» En consecuencia proponíase al pueblo francés manifestase su firme designio de declarar la guerra a España con el propósito que ya conocemos de *llevar la libertad al clima más hermoso y al pueblo más magnánimo de Europa.*

A este propósito Salcedo Ruiz, comentando el texto de esta declaración en su obra *La época de Goya*, escribe lo siguiente: «Lejos de haber intrigado Inglaterra en Madrid, fué nuestro Gobierno quien intrigó o negoció en Londres; y en cuanto a la intervención del Nuncio debió de ser figuración de Barrère, pues no consta en documento alguno que se moviera en ningún sentido.» Reconozcamos que no mezclar al Nuncio de Su Santidad en los asuntos de España—el país de la Inquisición—era cosa inconcebible, dada la mentalidad de nuestros vecinos y su total desconocimiento del verdadero carácter de nuestra constitución moral y material, no queriendo reconocer que en ésta, como en casi todas las circunstancias de su vida, España obró por propia cuenta, sin verse obligada a obedecer los mandatos del Nuncio de Su Santidad o de cualquier poder político extranjero.

El Decreto publicado por Carlos IV el 23 de marzo, aceptando, más propiamente que declarando, la guerra, estaba redactado en los siguientes términos:

«EL REY»

Entre los principales objetos a que he atendido desde mi exaltación al Trono, he mirado como sumamente importante el de procurar mantener por mi parte la tranquilidad de Europa, en lo cual, contribuyendo al bien general de la Humanidad, he dado una prueba particular a mis fieles y amados vasallos de la paternal vigilancia con que me empleo constantemente en todo lo que puede contribuir a la felicidad que tanto les deseo, y a que les hace tan acreedores su acendrada lealtad, no menos que su carácter noble y generoso. Es tan notoria la moderación con que he procedido con la Francia desde el punto en que se manifestaron en ella los principios de desorden, de impiedad y de anarquía que han sido causa de las turbulencias que están agitando y aniquilando a aquellos habitantes, que sería superfluo el probarlo. Bastará, pues, ceñirme a lo ocurrido en estos últimos meses, sin hacer mención de los horrendos y multiplicados acaecimientos, que deseo apartar de mi imaginación y de la de mis amados vasallos, aunque indicare el más atroz de ellos, por ser indispensable.

»Mis principales miras se determinaban a descubrir si sería dable reducir a los franceses a un partido racional que detuviese su desmesurada ambición, evitando una guerra general en Europa, y a procurar conseguir, a lo menos, la libertad del rey cristianísimo Luis XVI y de su augusta familia, presos en una torre, y expuestos diariamente a los mayores insultos y peligros. Para conseguir estos fines, tan útiles a la quietud universal, tan conformes a las leyes de humanidad, tan correspondientes a las obligaciones que imponen los vínculos de la sangre, y tan debidos al mantenimiento del lustre de la Corona, cedí a las reiteradas instancias del Ministerio francés, haciendo extender dos notas, en que se estipulaba la neutralidad y el retiro recíproco de tropas. Cuando parecía consiguiente a lo que se había tratado las admitiesen ambas, mudaron la del retiro de tropas, proponiendo dejar parte de las suyas en las cercanías de Bayona, con el especioso pretexto de temer alguna invasión de los ingleses; pero en realidad para sacar el parti-

do que les conviniese manteniéndose en un estado temible y dispendioso para nosotros por la necesidad en que quedaríamos de dejar iguales fuerzas en nuestras fronteras, si no queríamos exponernos a una sorpresa de gentes indisciplinadas y desobedientes. Tampoco se descuidaron en hablar repetida y afectadamente (en la misma Nota) en nombre de la «República Francesa»; y en esto llevaban el fin de que la reconociésemos con el hecho mismo de admitir aquel documento.

»Había mandado Yo que al presentar en París las notas extendidas aquí se hiciesen los más eficaces oficios en favor del Rey Luis XVI y de su desgraciada familia, y si no mandé fuese condición precisa de la neutralidad y desarme el mejorar la suerte de aquellos Príncipes, fué temiendo empeorar así la causa, en cuyo feliz éxito tomaba tan vivo y tan debido interés. Pero estaba convencido de que sin una completa mala fe del Ministro de Francia no podía éste dejar de ver que recomendación e interposición tan fuerte, hecha al mismo tiempo de entregar las Notas, tenía con ellas una conexión tácita tan íntima, que habían de conocer no era dable determinar lo uno si se prescindía de lo otro; y que el no expresarlo era puro efecto de delicadeza y de miramiento, para que haciéndolo valer así el Ministerio francés con los partidos en que estaba y está dividida la Francia, tuviese más facilidad de efectuar el bien a que debíamos creer se hallaba propicio. Su mala fe se manifestó desde luego, pues al paso que se desentendían de la recomendación e interposición de un Soberano, que está al frente de una nación grande y generosa, instaba para que se admitiesen las Notas alteradas, acompañando cada instancia con amagos de que, si no se admitían, se retiraría de aquí la persona encargada de tratar sus negocios. Mientras continuaban esas instancias, mezcladas con amenazas, estaban cometiendo el cruel e inaudito asesinato de su Soberano; y cuando mi corazón y el de todos los españoles se hallaban oprimidos, horrorizados e indignados de tan atroz delito, aún intentaban continuar sus negociaciones, no ya, seguramente, creyendo probable fuesen admitidas, sino para ultrajar mi honor y el de mis vasallos; pues bien conocían que cada instancia en tales circunstancias era una especie de ironía y una mofa a que no podía darse oídos sin faltar a la dignidad y al decoro. Pidió pasaportes el encargado de sus negocios; diéronsele: al mismo tiempo estaba apresando un buque francés a otro español en las costas de Cataluña, por lo cual mandó el comandante general la represalia; y así, contemporáneamente, llegaron noticias de que habían otras presas, y de que en Marsella y otros puertos de Francia detenían y embargaban a nuestras embarcaciones.

»Finalmente, el día 7 del corriente nos declararon la guerra, que ya nos estaban haciendo (aunque sin haberla publicado) por lo menos desde el 26 de febrero, pues esta es la fecha de la patente de corso contra nuestras naves de guerra y comercio y de los demás papeles que se hallaron en poder del corsario francés «El Zorro», capitán Juan Baptista Lalanne, cuando le represó nuestro bergantín «El Ligero», al mando del teniente de navío D. Juan de Dios Copete, con un buque español cargado de pólvora que se llevaba.»

»En consecuencia, pues, de tal conducta y de las hostilidades empezadas por parte de la Francia, aún antes de declararse la guerra, expedidas de mi orden todas las convenientes a fin de detener, rechazar o acometer al enemigo por mar o por tierra, según las ocasiones se presenten, por mi Real decreto de 23 del corriente, comunicado a mi Consejo Supremo de la Guerra: He resuelto que desde luego se declare y publique en esta Corte contra la Francia, sus posesiones y habitantes, y que sin pérdida de tiempo se circulen las providencias y órdenes que correspondan y conduzcan a la defensa de mis Dominios y vasallos, y a la ofensa del enemigo; prohibiendo, como prohibo, todo comercio, trato y comunicación entre aquéllos y éstos, bajo las graves penas expresadas en las Leyes, Pragmáticas y Reales Cédulas libradas con semejantes motivos, que han de comprender a todos mis vasallos y habitantes en mis Reinos y Señoríos, sin excepción de persona alguna, por privilegiada que fuere; siendo mi Real ánimo que con la mayor brevedad posible llegue a noticia de mis vasallos esta declaración de gue-

rra, así para que puedan preservar sus intereses y personas del insulto de los franceses, como para que se dediquen a incomodarlos por medio de armamentos en corso, y por todos los demás que permite el derecho de la guerra: debiendo al mismo fin los capitanes y comandantes generales, en las cabezas de Partido, en las plazas, puertos y demás pueblos de la comprehensión de su respectivo mando por los comandantes, o jefes de las armas, o de las justicias donde no los hubiere.

Dado en Aranjuez a veinte y cinco de marzo de mil setecientos noventa y tres.—Yo, EL REY. A continuación de la firma del Rey figuraba en el documento la de Manuel Negrete y de la Torre.»

El general Benavides, comentando el alcance y significado de este decreto, en su artículo, aparecido en el periódico «El Español», el 21 de agosto de 1943, bajo el título de «Declaración y plan de guerra contra la Revolución Francesa», y del que ya dimos cuenta en el capítulo anterior, expone estos acertados conceptos: «En este sesudo y moderado documento se justifica plenamente la necesidad de la declaración de guerra a la Revolución Francesa, por el desorden, la impiedad (este punto había de impresionar grandemente al religioso pueblo español) y la anarquía que reinaban en aquélla, y que impidieron toda transacción amistosa; por los deberes que imponían a Carlos IV los sentimientos de humanidad, los vínculos de la sangre y el interés por la institución monárquica (ideas que el pueblo español compartía hondamente); por la perfidia de que la revolución dió muestras en su falso juego respecto a la presencia de tropas cerca de nuestra frontera, con tanta cautela y decisión contrarrestado; por las constantes provocaciones hechas a nuestro país; por las presas injustas de barcos españoles—enérgicamente correspondidas y castigadas—y, en fin, por la declaración de guerra hecha por Francia el 7 de marzo.»

Hace observar el General Benavides que la fecha del día de la declaración de guerra es de distinta mano a la del amanuense que escribió el documento, sin duda redactado para su publicidad en el mes de marzo, pero sin prefijar día, el cual consignó otra persona de la Corte al ser decidido este extremo. Indica, asimismo que D. Manuel Negrete y de la Torre, General diplomático español, conde de Campo Alange y Marqués de Torremanzanal, era el Secretario de Estado del Departamento Universal de la Guerra de España e Indias. En la certificación del Oficial Mayor de la escribanía de Cámara del Supremo Consejo de Guerra haciendo constar el haberse hecho pública en Madrid la declaración de guerra siguiente:

«Don Fausto Antonio Rodríguez, Oficial Mayor de la escribanía de Cámara del Supremo Consejo de la Guerra y habilitado para su despacho.

Certifico que la Real declaración de Guerra que antecede se publicó en este día en mi presencia y de un numeroso concurso de Gentes, por José Díaz Lozano. Pregonero en esta villa, en altas e inteligibles voces en la Plazuela del Palacio Nuevo de S. M., Puerta de Guadalaíara, Plazuela de que llaman de Sta. Cruz y Puerta del Sol, sitios los más públicos de esta Corte, habiendo autorizado este acto por Comisión del Consejo, la Plana Mayor de esta Plaza, llevando delante un cabo y cuatro batidores, timbales y clarines, los tambores y Música de la Guarnición y los Sargentos de ella, y detrás una Compañía de Granaderos, y otra de Caballería, al cual concurrí Yo el infraescrito en virtud de acuerdo del mismo Tribunal para desempeñar las funciones del Essn.º de Cámara, D. Juan Antonio Martínez respecto no poder asistir a él por no permitírsele el quebranto de su salud. Y para que conste doy la presente.»

El documento llevaba la fecha del 27 de marzo de 1793.

No necesitaba el pueblo español de tan bélico aparato para levantar su espíritu y disponerse a la lucha. «Al tener conocimiento de esta declaración de guerra, expone el General Foy, llegaron de todas partes los donativos. Cataluña solicitó el levantamiento en masa y Vizcaya y Navarra hicieron un llamamiento general a sus poblaciones. La grandeza acudió apresurada a la cabeza de sus vasallos, y los frailes llegaban por regimientos, tomando aque-

lla causa por suya. Bandas enteras de contrabandistas, olvidando su habitual conducta para con el Gobierno, solicitaron ir a pelear con los enemigos del trono y de la Iglesia. Todas las clases y todos los estados querían vencer o morir por la Patria»; y añade en un escrito: «Los donativos gratuitos de Francia ofrecidos a la Convención nacional en 1793 ascendieron a 45 millones; los entregados por España a su Gobierno alcanzaron la cifra de 70 millones.» Como vemos, la fantasía del General Foy se desborda al describir el entusiasmo general de nuestro pueblo. Ciertamente que los frailes consideraron la causa que España iba a defender como cosa suya. No podía ser de otro modo, habida cuenta del carácter de la guerra y de su generosa y elevada finalidad; pero esos frailes *llegando por regimientos* y esas bandas enteras de contrabandistas dispuestos a luchar por su Dios y su Rey, son algo fantástico e hiperbólico imposible de acomodar con las crudas y limitadas realidades de la vida.

«Todas las bolsas se abrieron—escribe Pradt—y ofreciéronse todos los brazos. Superóse la Nación Española en aquella ocasión a cuanto nos ha ofrecido la Historia Moderna en materia de cooperación espontánea y ardientemente patriótica de los pueblos a la acción de sus Gobiernos.» Y tan afirmativas declaraciones vienen confirmadas por Muriel, que en su obra «Historia de Carlos IV», que dejó manuscrita y fué publicada en los tomos 29 y 34 del «Memorial Histórico Español», expone lo siguiente: «Los extranjeros admiráronse del patriotismo español en los donativos a su Rey para los gastos de la guerra con Francia; ninguna otra nación mostró tanta generosidad y ardor en aquel tiempo.» Y por su parte, declara Fervel, «en un momento, como el relámpago, el fuego prendió en todas las clases sociales, Consejos, coros, plazas públicas, todo retemblaba de improperios contra Francia, todo se levantó clamando por la guerra. La nobleza exaltábase ante el furor de los emigrados; el Clero y las municipalidades reclutaban por sí mismas, y, en las calles de Barcelona y de Valencia el populacho daba rienda suelta a su cólera pillando e incendiando las casas de nuestros conciudadanos, algunos de los cuales llegaron a ser ahorcados. Era aquello una verdadera cruzada: El general de los franciscanos reclutó 10.000 hombres, *el ejército de los monjes* entró en campaña y los obispos abrieron a los donativos voluntarios todas las iglesias del reino que, según se asegura, rindieron bien pronto la enorme suma de 73 millones.» Tampoco la fantasía de Fervel queda atrás de la de su ilustre compatriota el General Foy. El General Arceche confirma estas declaraciones añadiendo: «Aún pasaron de esa cifra las sumas ofrecidas al Gobierno si se cuentan entre ellas los donativos llegados de América, entre cuyas provincias las hubo que prometieron construir y equipar buques de guerra de todas partes.» y haciendo suyas las manifestaciones de Foy sigue diciendo: «La grandeza se ofreció con sus personas y haciendas para la guerra, habiendo quienes, como los Duques de Arión, Medinaceli, de Osuna, Frías y Usera, los Marqueses de Camporreal y Cerralbo y los Condes de Balazote, Guadiana y muchos otros títulos del reino levantaron regimientos y compañías de infantería y caballería perfectamente armadas y equipadas, a cuya cabeza se presentaron algunos en los campos de batalla y ofrecieron sus personas y haciendas; las Corporaciones ofrecieron también sus servicios, y entre ellas el Consejo de las Ordenes Militares levantó un batallón, al que después fueron a reunirse los mil hombres presentados por el Duque de Arión para organizar el regimiento llamado de las Ordenes Militares, que tanto había de distinguirse en aquella guerra y después en la de la Independencia.

Godoy en sus memorias no se expresa de un modo menos categórico y, tras de manifestar hasta qué extremo eran desfavorables para su gestión de Gobierno las condiciones en que se encontraba España, describe el entusiasmo general del pueblo español y ofrece datos interesantes sobre esta cooperación ciudadana: «Los ciegos de Madrid y de otras ciudades, cuyo único recurso era el producto de sus romances y canciones que vendían por las calles, no cesaban de pregonar gratis la guerra contra Francia y ofrecer sus cortos bolsillos. Los artesanos que carecían de dinero facilitaban efectos; los que

nada poseían, solicitaban ir como soldados. Muchos dieron a la vez sus bienes y sus personas. Las viudas no retenían sus hijos. En fin, el entusiasmo y el instinto de conservación fueron tales, que el Gobierno no tuvo necesidad de ordenar el llamamiento de las milicias ni de ninguna medida para el reclutamiento.»

«La guerra declarada y proclamada, todo adoptó una actitud guerrera en España—expone Marcillac en su «Historia de la Guerra entre Francia y España durante la Revolución Francesa»—, todos los Cuerpos, todas las Ordenes del Estado, se apresuraron a ofrecer al soberano pruebas de su generosidad y de su celo, y, fundándose en el entusiasmo de que en esta ocasión dieron pruebas los españoles, bien podía asegurarse que los furiosos de la anarquía y de la revolución habían encontrado su muro de contención en la cima de los Pirineos. Los grandes de España solicitaron el favor de levantar Cuerpos a costa suya; tan sólo los Duques del Infantado y Medinaceli obtuvieron este permiso. El Duque del Infantado formó tres batallones con el nombre de Voluntarios de Castilla, no admitiéndose en ellos más que a los hijos de los propietarios de sus comarcas. Los equipó, los armó, dotándolos de cañones de campaña y pagando sus haberes hasta la primera revista que fué pasada por el Rey. Prestóse además a satisfacer las pensiones de los heridos y de las viudas o padres de los muertos en el campo del honor. Los contrabandistas de Sierra Morena, esta gente acostumbrada al crimen, al asesinato, abandonaron sus fechorías y ofrecieron su esfuerzo a la defensa de la Patria. Así lo solicitaron y les fué concedido, viéndose llegar a Guipúzcoa 300 de estos hombres al mando de Ubeda, su jefe. De este modo el patriotismo reunió en un conjunto social a los ciudadanos honrados, estas gentes inadecuadas, responsables en su mayoría de los crímenes más infames, rechazados por la sociedad, condenados a muerte: pero que, prontamente, hubieron de verter su sangre por la sociedad y por la Patria.» El ejemplo ofrecido por estos bandidos exalta la admiración del escritor francés, que sigue diciendo: «Que un grande de España, que un hombre del pleno disfrute de las prerrogativas concedidas a su nacimiento y a su fortuna, trate en un momento en que se hace la guerra a la nobleza y a las riquezas de conservar, merced a algunos sacrificios pecuniarios, el rango que debe a las instituciones de su país, no ofrece nada de extraño; pero que contrabandistas, salteadores de caminos, en quienes el desorden es su única ambición como medio apropiado para ganarlo todo sin tener nada que perder, abandonen voluntariamente su bandolerismo, precisamente en esta ocasión en que el delito reúne mejores condiciones para quedar impune, dado que los necesitados de la guerra obligan a emplear mucho menos fuerzas de policía en su persecución: todo esto constituye una prueba de espíritu nacional que no puede escapar a la consideración de un lector atento a lo que lee y de patriotismo que los propios ingleses no son susceptibles de sentir. Nosotros no sabemos—afirma a este propósito Marcillac—que los highwaymen, salteadores de caminos, hayan abandonado sus puertos para correr en defensa de las costas cuando fueron amenazadas. Los españoles que no pudieron ofrecer su sangre por la defensa del país contribuyeron por medio de cantidades importantes, producto de contribuciones que voluntariamente se habían impuesto los vasallos de S. M. católica por todo el tiempo que durase la guerra contra Francia; y puede asegurarse que todas las clases, todas las instituciones, todos los españoles, en fin, contribuyeron los unos con su sangre, los otros con su fortuna, a impedir la propagación de los principios revolucionarios en su dichosa Patria.» Otro elemento había en nuestro país que no podía permanecer indiferente ante esta movilización total del pueblo español. Eran los franceses que refugiados en España hallábanse dispuestos a verter su sangre por la sagrada causa de su Dios ultrajado y de su Trono deshecho. No dudaba nuestro realista designado con el calificativo de *emigrado* que, la propia Francia, había de sancionar un día su lealtad y que estaba reservado a los franceses de un modo casi exclusivo la facultad de apreciar su conducta haciéndoles la debida justicia: confirmando su crédito y reconociendo su fidelidad por un *senatus consultus*; es, a saber, el que había

reconocido la validez del sistema monárquico en Francia, poniendo de manifiesto lo ridículo y absurdo de un Gobierno popular. El Rey de España autorizó la formación de un Cuerpo de realistas con la denominación de Legión Real de los Pirineos. El Marqués de San Simón, que era grande de España de primera clase y que tenía en su cuerpo las huellas o marcas gloriosas de las heridas recibidas en el sitio de Yorktown, en Virginia, mereció el mando de esta Legión, como correspondía, no ya a la jerarquía social y militar que ostentaba, sino a la reputación que, tan justamente había sabido conquistar en esta guerra americana. Según las primeras disposiciones, todos los franceses cuya lealtad a su Rey les hubiera llevado a penetrar en España, tenían que ser incorporados a dicha Legión Real de los Pirineos; pero el General del Ejército de Cataluña quiso aprovecharse de aquellos emigrados que fuesen destinados a operar en esta comarca y, accediendo a sus deseos, formáronse tres cuerpos: dos incorporados al ejército de Cataluña y uno a la comarca de Guipúzcoa, recibiendo aquellos dos primeros los nombres de Batallón de Wallespir y Legión de la Reina. El Marqués de San Simón no pudo tener a sus órdenes más soldados que aquellos franceses refugiados en Navarra, pero pudo disponer del núcleo principal que habían de formar los realistas que se encontraban ya en España desde las primeras operaciones llevadas a cabo por el ejército español al mando de D. Ventura Caro, pudiéndose asegurar que todos estos Cuerpos se organizaron bajo el fuego enemigo. Es digna de tener en cuenta la opinión que sobre estas disposiciones de nuestro Gobierno formula Marcillac, quien estima que hubiese sido mucho más ventajoso formar una sola División de estos tres Cuerpos, que, al ser separados, no resultaban con fuerzas suficientes para obtenerse de ellos un rendimiento mayor. «Precisamente los servicios que hubieron de rendir parcialmente ponen de manifiesto el gran partido que se hubiera podido sacar de un Cuerpo de cerca de 4.000 hombres compuesto de gente selecta, unida por el honor, el deber y el entusiasmo.»

Interesantes y desde luego convincentes son las anteriores declaraciones hechas en su mayoría por historiadores franceses. Pero para penetrar en la intimidad del espíritu del pueblo español en aquellos momentos, no existe testimonio alguno más apropiado que el que nos ofrece en su totalidad y en su detalle las listas de los donativos y ofrecimientos que aparecían casi diariamente en las páginas de la «Gaceta Oficial de Madrid». Es imposible que el lector actual, por poco sensible que sea, ante el espectáculo de un pueblo entregado de lleno al impulso de sus nobles sentimientos y al mayor entusiasmo por la defensa de sus más caros ideales, no se sienta conmovido al leer el relato de aquellos ofrecimientos cuyo breve contenido encierra en sí todo un mundo de sentimentalidad y de espiritualismo. En estas listas puede verse cómo una abuela anciana ofrece al servicio de la Patria el único nieto, aún menor de edad, que constituye toda su compañía, y cómo un humilde obrero está dispuesto a entregar el importe íntegro de su mísero jornal. Todos obedecen a un mismo llamamiento. España es una auténtica hoguera llameante de entusiasmo, de heroísmo, de abnegación. Bien puede afirmar Gómez de Arteche que aquel arranque patriótico servirá de perpetuo ejemplo a todas las naciones, aun recordando el que, quince años después, iba a dar nuestra misma Patria en lucha más memorable todavía. Desde el General Foy a M. de Capefigue y de su R. Saint-Hilaire a cuantos historiadores han tomado por tema de su trabajo las Guerras de las Repúblicas, casi todos ellos se esmeran en hacer resaltar aquellas muestras del espíritu patriótico, monárquico y religioso, tan gallardamente revelados en aquella ocasión, por nuestro Pueblo caballeresco y generoso. Bien puede declarar Pradt que, nuestra nación, superó entonces a cuanto nos ha ofrecido la historia moderna en materia de cooperación espontánea y ardientemente patriótica por parte de los pueblos a la acción de sus Gobiernos. No engaña a sus lectores Muriel cuando asegura que «los extranjeros admiráronse del patriotismo de los españoles en los donativos al Rey para los gastos de la guerra con Francia». Como este historiador afirma categóricamente: «ninguna otra nación mostró tanta generosidad y ardor en aquel tiempo.»

¿Pero cómo correspondió el Gobierno español a este entusiasmo y entrega absoluta del pueblo, dócil al llamamiento que se le hiciera? Una vez más se da en nuestra historia el lamentable espectáculo de una falta absoluta de correspondencia, de sintonización, diríamos hoy, entre las vibraciones del alma popular y los propósitos o determinaciones de la política o del Mando. Contrasta en esta ocasión, como en tantas otras muchas de nuestra vida nacional, el desconcierto o abandono de los gobernantes antes el espectáculo realmente grandioso de un pueblo entero, lleno de entusiasmo, dispuesto a rendir toda clase de esfuerzos sin regatear sacrificio alguno. La ceguera de Godoy llegó al extremo de vanagloriarse, por no haber resuelto la declaración de la guerra, hasta dos meses después de la ejecución de Luis XVI, y, sobre todo, con posterioridad a la decretada contra nosotros por la República francesa. Este dato es más que suficiente para suponer cuan desacertadas serían las disposiciones y medidas de buen gobierno, acordadas y puestas en ejecución por este dirigente de los destinos de España, durante el reinado de Carlos IV. El General Gómez Arteche hace observar cómo esta inacción por parte del Gobierno español venía impuesta por la propia naturaleza de las relaciones por Godoy mantenidas con el representante francés, Mr. de Bourgoing, pues siendo la primera condición que éste imponía para admitir o acceder a la neutralidad la de retirar la mayor parte de las fuerzas que, desde el tiempo del Conde de Aranda, cubrían los pasos del Pirineo en defensa de la línea fronteriza, nuestro Gobierno no podía llevar a cabo, ni siquiera, el refuerzo de aquellas guarniciones y puestos de que acabamos de hacer mención. Y aún añade nuestro historiador una razón más. «Con lo dicho sería suficiente para darse cuenta de la inactividad o por lo menos escasa diligencia de nuestro Gobierno. Pero si se quiere formar una idea de lo perezoso que se mostró el Ministerio español en la concentración de aquellas tropas para entrar en campaña, bastará traer a la memoria un solo dato, y es el de que, al invadir Ricardos la Francia, lo hacía ya el 17 de abril y al frente tan sólo de 3.500 hombres, sin otros recursos por el pronto que sus fusiles y su valor.

Pero hay una circunstancia más que anotar en el desacierto de la conducta del Gobierno español y fué su incapacidad para darse cuenta de la verdadera significación y alcance del entusiasmo nacional en determinadas comarcas españolas. El culto a la verdad y las mismas imposiciones de la investigación histórica nos obligan a recoger las acertadas observaciones que figuran en la obra de Ossorio y Gallardo de que hemos hecho mención. Efectivamente, en esa acusada variedad de elementos, cualidades y caracteres, que de tal manera vienen a constituir la personalidad de España en todas sus manifestaciones, los móviles y, aun los ideales, no eran los mismos para todas las comarcas o regiones, cosa lógica si se tiene en cuenta que, no todas ellas, se encontraban en las mismas relaciones de vecindad respecto de la nación con quien habíamos de luchar. Cataluña, sobre toda otra comarca española, se encontraba desde este punto de vista del emplazamiento geográfico vecino a la frontera franco-española, en circunstancias verdaderamente excepcionales en la ocasión que vamos a considerar. Por desgracia, en aquellos días, la falta de compenetración entre ambas regiones, Castilla y Cataluña, seguían manteniéndose de modo latente y sumida esta última desde el punto de vista de su sentimiento patriótico, en un estado que pudiéramos calificar de aletargado, a raíz de la guerra de Sucesión, al percibir las intensas vibraciones de aquella explosión general del entusiasmo español, sintió despertarse en ella toda la energía de sus épocas pasadas, y, respondiendo a este llamamiento hecho a su honor racial y a su dignidad histórica, facultada para poder actuar con arreglo a sus convicciones entre las diversas perspectivas o caminos que pudieran ofrecerse a su elección, determinóse, noble y enérgicamente, por el más digno y generoso y, por ello, más apropiado a su espíritu y especial modo de ser. Dos partidos se ofrecían a Cataluña en 1795, según apunta el escritor que hemos citado: «O sumarse al movimiento general de España para gloria de Dios y honor del Rey Don Carlos IV, o cruzarse de brazos, cuando no laborar solapadamente, limitándose a contemplar la lucha de los ejércitos sin unir a ellos el caudal incomparable del

entusiasmo público, dejándose querer de Francia, que, a poco que pudiera, habría de halagar al sentimiento catalán, y actitud merced a la cual, en un extremo apurado, pudiera cotizar cara su intervención en pro de una u otra potencia contendiente. Cataluña eligió el primer camino y, lejos de proceder con egoísmo y con ánimo de satisfacer, aprovechándose de la ocasión, su vivo enojo contra Castilla, ejerciendo adecuadas represalias, por el contrario, sumóse con todo entusiasmo a la corriente nacional, dispuesta a ocupar un puesto de preferencia en el frente de combate, aunque para ello fuese necesario derrochar toda clase de esfuerzos y sacrificios.» Pero esta actitud de los catalanes al sumarse con verdadero entusiasmo a la cruzada nacional española es tanto más digna de estimación y reconocimiento en su extraordinario mérito si se tiene en cuenta que ninguna región de la Península estaba más sometida como ella a dos presiones, ambas de origen francés. Una de ellas revestía un carácter auténticamente revolucionario y formaba parte de la general, que, por medios subrepticios y sugerencias individuales, intentaba realizarse por toda España y era allí más fácil de realizar y, de un modo más constante, por tratarse de un pueblo fronterizo. Otra, por el contrario, era de carácter genuinamente tradicionalista y, por ende, mucho más grato a los oídos catalanes, y estaba sostenido por las instituciones de los muchos emigrados franceses que, huyendo de las persecuciones del nuevo régimen establecido en su Patria, buscaban en España un asilo y miraban con cariñosa simpatía la restauración de un pasado que, al borrar la frontera pirenaica entre Francia y España, podía dejar subsistente entre ambos países y sin mengua del honor de su raza, un estado independiente en libertad de poder adherirse a una u otra, según sus deseos.

Pella y Forgas en su «Historia del Ampurdán» (págs. 744 y siguientes) puntualiza concretamente el carácter o sentido de reconstitución histórica que, en efecto, revestía aquella propaganda de los emigrados, quienes tal deslealmente correspondían así a la generosidad de nuestra nación, prestándoles un asilo seguro, y, refiriéndose al gran número de franceses que había en Cataluña el año 1791 y a la actividad por ellos desplegada en el sentido indicado en toda la comarca catalana, declara: «Como en tan gran pleito se removían y mezclaban cuestiones y derechos de todo género, tratábase de reunir de nuevo a Cataluña aquellos territorios catalanes, creándose una nueva Vendée en el mediodía de Francia, de lo cual fué resultado o aborto el levantamiento realista y autonómico de la Provenza y el sitio de Tolón. Este mismo historiador, al detallar en la página 475 de su libro los comienzos de la guerra, da cuenta de cómo el jefe del somatén de Vallespir y otros llevaron a cabo las primeras negociaciones con los que constituían el partido catalán del Rosellón, con lo que se pone de manifiesto la existencia del mismo en dicha comarca. Y, en realidad, no puede causarnos extrañeza que esto fuese así, pues es necesario añadir a las circunstancias antes señaladas las que representaba la influencia de los muchos obispos y sacerdotes que se habían visto forzados a buscar un asilo en las tierras españolas como consecuencia del decreto publicado en París, el 26 de agosto de 1792, condenando a deportación a todos aquellos clérigos que, en el plazo de quince días, no hubiesen prestado el juramento civil. Estos venerables sacerdotes franceses, en un estado de horrible miseria y de trabajo sin cuento, transpusieron la frontera, y fué tal la conmiseración que su desgracia causó en el pueblo catalán, que despertóse en su corazón el más sincero afecto y respeto hacia ellos. multiplicándose de este modo el prestigio de estos hombres de tal suerte perseguidos y precisados a abandonar su Patria. Ante estas consideraciones, fácil es comprender cuán inoportuna fué aquella Real Cédula del 2 de noviembre de 1792 publicada por Aranda y en la que se dictaban rigurosas medidas preventivas contra ellos como consecuencia, por un lado, de la conducta tan condescendiente del político español con el Gobierno francés a pesar de su grosera actitud para con el nuestro, sobre todo en los días cercanos al rompimiento, y, por otra parte, como fruto de la sectaria animadversión que el testarudo aristócrata sentía por cuanto significaba o estaba revestido de un carácter religioso y sobre todo católico. Como era presumible, tal Real Cédula mereció por parte del noble pueblo catalán, en aquel entonces eminentemente uno de los más fieles hijos de la Iglesia, el mayor desprecio y el más

absoluto incumplimiento. Aquellos obispos y sacerdotes, esclavos de su austeridad, cumplidores de su deber evangélico y esclavos de su estimación social, víctimas o mártires por un ideal y un juramento solemnemente profesado, conquistaron bien pronto la admiración y el afecto de aquel pueblo tan sensible a todas las manifestaciones de la virtud y de la belleza. Para darse cuenta del crecido número de este clero internado en Cataluña, baste decir que, el 10 de marzo de 1793, había en la diócesis de Vich 258 sacerdotes emigrados. Pero al lado de esta influencia de carácter religioso, ejercían otra artera y solapada, diestra en la realización de todo cuanto pudiera llevar al seno de las conciencias la duda y el engaño. En efecto, la propaganda revolucionaria no rehusaba ni escatimaba medio alguno para el logro de sus propósitos, y unas veces alucinaba al pueblo catalán, pintándole con los más vivos y sugestivos colores los ideales de la libertad y de la reforma social, mientras en otras no dejaba de echar mano del conocido recurso de adular el instinto nacional separatista. Así procuraban la más extensa circulación de aquellos panfletos, tales como el del conocido aviso al pueblo español publicado en Barcelona y que empezaba diciendo: «El tiempo llegó ya de ofreceros la verdad»; o aquellas proclamas al estilo de la redactada por Condorcet y que se titulaba: «Aviso a los españoles».

Apunta también Ossorio y Gallardo, cómo, ya en 31 de octubre de 1792, era llamada desde Barcelona la atención a Godoy, Duque de Alcudia, pero aún no elevado a los consejos de la corona, sobre la existencia de un militar que, «a la sombra del servicio leal y fiel que tiene jurado, puede seducir y ejercitar otras funciones peligrosas en las críticas circunstancias de los negocios de Francia.» } Es éste, según se deduce de la correspondencia que le ha sido interceptada, Mr. Lambert, Teniente de Granaderos del Regimiento de Infantería de Nápoles, graduado capitán, faccionario del mal sistema francés, recomendado por el Cónsul de Francia al ex Ministro M. de Bourgoing.» «Y no debía ser ningún chisme infundado—sigue exponiendo el historiador de referencia—lo referente a los traidores propósitos de este M. de Lambert, por cuanto a poco de declarada la guerra, o sea en 30 de abril de 1793, se descubrió en la guarnición de Melilla una conspiración para matar al Gobernador D. José Rivera y a los demás jefes, apoderarse de la plaza los soldados franceses que de antiguo militaban en los Guerpos españoles (sólo en el Regimiento de Nápoles, según el Marqués de Vallehermoso, Gobernador militar de Málaga, 254 franceses) e incendiarla, entendidos al efecto con los moros. Como, en ese movimiento insurreccional, se señalaron las fuerzas del Regimiento de Nápoles a que Lambert pertenecía y cómo este oficial fué propuesto por el General Lacy para su traslado desde Barcelona a Ceuta, siendo verosímil que fuese con su Regimiento a Melilla, sacase en consecuencia que la propaganda republicana cerca de los barceloneses, llegó a tener caracteres semejantes a los de una conspiración, o, por lo menos, verdaderos conspiradores intervinieron en ella. Y aún hay una prueba más que viene a confirmar la gravedad del movimiento y es ésta la consulta pasada al Consejo el 9 de febrero de 1793 a propósito del problema de los emigrados. En ella se trata de una carta escrita desde Francia a un sujeto de Pamplona en la que se hallan escritas estas noticias: «Se desea mucho sublevar la Cataluña, donde existen los propagandistas; hay muchos en todas las ciudades de ese reino de España para dar aviso de lo que pasa.» Y, según indica Ossorio y Gallardo, esta presunción viene a estar confirmada oficialmente por la declaración hecha por el Embajador de Francia en España, afirmando que, los catalanes, se mostraron más electrizados por el fanatismo que por la libertad, y los clérigos consiguieron frustrar los manejos secretos de los emisarios de la Convención.

Pero no interesa a nuestro objeto desarrollar en toda su extensión de este tema de que estamos tratando. Cualesquiera que pudiesen ser los manejos para la captación de la voluntad catalana por parte de Francia, un estudio desapasionado y a fondo de esta cuestión lleva a reconocer que, entre el pensamiento político de esta última y de aquélla, existía una contradicción evidente pues, en tanto que Cataluña era acérrima partidaria de una forma regionalista o federalista, Francia estaba ciegamente dominada por un espí-

ritu de unidad nacional en su significación más absoluta. Hay un hecho evidente que no admite discusión: la declaración de guerra fué acogida con el mayor entusiasmo por los catalanes, y es de advertir que esta actitud es tanto más digna de ser estimada por cuanto que no eran los trastornos, pérdidas y demás calamidades de la guerra las más indicadas para favorecer el desenvolvimiento de aquel magnífico progreso que en todos los órdenes de la actividad humana se manifestaban en la industriosa región. El Gobierno paternal de los monarcas borbónicos, protegiendo por cuantos medios hábiles pudieran tener en sus manos el desarrollo industrial, agrícola y comercial de España entera, había sido bien aprovechado, según su habitual costumbre, por el laborioso pueblo catalán, y así pudo escribir Pellicer en su libro «Iluro», que, en la época a que nos referimos, «las industrias de blondas y sedas había llegado a su apogeo; la viticultura volvía a ser un constante manantial de bienes para la población y las naves de todas clases que en los astilleros de Mataró y de Arenys de Mar se construían llevaban los productos indígenas a remotos países para volver cargados de riquezas, base de la que hoy disfrutan gran número de familias costaneras». Y refiriéndose a los reinados de Carlos III y Carlos IV, añade: «Felices fueron para Mataró dichos reinados. Recuérdanos nuestros abuelos como época de abundancia en la que, ajenos a las luchas de partido, los habitantes entregábanse en plena paz a los más puros goces, santificados por el amor a la Religión y a la Patria. «Y si esto decía Pellicer de Mataró, otro tanto podía decirse del estado de prosperidad a que había llegado Villanueva y Geltrú si no mienten las declaraciones de Coroleu en su historia correspondiente. Y si esto sucedía en poblaciones de Cataluña como las citadas, de no primera significación, imagínese lo que sería este progreso en ciudades como la de Barcelona, Tarragona, Reus, etc. Este mismo autor últimamente citado, en sus «Memorias de un menestral de la ciudad condal» asegura que esta capital había llegado a dar ocupación a 80.000 obreros en los ramos de hilatura, tejidos y estampados; a más de 2.000 medieros, a 800 tejedores de velos y a 90 fábricas de indianas. No desentonaba del progreso de Barcelona el de la citada Tarragona, pues si en ésta las obras del puerto se llevaban a un ritmo acelerado todo aquel fertilísimo campo de la comarca en medio de la cual se asienta la población, era un emporio de verdadera riqueza. Lanzarse a la guerra constituía, pues, para el pueblo catalán realizar un verdadero sacrificio: sacrificar una paz y un bienestar sólidamente establecidos. No obstante ser así, todo el principado catalán se lanzó noblemente a la lucha en defensa de los derechos de su Dios y de su Rey, con un entusiasmo y un ardimiento que bien pueden declararse como arrebatadores. «La tierra toda—declara Aulesia y Pijoan (págs. 484 a 496)—, a pesar de los conmovedores recuerdos que inspiraba en ella el giro de libertad, sabía por constante intuición distinguir entre la verdadera y la falta; y si podía olvidar los agravios que se le habían inferido a principios del siglo por las regiones del centro de España, no estaba ahora dispuesta a dejarse arrastrar por corrientes que nada le aseguraban respecto a su pérdida autonomía y que ponían en peligro la independencia de la nación. Eso explica que la guerra grande del 93 fuese verdaderamente popular, particularmente en Cataluña, hasta en una época como ésta en que no había sombra de fueros, y, por lo tanto, en que no cabían los celos por parte de las otras regiones, tampoco fué estimado por los cortesanos; Cammany, representante del Ayuntamiento de Barcelona en Madrid, escribía de los importantes ofrecimientos hechos por los catalanes; decía: «parece que aquí (Madrid) no creían tanto de nosotros, pero ahora se desengañarán». Y a continuación explica cómo tuvo que ir detrás del Director de la «Gaceta» para que publicase las listas de los donativos y ofertas de Barcelona, mientras publicaba las de otras localidades que no eran de tanta entidad.

Si hemos de creer al historiador Tubino en su «Historia del Renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia» (págs. 100 y siguientes), el Principado era uno de los primeros lugares que más se distinguieron por su actitud belicosa; pudiéndose declarar que la rivalidad contra Francia era allí más profunda que en nin-

guna otra comarca, por cuya razón los catalanes, desde el primer momento, levantáronse en masa, habiéndose de señalar como causa de esta actitud popular en favor de la guerra, la indignación causada por el conocimiento del desdén con que la Convención había respondido a las desinteresadas gestiones del Gobierno español para salvar la vida del Rey Luis XVI. Todos los elementos del país, todas las clases sociales, desde la jerarquía eclesiástica hasta el más humilde menestral, tomaban parte en este movimiento y en todos los lugares y por todos los medios se excitaba a la guerra y se procuraba mantener vivo el entusiasmo. Son interesantes a este respecto las exhortaciones contenidas en la carta pastoral que el arzobispo de Tarragona D. Francisco Armaña hubo de publicar con motivo de la guerra. En fin (se decía en ella), «sabéis que el inviolable amor y sumisión ha nuestros Reyes es y ha sido en todos los tiempos el noble carácter de la nación española y que nadie le ha manifestado mejor que los vecinos de esta ciudad y diócesis con su constante práctica de todos los siglos».

«Con este cierto conocimiento sería por demás exhortaros a la obediencia, fidelidad y rendido afecto que debemos a nuestro amabilísimo soberano...»

«... ¿Cuál será, pues, el buen católico, el buen patricio, el buen español, que no arda en vivos deseos de oponerse con todo su conato al torrente impetuoso de tantos y tan graves males? El Rey, como amante padre, aplica a este importantísimo fin sus incansables cuidados con todas las fuerzas y medios que están a su alcance. Excita el fervor de sus fieles vasallos, no con soberano imperio, sino con paternales exhortaciones. No se vale de su real autoridad obligando a todos sus súbditos capaces que tomen las armas. Atento siempre con el mayor afecto al bien común de la Monarquía, no quiere apartar de los campos a los necesarios labradores, ni de la industria, ni artes a sus profesores útiles. Aun con los demás no quiere usar de los medios coactivos que se usaron en otros casos de menor urgencia. Quiere que sea el servicio voluntario y que lo sean también los donativos para los gastos indispensables de tan costosa guerra. ¿Qué mayor benignidad?» Si de este modo se expresaban los obispos en sus cartas pastorales, ¿cuál no sería el entusiasmo manifestado por los poetas, los literatos, los publicistas?... Afirmaba uno de aquéllos que «el fuerte catalán con sus hazañas la gloria aumentará de las Españas»; y en una hoja hoja impresa, copia fiel de la cual figura en la obra de Ossorio y Gallardo se contienen unas *coblas*, compuestas para el nuevo Regimiento instituido por la ciudad de Barcelona en las que se contienen frases como ésta: «A Deu Barcelona a Deu, A Deu regalada Patria, Que Tots anem a mori, Para defender Espanya. Voluntaris Ciutadans, Tropa ligera y galana, Al Floret dels Catalans, La Ciutat fa ana a Campanya.» No puede darse una prueba más espontánea y más sincera de la lealtad a la Patria grande por parte del pueblo catalán, sin reserva de ninguna clase y por encima de todo sentimiento o interés particularista.

Afirmaremos una vez más la generalidad del entusiasmo causado por la declaración de guerra en todas las localidades de Cataluña, como en las demás de España, salvo la limitada excepción de algunos sectores de la población vascongada. Y este entusiasmo no se limitó a una manifestación meramente sentimental, sino que se tradujo en hechos positivos de espontánea cooperación y de directa participación en la lucha. La junta y comisionado para el armamento de Tercios de Miqueletes de Berga publicó un edicto relativo al reclutamiento y manutención de los ciudadanos inscritos en ellos que termina con las siguientes palabras que no podemos por menos de transcribir aquí: «Las expresivas gracias (se refería a las que con motivo de este patriótico acto había dado el monarca español), se han de considerar como a unos poderosos motivos con que el Rey Católico amante tierno de los catalanes, quiere estimularnos a la defensa; pero la obligación de vasallos debe empeñaros a cumplir sus designios. No se diga de vosotros que sois insensibles a los sacrílegos atentados con que se hiere a la Santa Religión. Tomad las armas por el interés y honor de conservar un Rey tan amado; hacerlo por defender vuestras vidas, por mantener vuestro bienes...» Ossorio y Gallardo, que facilita todos estos informes,

añade otro testimonio de tanto valor como el que acabamos de exponer y que figura en los apuntes históricos de Villafranca del Panadés su comarca (págs. 129 y 131): «La proximidad del peligro había puesto en zozobra a toda Cataluña que como un solo nombre se levantó para oponer al ejército francés una tenaz resistencia. Formáronse en las poblaciones cabezas de partido, juntas de armamento y defensa. El corregimiento de esta villa al igual que los demás, también se puso sobre las armas y organizó su correspondiente somatén con cuyo auxilio logró rechazar al extranjero hasta la frontera.»

«Declarada la guerra... los vecinos de esta villa Gabriel Poch y Pablo Cerrada suministraron brigadas de acémilas al ejército español que llegó a penetrar en la nación vecina.» No son suficientes al escritor que facilita todos estos datos las anteriores referencias, que pudiéramos calificar como de carácter particular; se estima en el caso de tener que poner de manifiesto el propio levantado espíritu que reflejaban los documentos oficiales, y, como ejemplo de ello, transcribe la comunicación que el Marqués de las Amarillas, encargado del mando militar en Barcelona dirigió al Duque de Alcudí cuando, en 16 de mayo de 1793, el Capitán General D. Antonio Ricardos salió a campaña como Generalísimo del ejército que había de operar en el Rosellón (Archivo Histórico Nacional Estado, legajo 3.951) «Excmo. Sr.: Por marina se me ha pedido despache un extraordinario y aprovecho esta ocasión para manifestar a V. E. para noticia de S. M. que por disposición del Capitán General pasan tres Regimientos de Milicias de los cinco que se hallan de guarnición en esta plaza a guarnecer la de Figueras, y en consecuencia ha dispuesto que conservando los dos restantes, el de la ciudadela, Atarazanas y Montjuich y destacamento, se entregue la custodia de puertas y murallas como el cuidado de la quietud y orden de este vecindario el que se ha prestado con un celo y actividad por el S. de S. M. digno del mayor aplauso y hoy ha montado la primera guardia con gozo general de todo el pueblo, disponiéndose a regimentarse en un crecido número de compañías compuestas de 75 hombres, con sus respectivos oficiales, habiendo nombrado por jefe de todo al Conde de Santa Coloma. Se les ha entregado para el servicio ordinario 1.000 fusiles con sus correspondientes fornituras que han pedido.»

«Este establecimiento producirá en mi concepto los mejores efectos y estoy persuadido de que mientras no haya numerarios de tropas competentes para hacerse cargo de esta guarnición, conservará este Cuerpo el mismo celo que hoy ha mostrado en consecuencia de la oferta que hizo al Rey y S. M. tuvo a bien aceptar.» Apunta Ossorio y Gallardo como oportunísimo comentario a este escrito que, en él, el Marqués de las Amarillas dió buena prueba de conocer a los catalanes, para quienes no hay medio eficaz más apropiado para conseguir su cooperación y obediencia que fiarse de ello y demostrárselo públicamente, y añade: «por tratarles con prevención y recelo se han enconado muchas heridas y se han hecho crónicas muchas dolencias». Aludía el Marqués de las Amarillas en el escrito anterior al reclutamiento de un Cuerpo de voluntarios que hubieron de prestarse con la más espontánea generosidad y el mayor entusiasmo, como puede apreciarse por las declaraciones hechas en el memorial que la ciudad de Barcelona elevó al Rey ofreciéndole el concurso de sus habitantes. El documento decía así: «La ciudad de Barcelona, representada por la Junta de Comisionados de su Ayuntamiento, nobleza, religión de San Juan, comercio, colegios, gremios y fábricas, al mismo tiempo que está gozosa de ver cómo todos sus moradores compitiéndose en el ardor de su fe emplean útilmente los brazos para cooperar a las gloriosas empresas de vuestra M., ha procurado discurrir cuál sería el servicio más propio de las actuales circunstancias y en que más resplandeciera la gratitud y fidelidad de un pueblo que cuenta el número de sus grandes beneficios por el de las provincias que debe a V. M. y a su augusto padre. (El grato recuerdo de Carlos III no se había extinguido por lo que se ve en la memoria de los catalanes, nada refractarios al reconocimiento y a la gratitud.)

El ofrecimiento era positivo, pues a continuación de lo anteriormente expuesto se anunciaba la formación de un Cuerpo de 800 voluntarios catalanes formado por tropas ligeras,

vestidos, armados y mantenidos a expensas de la ciudad, para «servir durante la guerra actual con los franceses en el ejército que la Majestad Real sostenía en las fronteras del Principado y que estaban firmemente dispuestos a seguirle en todas sus operaciones».

Esta misma ciudad, Señor—seguía diciendo el memorial—, cuya acendrada lealtad no le permite representarse sin el mayor dolor y consternación en el momento fatal en que pudiera verse separada del nuevo dominio de un Rey que ama tiernamente, se presenta también a S. M. acompañada del valor, intrepidez y celo de todos sus ciudadanos, y dice que está pronta a tomar las armas para la custodia y defensa de la plaza, guarneciéndola en parte o enteramente, cuando debiese apartar de ella la tropa, sirviéndose V. M. en tales casos que se la suministre de las reales atarazanas el armamento, municiones y demás necesarios, y autorizar Junta que la represente para que, con conocimiento y aprobación del Capitán General de la provincia, pueda acordar el modo más útil de llevar a ejecución este servicio, sin que el aliento fervoroso de estos naturales disminuya su amor a la industria, objeto que ha merecido toda la atención de V. M. en su última benéfica providencia.» Y, por si todo esto no fuese bastante, añádase la expresiva y categórica declaración que sigue: «Dígnese V. M. de aceptar benigno estos auxilios. Y si considera V. M. en ellos un débil tributo del reconocimiento de un pueblo que mira a V. M. como a su soberano benefactor y su padre, sienta a lo menos vuestro real corazón comunicada la ternura con que toda Barcelona renueva a su Rey el debido sacrificio de las haciendas y las vidas y oiga M. M. la fiel expresión con que, respirando su acostumbrada piedad, valor y constancia, asegura por medio de sus comisionados que derramarán toda la sangre antes de ver ultrajada la santidad de su religión, la pureza de sus leyes y costumbres y la gloria y poder de V. M.» ¡No podía decirse más!

Figuraba a continuación una larga serie de firmas correspondientes a las más destacadas personalidades de la ciudad dándose cuenta de que se había nombrado para el mando del Cuerpo formado por la ciudad de Barcelona, como Primer Comandante, al citado Conde de Santa Coloma y como Segundo Comandante al Marqués de Lupiá y figurando como Sargento Mayor D. Vicente de Figuerola y como Ayudantes D. Antonio Borrás, D. Juan Antonio Miralles y D. Mariano Mata. Casi todo lo más selecto de la nobleza catalana, los Marqueses de Barberá, D. José de Magarola, el barón de Corbera, el de Albi, los señores Dalmases, Sicar, Sentmenat, Mercader, Bacardi y otros no menos ilustres barceloneses, figuraban en las filas de las compañías de granaderos, mientras en las de fusilería se alineaban honrados ciudadanos de todos los oficios, profesiones y categorías. La ciudad de Barcelona, a los efectos de su vigilancia y para la prestación del servicio por los paisanos armados, se dividió en varios sectores, según una distribución que damos en uno de los apéndices de esta obra.

Alguien pudiera objetarnos que todas estas ofertas, alistamientos, manifestaciones patrióticas, etc., etc., más que obedientes a los dictados del patriotismo, entusiasmo por los ideales y otros móviles no menos nobles, eran debidas a razones mucho menos elevadas y a imperativos categóricos impuestos por la fuerza de las circunstancias; pero, como contestación a estas objeciones, nos limitaremos a transcribir dos testimonios de cuya autenticidad no cabe dudar, y que son los siguientes: la solicitud formulada por D. Ignacio Bruguera Almiral para que le sea admitida la donación de 200 libras catalanas anuales y la que hacen unos jornaleros de ambos sexos para que igualmente les sea aceptado otro donativo para atender a los gastos de la guerra. Dice el primero de dichos documentos: «No estando incorporado en alguna de las clases que V. M. se ha servido llamar hasta ahora para concurrir al interesante objeto que las públicas ocurrencias exigen; deseando tomar parte en la justa satisfacción que debe resultar a sus conciudadanos de acudir con sus servicios a las urgencias del estado y defensa de la común felicidad; espera que V. M. se servirá admitir la inscripción voluntaria del exponente por la cantidad de 200 libras catalanas anuales.» Y a semejanza de este documento suscrito por don Ignacio Bruguera, el otro documento a que aludimos dice así: «Los trabajadores, jour-

leros de uno y otro sexo, así grandes como niños, empleados en esta fábrica de pintados, movidos del buen celo que nos anima a la defensa de nuestra sagrada religion, de nuestro augusto soberano (q. D. g.) y de sus estados, unánimes ofrecemos dejar un tanto semanal de nuestros respectivos salarios, el que juzgue V. M. dar aviso a la superioridad, para que llegando por su conducto a noticias de las demás fábricas de esta clase les sirva de estímulo para hacer igual ofrecimiento. Barcelona, 14 de abril de 1793.» Y en nombre de los arriba expresados operarios firmaban: Josef Arolas, texedor; Antonio Viñolas, pintador; Ignacio Serrat, grabador; Jaime Matheu, much.^o. Tónica tan elevada, estado de ánimo que de tal manera concertaba con el de toda España, fué tan sólo alterado por las notas discordantes de algunos guipuzcoanos y vizcaínos, que, en la perenne fermentación de sus aspiraciones nacionalistas, creyeron que en esta ocasión crítica, como en tantas otras de la vida española, había llegado el momento de la realización de sus propósitos, esperando lograr la constitución de una república independiente bajo el protectorado de Francia o totalmente fusionada con ella. A estos extremos hubo de llegar la exaltación de un injustificable odio contra España. Pero, como veremos más adelante, llegada por desgracia la ocasión propicia para la realización de este propósito, la conducta altanera, vejatoria y desconsiderada de aquellos mismos en quien ellos tenían puestas todas sus esperanzas, les hizo volverse de sus acuerdos y, con toda lealtad, rendirse a la ley general de la nación. Es de justicia reconocer que no toda la población vascongada participaba de esa animadversión contra el Poder central.

Como pueden ver nuestros lectores, quedan señalados en las páginas que anteceden los efectos que en el ambiente español hubo de causar el hecho de la declaración de guerra entre España y Francia, y para ambientarles en la realidad del momento histórico que nos ocupa, sólo nos resta poner de manifiesto, aunque sea a grandes rasgos cómo esta declaración de guerra fué recibida por la opinión pública en la vecina República. En ésta la exaltación del entusiasmo revolucionario había alcanzado el grado máximo, a punto de convertirse en una verdadera locura tras las victorias de Valmy y Jemmapes. No se juzgaba ya la nación francesa en el deber de rechazar victoriosamente el ataque de que era objeto por parte de las Potencias europeas, sino que la joven República consideraba como un imperativo categórico de conciencia el imponer sus formas de gobierno, sus doctrinas y principios fundamentales de carácter político social por todo el mundo civilizado. En la oposición casi general de los gobiernos del viejo Continente, el nuestro no representaba para el francés una amenaza digna de ser tenida muy en cuenta; pero juzgamos oportuno advertir que en la participación de este estado de exaltación revolucionario no toda Francia se mostraba animada de un mismo espíritu, pues había algunas regiones que, como la Bretaña y la Vendée sobre todo, reaccionaban en un sentido radicalmente opuesto al pensar y sentir de la República triunfante, y había comarcas que, como la Gironda, aunque no contraria del todo al ideal revolucionario abrigaba un criterio francamente federalista opuesto en absoluto al principio de unidad establecido como fundamento del nuevo orden de cosas. Entre todo el paisanaje francés, el del Rosellón era uno de los más conformes con el régimen antiguo, no ocultando su franca oposición a cuantas disposiciones emanaban del nuevo Poder público contrariando las costumbres y las leyes tradicionales. Tengamos en cuenta todo esto para cuando tratemos de estudiar las probabilidades de triunfo que pudiera tener nuestra Patria en la contienda que iba a entablarse. Para el revolucionario francés abatir el Poder español, el enemigo más irreductible desde el punto de vista ideológico, constituía uno de los más señalados triunfos. Era tanto como asertar un golpe de muerte a la sólida piedad cristiana y a la influencia del Clero, tan odiadas por los enciclopedistas y los fanáticos admiradores de Voltaire y de Rousseau, de Diderot y de Condorcet y de tantos otros filósofos por el estilo; era infligir un duro castigo al principal asiento del régimen monárquico, del poder papal y de la Inquisición. Todo esto, y no menos, representaba España para esta gente. Por ello, la

declaración solemne de la guerra fué acogida por la Convención con repetidos aplausos, y por ello también, no obstante hallarse la frontera franco-española en un estado que bien pudiera merecer el calificativo de abandonado e indefenso, las poblaciones fronterizas se entregaron a los mayores transportes de entusiasmo al tener conocimiento del hecho, dándose el caso de que, en la capital del Rosellón, en la pequeña pero bella ciudad de Perpiñán, el día de la publicación oficial de la guerra, el paisanaje organizase una jornada de carácter festivo y animado, sin faltar las consiguientes danzas en las plazas públicas. Pasado este primer momento de exaltación patriótica, los cerebros revolucionarios entregáronse a la tarea de imaginar los planes de campaña más variados y fantásticos. No había ciudadano que no propusiese el suyo. Quienes pretendían que las tropas republicanas irrumpiesen en el alto Aragón; quienes otros, avanzar simultáneamente sobre Aragón, Navarra y Cataluña. Parece ser que éste era el proyecto del propio Serván. No creemos sea necesario dar más detalles para que nuestros lectores se den cuenta de qué modo fué acogida la declaración de guerra en España por parte de las poblaciones de uno y otro país.



CAPÍTULO IV

EL PLAN DE CAMPAÑA

DECLARADA la guerra, primeramente por Francia a España, y luego, en debida correspondencia, por España a la primera, imponíase por ambas partes la formación del oportuno plan de campaña. Celebráronse en Madrid las necesarias reuniones entre Godoy, el Conde de Aranda y el Encargado del Despacho de los Asuntos de Guerra, Conde de Campo Alange, bajo la presidencia, como era de rigor, dada la importancia del asunto a tratar, del propio Monarca. En una de estas reuniones parece ser que Godoy expuso su pensamiento favorable a una invasión por Normandía, mediante la realización de un desembarco en aquellas costas, con un ejército de 36.000 hombres, dispuestos a avanzar sin dilación alguna sobre París. Realmente esta idea no puede decirse que fuera hija de la imaginación del favorito, pues casi coincidía por completo con la abrigada por el Rey de Suecia, cuyo propósito era realizar idéntica operación con las fuerzas que a su mando pusiese la Emperatriz Catalina de Rusia. Al Conde de Aranda le pareció plan semejante el colmo de lo descabellado e improcedente y, de este hecho tenemos autorizado conocimiento, gracias al propio testimonio del veterano General y político, en su *representación* de 1794. Tras de detenido estudio, fué acordado por fin otro mucho más concreto y limitado en sus aspiraciones, el cual, si hemos de dar fe a lo manifestado por algunos historiadores como Fervel y el General Gómez Arteche, fué concebido y redactado por el propio Conde de Aranda, aunque otros, como el General Benavides, con razonamientos muy dignos de ser tenidos en cuenta, opinen que el que parece más indicado para suponerle su autor sea el General Ricardos, a quien hubo de encomendarse el mando supremo del ejército encargado de la acción ofensiva o principal misión, en el territorio del Rosellón. «Leyendo aquél—declara—, se advierte claramente que es de una sola persona que habla en nombre propio. Es posible que se examinara detenidamente en Madrid en el Consejo de Guerra, pero debió prevalecer íntegro o poco menos, depositándose una copia auténtica de él en el Archivo General Militar de Segovia. El documento original cuyo texto aparece transcrito íntegramente en el artículo de este General, publicado en el periódico «El Español» del 21 de agosto de 1943, viene encabezado con el siguiente título: «Reflexiones acerca del plan de campaña que se puede proponer la España seguir este presente año de 1793 en las fron-

teras de Francia»: y su contenido está dividido en dos partes, denominada la primera «Reflexiones para la campaña», y la segunda «Del plan ofensivo». La transcripción del documento viene a quedar aclarada por anotaciones del General Benavides que facilitan oportunamente el conocimiento y el alcance de conceptos que no aparecen claros o merecen una especial anotación por su importancia. El documento textualmente dice así:

«Los sucesos de una guerra son, quasi siempre, efectos fortuitos de los Planes de Campañas: El mal arreglo y combinación de ellos y el no ejecutarlos debidamente atraen contiguos reveses y frustran las expectativas más alhagueñas; por el contrario, un Plan de Campaña bien meditado y seguido con energía e inteligencia, produce siempre prosperos sucesos. El Gran General se ve igualmente en el gabinete que a la cabeza de un Ejército. De este principio de una acepción común, nace la necesidad de ante todas las cosas, y con anticipación a los aprestos militares, elegir calculando las circunstancias locales, generales y particulares, el Plan que se debe proponer la España en esta guerra por tierra con la Francia, singularmente en la presente campaña. Como este plan puede ser ofensivo o defensivo, se tratará de los dos para no confundir las ideas.

DEL PLAN DE CAMPAÑA DEFENSIVO.—La situación de nuestra Península respecto de la Francia parece que nos convida a proponernos un plan defensivo: y la consideración de su mucha Población y fuerza nos persuade a primer vista a que es necesario. ¿Cómo intentar pasar barreras que se presentan erguidas, escabrosas e impenetrables quasi por todos? ¿Y cómo osar, aun cuando se consiga, eludir las, exponer un corto número de fuerzas poco o nada aguerridas, a las muchas y aun innumerables con que nos atacara una Nación populosa, conmovida y agitada por un ciego fanatismo contra quienes se oponen a sus ideas? De otra parte, parece que nada se conseguiría obrando ofensivamente, y aun teniendo prósperos sucesos: La adquisición de una u otra Provincia, ¿nos obligaría a sostener continuas guerras, fuera de nuestros naturales límites y renovar las siempre infelices, aun venciendo, de Flandes o Italia; conozcamos nuestras fuerzas y propia utilidad, y ciñámonos: se podrá conservar nuestra propiedad que la naturaleza ha tenido del Mar y de altas y largas, o impenetrables montañas? Tales son en compendio las principales razones que se pueden alegar en favor de un Plan de Campaña defensivo: mas que no obstante su solidez aparente se refutarán después; ahora veamos en caso de adoptar un Plan en que forma puede executarse. Este sería una de dos: o acordonando todas nuestras Tropas en Cuerpos separados por la frontera; o reuniéndolas en dos y más Cuerpos en los puntos más accesibles e importantes de ella. El primer método es nada militar, y aun absurdo; éste sería lo mismo que teniendo cañamo para hacer una robusta maroma que pudiera resistir grandes esfuerzos. fabricar solo hilos con pretexto de que con ellos se cubriría mayor espacio: todos los puntos serían débiles e incapaces de resistencia, y nada costaría al enemigo irlos derrotando en detalle. El local le favorecería extremadamente, pues que teniendo el solo la falda del Norte de las Montañas, y en ella, o a su raíz caminos cómodos de comunicación, le sería fácil reunirse cuando menos se pensase para atacar uno de nuestros puntos, que por lo fragoso del terreno y falta de comunicación no podría ser socorrido. ni aún retirarse de él las tropas que lo guarneciesen. Conseguida la derrota de uno de estos puestos le sería más fácil apoderarse de otros, porque las Tropas no estarían más aguerridas, si consternadas. Aún más, estos Puestos no pueden sostenerse por una competente Artillería. arma que tiene tanto influxo en su ataque y defensa; no hay caminos para ella: no hay tampoco la multitud que se necesitaría para esto; y sería indispensable dotarla de suficiente número de Oficiales y Artilleros, capaces y ágiles. Se dirá que se podría abrir caminos directos, y de comunicación para todos los Puestos; la propuesta es fácil, pero imposible la ejecución. Esta exigiría una larga serie de años, y muchos millones: Aunque los caminos militares se abran con facilidad, y prontitud, esto no es en las montañas primitivas, que frecuentemente presentan alturas que la vista no alcanza, escarpadas y de rocas durísi-

mas. Además cuando esto sería factible, ¿Para qué abrir y facilitar una libre entrada por todas partes a los enemigos, en caso de que padezcamos una derrota? Se objetará, con razón poderosa, que no procurando defender todos los pasos, avenidas y aun trochas por donde se pueda introducir el enemigo, entrará efectivamente sin oposición, saqueará todos nuestros lugares de la frontera; y aun penetrará en lo interior, dejándonos burlados a las espaldas; distingamos antes para responder, si estas incursiones del enemigo serán o en partidas sueltas de tropas ligeras, sin cañones ni bagajes, que hagan correrías, o en Cuerpos sólidos y en forma de Ejército, si del primer modo, no penetraran mucho y armando los lugares de la Frontera sabrán sus vecinos, ayudados de las ventajas locales, defender sus propios hogares. Es verdad que no obstante serán saqueados algunos; pero es un corto mal, indispensable en toda guerra con los vecinos, y que es irremediable. No se citara un solo exemplo de que haya dejado de suceder, por próspera que sea la fortuna de la guerra; tan preciso y común es esto como la trinchera, y ataques contra una plaza con una guarnición dexan de ser destruidos en parte en alguna salida. No se puede atender a todas horas con igual energía a muchos puntos. Si los enemigos entrasen en forma de Ejército, si no penetraban, nada importaría y si lo executaban sería esto una fortuna y no una desgracia. No podrían executarlo sino muy lentamente; y con mucho trabajo, y por tanto sería fácil antes de que hubiesen hecho progresos, cortarles la retirada, y aún encerrarles en algún valle. Parece que queda demostrado que así como es preciso para que un número de varas hagan gran resistencia, reunir las tropas para un Plan defensivo no emplearlas sueltas: del mismo modo se deben reunir las tropas para un Plan defensivo y no esparcirlas por las fronteras; veamos ahora en dónde y cómo han de ser estos puntos de reunión. La naturaleza parece que las ha marcado. Los Pirineos, robustísima cadena de montañas que va del Océano al Mediterráneo, ensanchándose y siendo altos y escabrosos por todos ellos, sólo se suavizan, y disminuyen al aspecto de los dos mares, ofreciendo por estos dos puntos márgenes al arte para hacerlas transitables con comodidad. Guipúzcoa y Ampurda son, pues, estos dos puntos: quando el primero se defiende, también Pamplona y toda Navarra; y el segundo defiende el importante puerto de Rosas, Figueras y toda Cataluña. De aquí es que siempre que se quiera seguir un Plan defensivo, éste debe ser reuniendo las tropas en estos dos extremos de la frontera, en dos Ejércitos. Mas se preguntará: ¿Deben ser iguales? ¿O ha de haber algún Cuerpo intermedio? ¿O en caso de haberlo, dónde se habrá de situar? 1.º Es evidente que no deben ser iguales, porque no hay iguales proporciones para su subsistencia y aprestos militares en los dos puntos, siendo mucho más ventajoso para esto el de Cataluña, como después se dirá y porque todo Plan defensivo que no puede ser ofensivo a un tiempo cuando convenga, es débil y nada ventajoso: y para la ofensiva es mejor entrada la de Cataluña, como se hará ver después. 2.º Siempre sería muy conveniente que hubiese un Cuerpo intermedio: no sólo podría contener las correrías de algunas partidas, sino también reforzar, sostener y socorrer las extremas, según las urgencias. Mas atendiendo el limitado número de nuestras tropas, y a la dificultad de aumentarlas considerablemente, parece que no sería conveniente formarlo de los Cuerpos existentes, y sí de algunos Regimientos Provinciales, y de los Cuerpos nuevos y reclutas o voluntarios que se vayan insinuando, y aproximando. 3.º La situación de este Cuerpo debe ser en Aragón. Lo áspere de su frontera no dexa recelo de ninguna clase de incursión considerable y la corta plaza de Jaca es respetable, vista la dificultad de su ataque por la de aproximar artillería gruesa. Desde el Aragón, aunque con rodeos por falta de caminos se pueden reforzar los Ejércitos de Cataluña y Guipúzcoa. Supuesta esta división por mayor de nuestras fuerzas militares, veamos cual deba ser su posición y disposición defensivas en este Principado de Cataluña. Antes del extremo de los Pirineos que termina en el Mediterráneo, formando hacia nuestra parte el golfo o puerto de Rosas, hay una llanura de tres o más leguas en todos sentidos, regadas por los ríos Muga y Llobregat y varios arroyos: a un extremo de ella, el opuesto al mar, viene casi a dar el camino Real que pasa

por La Junquera, viniendo de Francia y que defiende Bellegarde, y a la misma vienen a dar otros caminos descuidados, de los que dos de ellos recompuestos podrían servir para el paso de la Artillería; la Plaza de Rosas, situada al pie de la montaña, aunque mal tratada, y de ninguna consideración, por ella misma, es de la mayor importancia por su puerto capaz de recibir escuadras y necesario para socorrer y provisionar Ampurda. Figueras en continuación del camino Real y frente de Bellegarde, está al fin de la llanura opuesta a los Pirineos y al pie de un cerro de treinta a cuarenta toesas de alto, en que se ha construido la fortaleza de San Fernando. Esta merece la mayor atención, porque aunque en el día no sea una plaza inexpugnable, puede llegar a serlo y los franceses no dexarian de ejecutarlo si cayese en sus manos escarpándola, por estar construida sobre roca, con cuyo arbitrio quedaría hecha un segundo Gibraltar, y más siéndole adyacente el puerto de Rosas, entre cuyos puntos abrirían líneas. De aquí es que la conservación del Ampurda depende de la fortaleza de San Fernando y como al mismo tiempo, invadido el Ampurdá no hay grandes dificultades en extenderse e internarse por todo el Principado, a cuya operación protege la orilla del mar, es claro que el mayor cometido nuestro se ha de poner en defender a Figueras. No se crea que esta Plaza sea actualmente inexpugnable; aunque su situación sea la más ventajosa, no se debe considerar por tal; los fondos que se debían haber gastado en escarparla se han invertido en suavizar la subida a ella y hacerla accesible; sus obras porque estuviesen con una aparente regularidad son multiplicadas, pequeñas cada una de por sí, y no se protegen ni defienden como pudieran; faltan además algunas obras interiores, las más importantes, cuales son el Parque de Artillería y el Hospital; en fin, dentro de ella no hay tierra y sí solo guijo, circunstancia que sola haría sangrientísima cualquier defensa. Es de absoluta necesidad por las circunstancias, cuyo influxo es el primero en la guerra defender a toda costa Figueras, Rosas y su llanura, a este fin parece que el mejor medio será establecer una línea apoyada en estas dos plazas y fortificada con semirreductos donde se colocara la Artillería. Jamás los enemigos intentarán romper esta línea por los puntos de apoyo; y si los executaren y consiguiesen por el centro, el Ejército vencido se podría replegar a derecha o a izquierda sobre Rosas o Figueras y ocupar trincheras que de antemano se tendrían hechas cubriendo estas dos Plazas; se sabe que la menor Fortaleza se hace inexpugnable cuando la cubre un Cuerpo de Tropas con trincheras. El enemigo no puede molestar la fortaleza mientras no se apodere de las trincheras, y es muy arduo conseguirlo, batidas de revés por los fuegos de la Fortaleza. Las mejores Tropas han sido rechazadas en tales ataques. Esta posición del Ejército nuestro tendrá además otra ventaja, cual será de poder defender vigorosamente la salida a la llanura del enemigo. Cuerpos y partidas de Tropas ligeras cubrirán todos los caminos y avenidas, los defenderán y darán aviso de cuanto observen. Baterías y aun fortines enfilarán las bocas de los caminos, que sostendrán algunas tropas de línea que se podrán reforzar con facilidad; y la Caballería podrá cargar y derrotar una parte del enemigo que haya salido, mientras que la otra esté encerrada en las avenidas o desfiladeros. Creemos inútil el explicar más de este Plan porque sus ventajas son palpables. Así pasamos a tratar de los medios que para él se necesitan. Siendo necesario cubrir todas las avenidas y vigilar por todas las Montañas, porque la industria humana tiene arte para vencer todos los obstáculos y allanar las mayores eminencias cuando no encuentra quien lo impida: no parece que estarán de más 2.500 hombres de tropas ligeras de infantería. Siendo considerable la extensión de la expresada línea, cuya fuerza depende principalmente del número de sus tropas si se cuentan las guarniciones de Rosas y Figueras, no será crecido el número de veinte mil hombres de Infantería. Como la principal defensa de las líneas y puestos está actualmente en la artillería, desde luego serán menester para guardar lo que se propone 150 piezas: a saber, 10 obuses de a 8; y 60 de a 4; sorprendente el decir que son menester 1.200 artilleros y 60 oficiales para ellas; mas es imposible menos. Si es la Caballería quien no menos puede contribuir a contener y derrotar

al enemigo cargándolos en la expresada llanura, por esta razón parece que no estarán de más 4.000 caballos efectivos. En caso de admitir y seguir este Plan se hace preciso establecer multiplicados puentes de comunicación sobre los ríos Muga y Llobregat, y secar los pantanos, lagunas y charcos de la expresada llanura para evitar cuanto sea posible la epidemia de tercianas.

DEL PLAN OFENSIVO.—Por Plan de Campaña ofensivo no debe entenderse precisamente el que se propone hacer conquistas y adquisiciones (éstas son resultado de sucesos prósperos y repetidos), sino también aquel por el que se consigue con más seguridad y a menos costa cubrir sus fronteras y posesiones, obrando en el país enemigo, y tal será el que propondremos. Cuando Federico II se vió amenazado y próximo a perder sus Estados por la poderosa Liga hecha entre las Cortes Imperiales y Saxona, no dudó un momento en atacar sus enemigos en el corazón de sus dominios, con lo que conservó los suyos. Si jamás puede presentarse a la España una ocasión en que obrar ofensivamente contra la Francia con éxito, es la actual; una larga paz e íntima alianza entre las dos Naciones ha hecho que la Francia no tenga por esto ningún Arsenal de Construcción de Artillería, ninguno de trenes de Campaña, ni de batir, y que sus plazas no sean fuertes ni estén bien mantenidas, y conservadas. Los numerosos Ejércitos que tienen que reunir los Franceses por el Norte parece esencial por la intermediación de París; no les permitirá ni traer trenes de Artillería, ni Caballería de que están muy escasos, ni aun tampoco buenas Tropas de Infantería. ¿Qué será, pues, lo que nos opondrán? Nada más que algunas Tropas de Infantería bisoñas, sin disciplina, mal mantenidas, disgustadas y poco o nada sostenidas de Caballería y Artillería. Se dirá, si esto es así, cuanto menos costoso y más cómodo no será permanecer tranquilamente sobre la defensiva, pues con tales tropas no se atreverán a atacarnos y concluiremos nuestra campaña sin la pérdida de un solo hombre, molestándolos con la privación del lucroso comercio que hacía con nosotros, además de las ventajas que nos proporciona nuestra superior Marina. Mas es necesario meditar con ideas más extendidas que las que nacen del primer punto de vista; véanse las que ofrece este tema defensivo: (1.^a) Todo campamento de mucha duración produce epidemias en las tropas; modernamente lo han manifestado los austríacos en Hungría y los prusianos en el Verdunés. La corrupción del aire por los muchos ábitos y la inacción son dos causas suficientes, y si a ella se añade la intemperie del Ampurdá, en el que ni aun los naturales están exentos de tercianas en el estío, es de presumir que el Plan defensivo que acabamos de proponer fuese la guadaña de todo el Ejército. (2.^a) Estas mismas malas y bisoñas tropas francesas, despreciables ahora, viendo nuestra inacción, no dexarian de insertar correrías e incursiones por nuestra frontera, rechazadas por una parte por los paisanos armados y tropas ligeras, penetrarían por otras, saquearían, y sacarían contribuciones. Por este medio no se aguerrirían, sino que se aumentarían, acudiendo nuevos reclutas atraídos por las ganancias, que exagerarían. Entre tanto nuestras tropas permanecerían bisoñas y paráliticas por la inacción, enfermedades y vicios anexos a la ociosidad. (3.^a) El francés que ve nos desprecia por lo que pertenece a toda ilustración, nos despreciaría por nuestras cualidades militares; sus peores tropas estarían en posesión de atacarnos, mientras que las mejores nuestras no osaban salir de las trincheras; y sus lugares estarían en toda seguridad, mientras que los nuestros serían saqueados e incendiados. ¡Qué consternación atraería esto en nuestras tropas y paisanaje! ¡Qué audacia daría a los enemigos! (4.^a) Si accediesen imprevistos malograsesen las empresas de los Ejércitos combinados del Norte, como sucedió la campaña pasada, y los franceses pudieron traer tropas a esta parte al fin del otoño, ciertamente no podríamos resistirlo; hallarían un Ejército bisoño, enfermo, consternado y abatido, que sólo creará poder resistir mediante sus obras de tierra, que ciertamente no dexarían de ser forzadas; la Cataluña toda apenas bastaría a contener su irrupción. (5.^a) En fin, el espíritu del soldado no es capaz de profundas reflexio-

nés políticas y militares; así cuando ve que se le tiene retirado del enemigo, que se le fortifica y esconde, se cree menos fuerte con su adversario, lo teme de consiguiente y se juzga inferior, persuasión que lo abate y envilece dexándolo incapaz de ninguna acción de valor; tales son las consecuencias forzosas de un Plan puramente defensivo, que a primer aspecto parece el más adecuado a las actuales circunstancias; al contrario, uno ofensivo nos ocasionaría las ventajas siguientes: (1.^a) Nos libertaría de las enfermedades y epidemias que la inacción y mal clima del Ampurdá causaría en nuestro Ejército. (2.^a) La calidad y número de Tropas, y los ningunos preparativos, y pertrechos de los Franceses, no dan lugar a duda que nos apoderaríamos de Bellegarde y Perpiñán y todo el Rosellón y de que podríamos sacar contribuciones a lo menos de las provincias adyacentes; cubriendo al mismo tiempo de este modo mucho mejor nuestras fronteras. (3.^a) No es posible prever qué esfuerzos podrían hacer los franceses para defenderse; pero si no fuesen enérgicos podríamos esperar internarnos mucho siempre a orillas del mar; los asaltos de Narbona y Montpellier no serían imposibles; obrando es como se puede sacar partido y aprovecharse de las derrotas, consternaciones y discordias de los enemigos, circunstancias que no son calculables con anticipación y que no existen en un plan defensivo. (4.^a) No sólo nuestras tropas se aguerrirían, formarían y se introduciría en ellas un verdadero espíritu militar; sino que los Franceses comenzarían a temernos y respetarnos. (5.^a) Toda la Nación se esforzaría con el mayor gusto a aumentar y mantener un Ejército activo y victorioso; mientras que desmayaría cuando lo considerase enfermo, bisoño y vicioso. (6.^a) El honor de la Nación y de nuestros Augustos Soberanos se interesan y están comprometidos en que se tome una parte activa y no meramente pasiva en la querella común de todas las Naciones contra la Francia, querella que nos toca más particularmente y cuyo objeto nos interesa más. (7.^a) En fin, aun cuando nuestro Ejército fuese derrotado al fin de la campaña por los poderosos esfuerzos que enviasen los Franceses, perderíamos menos tropas que, por las enfermedades; nuestras fronteras estarían ilesas, las suyas desoladas, y aún conservaríamos fortalezas y puestos en su territorio; así la guerra no entraría en el nuestro; esta es la verdadera defensiva. Se dirá convenidos en las utilidades de la guerra ofensiva, pero no teniendo tropas ni medios para la defensiva, no podemos pensar en la ofensiva. Mas reflexiónese que no son necesarios mayores medios y recursos para la una que para la otra; es preciso, sí, mayor espíritu o resolución, o mejor decir, es menester persuadirse que los mismos medios empleados de un modo son enérgicos y se sostienen, mientras que empleados de otro son lánguidos; además no seamos como el patrón, que por no echar al agua en una tempestad dos o más fardos, tiene que echarlos después todo y aun perece él. Véase las tropas y preparativos que se necesitan para esta guerra ofensiva en esta Campaña y se verá que no son mayores que para la defensiva:

1.º Tropas de Infantería de Línea	20.000
2.º Caballería	6.000
3.º Tropas Ligeras de Infantería	3.000
Además para reservar guarnición y conducciones Infantería y	
Regimientos Provinciales	8.000
Caballería	1.500
Tropas Ligeras	500
<hr/>	
Total	41.000

Los preparativos serán un tren de batir compuesto de cincuenta cañones de 24, otros tantos de 16, 10 obuses de 8, 10 de a 4, 30 morteros, tren que es fácil completar en este

Principado; y otro tren de Campaña de 12 piezas de batalla que se está acabando de construir. Este tren y uno de puentes portátiles de pontones o barcas son igualmente precisos en el Plan ofensivo. El número de tropas especificadas parecerá mucho mayor que el que se ha asignado para el Plan defensivo; pero nótese que en aquél no se comprenden las guarniciones y de que se podrán disminuir los Cuerpos que hay en otras Provincias, respecto a que por este medio queda en seguridad quasi toda nuestra frontera. Supuesto adoptado este Plan ofensivo, su buen éxito depende de la celeridad de su ejecución antes que los enemigos se precaban, y refuercen. Las fortalezas de Bellegarde, Collimbre y Perpiñán deben desde luego ser embestidas y atacadas; al no ser ninguna de ellas de primer orden ni respetable facilitarán su pronta adquisición; el puerto de Vendres nos proporcionará el desembarco de la artillería de batir para Perpiñán, y fuertes que de él dependen. La entrada en Francia en el día no es difícil por el Coll de Bañuls, ni aun por otros mediante la abertura de algunos pedazos de caminos, nada difícil no estando defendidos. Ante todas las cosas es necesario hacernos dueños, cercar a Bellegarde, su guarnición es corta; tal vez puede tomarse por inteligencia, el descuido de su guarnición nos pueda facilitar una escalada, y al fin 20 morteros, y otros tantos cañones con 600 hombres la rendirían en pocos días, sin que por esto se detenga la marcha del Ejército y toma de Coluire, que es una bicoca, castillo de San Telmo y puerto de Vendres. En éste, como se deja dicho, se puede tomar artillería para sitiar a Perpiñán; plaza que si no se la socorre no podrá sostenerse ni veinte días. Hasta este punto puede llegar, no más el Plan que proponemos; pues como es natural, esta incursión atraiga defensores será preciso pensar entonces, o en trabar una acción con ellos si inferiores, o en evitarlo y contenerlos si superiores, por la ciencia de posiciones: procurando que éstas ocupen las expresadas Plazas Francesas y de consiguiente es nuestras fronteras, y la comunicación por el mar; si los veneciésemos, nuestras correrías y expediciones podrían ir bien lejos, y más si por el Norte y Delfinado hiciesen una Campaña desgraciada. Pero la ejecución de este Plan exige mucha actividad y prontitud; si los enemigos se refuerzan será un éxito problemático. Es pues preciso principiar. Además no se puede perder momento en organizar este Ejército, es preciso instruir los Cuerpos en maniobras en grande, en acampar y descampar, en uso del cañón y, sobre todo, en marchar de frente en línea. Tres son las reflexiones que he creído poner en noticia de la Superioridad acerca del plan que se debe seguir en esta campaña. Resta que exponer ahora qual sea la razón de preferencia porque se haya de hacer ofensivamente la guerra por la Cataluña y no por la Navarra y Guipúzcoa, la que se reduce prescindiendo de la mayor proporción que presenta Barcelona para los aprestos militares, por la mayor facilidad que nosotros tendremos de penetrar por esta parte, no perdiendo nunca el mar, y pudiendo ser socorridos de tropas, armas, municiones y víveres, traídos no sólo de Andalucía, Murcia, Valencia y Cataluña, sino del Africa e Italia, y pudiéndole ocasionar mucho daño a los enemigos privándolos de sus puertos en el Mediterráneo. Además, por esta parte, con próspera fortuna, podríamos reunirnos a los Sardos y privar a la Francia de Tolón y Marsella. Mas ¿qué haremos por Navarra? Tomaremos Bayona, malo o inútil puerto, y después, por temor de perder nuestras comunicaciones, no podríamos internarnos. Siguiendo la frontera, montañas ásperas. De cualquier modo, los convoyes habrían de ir por tierra. Por otra parte, en caso de que la Francia intentase atacarnos con vigor, lo ejecutaría quasi por las mismas razones por la Cataluña y no por la Navarra, porque las montañas y terreno quebrado no le permitiría extenderse a una ni a otra parte y sí sólo internarse exponiéndose a perder toda comunicación. No es lo mismo en Cataluña, en donde la mar le proporciona siempre facilidad para refuerzos y convoyes. Si la guerra con el actual Gobierno de Francia es como parece infalible, si es a lo menos más que probable, es menester determinar prontamente la época y la especie, y la época depende mucho de las circunstancias políticas y de la tardanza de los primeros aprestos, pero todos los militares aconsejan que se apresure todo lo posible, así para aprovechar en el

verano y otoño los éxitos que podamos prometernos en la primavera, como porque careciendo los franceses quasi enteramente de los dos ramos más importantes y difíciles de tener prontitud, puede ser decisivo no darles el tiempo de remediar esta falta. Carecen los franceses de artillería sin verles recursos para su remonta: es, pues, importante si hemos de venir a un rompimiento formal anticiparse en el tiempo que su situación los imposibilita igualmente al ataque y la defensa y que no nos entretengan sus astucias, mientras se preparan o procuran prepararse; a esto se añade la escasez de víveres que padecen, y como la escasez efectiva va siempre mezclada con la figurativa, aunque el año no fuese de los más abundantes. Pero como todas estas razones militares habrán de ceder a las políticas nada se dirá sobre la época y vamos a la especie de guerra que nos conviene hacer. Todo dicta que desde luego sea ofensiva, a lo menos por la parte de Cataluña, y para comprobarlo se hace preciso entrar en algunos detalles. El primero y más imperioso motivo para preferir la ofensiva por esta parte es el terreno, que nos es desventajosísimo para la defensiva y nos favorece para la ofensiva. Para convencerse de esta verdad basta considerar que de la ancha y escabrosa faja que forma la cordillera de los Pirineos la mayor parte pertenece a España y que la francesa es incomparablemente menos áspera, que ya por esto, ya por el ahinco con que los franceses han trabajado siempre en facilitar sus comunicaciones, tienen por la misma falda de los Pirineos y en prolongación de su cordillera caminos, carreteras tan buenos como en las Provincias más llanas. Que su terreno, más abierto, regado naturalmente, y su industria activa de un siglo a esta parte ha hecho crecer los cultivos y las poblaciones, y finalmente, el canal de Languedoz, facilitando la comunicación de ambos mares, les proporciona las condiciones prontas y baratas de toda especie. Por nuestra parte, la aspereza del terreno, la total incuria de caminos y la carencia de los puertos más precisos constituye incomunicables unos pueblos con otros de contacto para todo carruaje, y a veces hasta las caballerías cargadas; de uno y de otro dato, resulta que ciñéndonos a la defensiva, nos es en muchos puntos necesario colocar de una vez toda la tropa que haya de defenderlo, aislándola, esto es, dejándola a su propia fuerza y sin esperanza de socorrerla a tiempo ni en lo necesario, porque cualquier movimiento real o simulado de los enemigos para lo que les basta una marcha, nos obligaría a hacer cuatro o cinco, en cuyo caso si el ataque era verdadero no llegaríamos a tiempo, y si fingido, no haría desguarnecer el punto que se proponían atacar y alejaría más el regreoso para socorrerlo; éstas son de aquellas circunstancias locales contra las cuales la destreza y perspicacia de una general lucha en vano, porque aun cuando tenga la dicha de adivinar siempre, no por ello podrá en una frecuencia de casos poner oportunamente el remedio. El segundo motivo para preferir la ofensiva le abraza la misma calidad del terreno por lo que respecta a esta parte, y es la regla general para todas. La superioridad en número y calidad de caballería es decisiva para la ofensiva, y pierde muchas de sus ventajas en la defensiva, donde el mayor y frecuente cuidado es el de la elección de puestos fuertes por la naturaleza o el arte, pero es lo peculiar de estas fronteras ásperas y más propias para la infantería. Ni la caballería nos prestaría para defenderla una fuerza considerable, ni sería fácil el mantenerla mucho tiempo, por no ser países de forraje; si a esto se añade la multiplicidad de almacenes de víveres que deben establecerse de ante mano en todos los parajes que puede amenazar el enemigo, los que se pierden por la necesidad de abandonarlo; la gente que perece por las vacilantes marchas y contramarchas, por el disgusto natural del hombre de ir siempre en ayre de batido y la desertión que es consiguiente, no se dudará de la ventaja que tiene la guerra ofensiva aún sin grandes progresos respecto a la defensiva en los mayores aciertos, pues siempre son unos bienes negativos, que pocos son capaces de graduarlos. Es cierto que cuando los enemigos cometen ciertos errores considerables en la ofensiva, y si el general que manda la defensiva los sabe aprovechar, suele declinar la guerra alternativa, y aún acaba ofensivamente, pero esto tiene distinto aspecto en la Cataluña, donde establecidos los enemigos en la parte de acá de los

Pirineos, y superiores o iguales en infantería, si se viesen deteriorados se retirarían de puesto en puesto y sin que nuestra superioridad de caballería pudiese darlos cuidado ni detenerlos. Añádase que si nos ceñimos a la defensiva es infalible que penetren por alguna o algunas partes, aunque no pueden bajar a los terrenos abiertos; como mucha parte de Cataluña es montuosa, les bastaría propagar e intentar persuadir su perniciosa doctrina y sorprender los incautos, que son muchos en todos los pueblos; éstas y las razones que anteceden, me parece que aconsejan el que ataquemos cuánto antes sea posible el Rosellón y para ello se presenta por margen el siguiente plan:

«Idea por mayor de las primeras operaciones por el Rosellón.»—Prescindiendo de la entrega de la Plaza de Bellegarde en q^a puede hallarían obstáculos imprevistos los mismos que le ofrecen. Y de la de Mon Luis que se me ha hecho últimamente, hay la de que, además de estas contingencias, no estar asegurado de poder llevar Cañón a Puigcerdá, como sería necesario para aprovechar o dar grave cuidado por aquella entrada y suponiendo q^a para fines de Abril, si faltase la defensa de Bellegarde emprendiesemos la operaciones ofensivas; con veinte, y ocho, á treinta mil hombres que se reforzarían en todo Mayo hasta quarenta mil, el Plan por mayor q^a puede seguirse es el siguiente:—La Reunión del Exto se hará en Figueras y Rosas. Luego q^a concurriesen la mayor parte de las tropas se emprendería el paso de los Pirineos por el Coll de Portell a la izquierda de Bellegarde y por el de Bañuls a la derecha con inmediación al Mar cada uno de estos Cuerpos llevaría un crecido número de trabajadores para facilitar en algunos puestos el paso de la Artillería. La Columna que se dirigiría por el Coll de Portell batiría de revés desde este mismo Coll o Puerto, las baterías de la Plaza q^a únicamente pueden incomodar el tránsito.—La q^a se dirigiría por el Coll de Bañuls atacaría primeros el fuerte de Sn Telmo q^a no contiene mas q^a quince Cañones y se rendiría brevemente y sucesivamente la pequeña Plaza de Colliure q^a aunque de más resistencia no podría hacerla considerable la toma del Fuerte de Sn Telmo por sí sola nos abriría el Puerto de Vendre, que no está fortificado por parte de tierra, y tendrían nuestros buques este seguro abrigo y Exto la facilidad de recibir comodamente su Artillería, viveres y Municiones tomada la Plaza de Colliure, y penetrada la otra Columna por Portell camparía el Ejército sobre el Río tesh entre Bellegarde, y Perpiñan, recibiendo todo lo que necesitase por su derecha, y se situaba ya en terreno donde podría usar de la grande ventaja de su Caballería, Bellegarde quedaría cortada, y sin abrir ataques es muy probable q^a se rendiría a la Bomba.—Si los enemigos no habían podido como es de creer organizar ni juntar fuerzas iguales, o casi iguales a las nuestras se haría inmediatamente la embestidura de Perpiñan la Ciudad se rendiría luego, y la Ciudadela (aunque fuerte) necesita una Guarnición numerosa que no esta en estado de ponerlo o si la pusiesen los dejaria sin Ejército Capaz de interrumpir su sitio mayormente, careciendo de Caballeria y siendo todo el terreno de las orillas de los Rios tech, Ter y Gli rasos y aptos para este especie de armas. Tomado Perpiñan, y reforzado el Exto relevando las Guarniciones de las Plazas de Perpiñan, Colliure, y Bellegarde, con las de Cataluña y nada podria en el Languedo alto y bajo sino la operación de un Exto enemigo superior q^a no hay provavilidad q^a pudiesen juntar, y las tropas de Guipúzcoa y Navarra que deverian obrar á lo menos con la amenaza mientras obraba como ha dicho el Exto de Cataluña, tendrían libertad de apoderarse de Bayona y de Sn Juan Pie de Puerto.—En este estado aun cuando los Franceses al fin o bien entrada la Campaña pudiesen contra toda esperanza reunir fuerzas tan superiores que nos obligasen a buscar posiciones retrogadas disputando primero los Países destituidos de Plazas como Languedo, y subcesivamente a descubrir Perpiñan, lo peor que podría acaecernos sería na necesidad de volver a tomar Cuarteles de Inbierno a Cataluña por la imposibilidad de conservar suficiente extension de País enemigo para inbarnar en Francia, pero este caso, miro como imposible; la defensa de nuestro territorio habría sido más completa y menos costosa q^a la mera defensiva, más feliz y acertada nuestro Exto. desde el Oficial al Sold^o se haría aguerrido, y puesto en términos de

aprovechar una segunda Campaña con éxito mas Seguros, y la perdida de gente mucho menos q' la inacción de las trinchas, o en la multiplicidad de marchas, y contra marchas a que obliga la mera defensiva, y q' hace el Soldado con repugnancia decaimiento de animos sin aprovechar su oficio.—Estas operaciones apuntadas por mayor se abreviarían considerablemente toda la vez q' se verificase la entrega, o facilitación de la entrega de Bellegarde respecto de que si el concierto en que trato desde luego se consolida bastaria dar principio con diez y seis a diez y ocho mil hombres que puedo juntar, y esperar despues los refuerzos para internar el sitio de Perpiñan, y a las llanuras de Languedox.— Por otra parte si se verifica la posibilidad de abrir en quince dias camino provisional para transportar Artillería a Puigcerda como lo cree, y esta haciendo examinar D. Juan Escofet, y que la oferta de entregarnos a Mon Luis (q' dista tres leguas) se verificare se nos avria una entrada para el Cosiffran Pais muy adicto a nosotros, y pondria el mayor desaliento en Francia, teniendo por aquellos paises y p.^r Tolosa Auch, y otras Ciudades considerables. De todos modos estoi firmemente persuadido de q' el mejor y mas seguro medio de poner a Cubierto nuestro territ., y de impedir la Seducción de los incautos con la propagación de la perniciosa doctrina, de que continúe la Nación en el provechoso celo que manifiesta de aprovechar la ocasión de adiestrar e instruir un Exto cuyos Oficiales y Tropa no han visto Guerra Campal en quarenta, y seis años, y de hacer un Guerra que nos adquiera la estimación de la Europa y de los mismos enemigos, si es no tubiesemos la desgracia de no aniquilarlos, y el Gobierno de los Reyes de Francia, y mayor estrechez de nuestra alianza si concurrimos eficazmente a su restauración es el de hacer con la posible prontitud la Guerra ofensiva, de no sera esta grande futura no experimentar descalabros, y de contado seremos menospreciados por el actual gobierno frances si prevalece de cualquiera modo, perderemos todo derecho del reconocimiento de la francia si tiene la fortuna de recobrar sus reyes.—Si que pudiera, y acaso se dira q' deviera ceñirme a la execucion pasiva de las ordenes que se me diesen y estoi como es de mi obligacion sumiso a ello, pero veo muy interesada la gloria del Rey, el bien y el honor de la Nación, y aun su misma seguridad para escuchar los miramientos, é intereses personales, y dexar de exponer mi dictamen con la franqueza de un Soldado, y la buena fe de un Español amante de su Rey, y de su Patria.—Es copia de la q' ha dexado el Gral. Wimpfen.—Aguado.—Rubricado.»

Coincide el General Benavides con el General Almirante en reconocer que el plan llevaba, como no podía menos, el sello de la época, pues, en efecto, es difuso, como la literatura de entonces, aunque haya de reconocer que está lleno de aciertos y enseñanzas. «El autor—declara el General Benavides—, indudablemente militar, muestra grandes conocimientos profesionales, clara inteligencia y espíritu ofensivo; muchos de los conceptos que expone se adelantaban a su tiempo y podrían suscribirse hoy. Es posible que el autor fuera el General Ricardos, inteligente y culto, que estudió mucho las cuestiones militares y, especialmente, las campañas de Federico II y la organización militar prusiana; perteneció a la comisión hispanofrancesa para fijar los límites de la frontera (lo que le permitiría conocer bien ésta y seguramente la Francia meridional) fué inspector del Arma de Caballería, a la que pertenecía y reorganizó su servicio, fundó el colegio de Ocaña para formar Oficiales con instrucción moderna y fué enviado a Veracruz para organizar el ejército de nueva España.» «Tenía espíritu ofensivo, como lo probó luchando a los veinte años como capitán en Italia, donde se distinguió en la batalla de Piacenza; en 1763 actuó en Orán, lugar de prueba, entonces, para hombres de guerra y sobre todo, probó ese espíritu en su triunfal campaña del Rosellón. Y como prueba convincente de lo probable de su creencia, nuestro escritor militar expone lo siguiente: «Hay en su favor, en cuanto a la posible paternidad del plan, la circunstancia de que aprobado éste fué nombrado jefe del ejército de Cataluña para luchar en el Rosellón, seguramente por el conocimiento de ambos países que en el plan se muestra, por la acción sugerida en él y por las gestiones de captación de guarniciones francesas a que allí se

alude y que, acaso, aquél realizó. Además de lo que indicamos en algunas notas a él (alude a las que inserta como comentario o aclaración de determinados extremos contenidos en el plan de guerra de que estamos hablando), debemos insistir en que contiene grandes aciertos.»

«Es curioso advertir que este plan de guerra aparece firmado por un tal Wimpffen, de categoría de General. Mas esta firma, que aparece al final del documento que nos ocupa, representa un enigma que hasta el presente no hemos podido aclarar. ¿Quién era, efectivamente, este General firmante del documento? Que no es autor del plan de guerra es cosa fuera de duda, y en cuanto a la identificación de su persona, obra en este Archivo un Real despacho de 28 de julio de 1814, al que se acompaña la hoja de servicios del Teniente General D. Luis Wimpffen, de cincuenta y siete años de edad, natural de un pueblo en la Alsacia; de estado soltero y de calidad hijo-dalgo. Según esta hoja de servicios, en el año 1793 (15 de julio), este Teniente General no era más que Capitán, y en una relación que presenta de las vicisitudes ocurridas en su persona desde el principio de la revolución hasta su feliz extinción, conforme lo previene el artículo 7 del Real decreto expedido por S. M. en 9 de agosto del presente año (1824) relativos a las purificaciones militares, declara que: «sirve a S. M. en virtud de una contrata convenida con el gobierno español y el de Suiza, hecha en 2 de agosto de 1804». No parece corresponder, por lo tanto, esta hoja de servicios a la persona del General Wimpffen, firmante del plan de guerra español, y sólo a título de curiosidad indicaremos que por los días de la Convención aparece en el ejército francés un general del mismo apellido, antiguo diputado constitucional, el cual, aunque siempre fiel a su Patria, era, no obstante, de ideas realistas, lo que no fué obstáculo a conferírsele el mando de las tropas destinadas a asegurar la independencia de aquélla en mayo de 1793, defendiéndola de las presiones y amenazas de la plebe. Hemos de dejar por lo tanto en las sombras de lo indefinido la personalidad del firmante del documento de que tratamos.

Los que opinan que el citado plan de guerra fué concebido por el Conde de Aranda, se fundan en la semejanza que éste guarda con el presentado por el Conde al Rey cuando se hallaba al frente del Gobierno, declarándolo como el único capaz de ser puesto en ejecución en aquel caso. Efectivamente, recordemos cómo en este plan, tras de declarar-se que la guerra no tenía otro objetivo que el de obligar a los revolucionarios a someterse a su legítimo Soberano, no ocultando miras de llevar a cabo conquista territorial alguna, se aseguraba que para lograr el objetivo propuesto se imponía el desarrollo de una enérgica iniciativa, de una acometida activa y rápida llevada a cabo con fuerza suficientemente respetable para poder dejar a salvo el decoro del país, «no comprometiéndolo un éxito que debía esperarse tan completo como breve y económico». A este propósito se señalaba como paso más oportuno y favorable entre todos los existentes en la cordillera Pirenaica, al del Coll de Pertus, en la zona fronteriza catalana, habida cuenta que él permitía la entrada más fácil de nuestras tropas en la comarca del Rosellón y, como consecuencia de la misma, la posterior ocupación de las vecinas provincias meridionales de la nación francesa, «cabiendo la posibilidad de herir en aquella dirección mejor a Francia, en las más señaladas cabezas de sus provincias». Mas esto no era suficiente y para garantizar la invasión se imponía la amenaza simultánea por Guipúzcoa y Navarra en expectativa de un avance sobre Bayona y, aún más al norte, sobre la línea del Garona. Obrando de este modo se daba la posibilidad de poner en cuidado a la Asamblea de París estorbando aquel propósito insinuado por algunos asambleístas de retirarse desde la capital a cualquier otra ciudad del mediodía, arrastrando en este traslado, como era consiguiente, al Rey y a su familia. De este modo, además, vendría a ejecutarse una doble acción de entretenimiento o distracción de los contingentes franceses y de la atención del Alto Mando, y de apoyo a los esfuerzos realizados por los ejércitos coaligados en el norte del país vecino y, muy especialmente en la Cerdeña, dado el caso, sobre todo, de que

se decidiese a la evacuación de París y el traslado a Marsella de la de la Capitalidad del Reino.

Como comprobación de la exactitud de los conceptos favorables sobre el acierto en la redacción o formación del plan de guerra aprobado y de su insistencia en declarar que contiene grandes aciertos, el General Benavides va apuntando las meritorias cualidades que en él concurren: «Es notable su condena de la inacción en la guerra y su exposición de los grandes males que acarrea. Nos dice que sólo la ofensiva da el triunfo: verdad inminente. La defensa sólo debe ser un estado transitorio (por inferioridad de medios u otra poderosa razón), pero no debe ser *pasiva* (cuya dura crítica hace) sino con contraataques o reacciones ofensivas, pasando a la ofensiva franca en cuanto sea posible. Hablaba del limitado número de nuestras tropas y de la dificultad de aumentarlas considerablemente; ese fué el punto débil de la guerra, que fracasó por la insuficiencia de los medios asignados en relación con los fines que se perseguían, y, si se triunfó en 1793, fué por la gran maestría de Ricardos, en el Este, y de Caro, en el Oeste, y por el elevado espíritu de las tropas, que decayó al desaparecer aquellos Generales y al verse merma-
das y mal atendidas por la Corte. En el plan campea la audacia, pero también la prudencia, la previsión contra el influjo de las perniciosas ideas del enemigo («y que no nos entretengan con sus astucias», dice de los franceses), siempre alerta contra las peligrosas teorías de la Revolución. El autor muestra poseer una excelente información del enemigo (circunstancia de incalculable valor en la política y en la guerra) y también haber logrado compromisos y adhesiones en el campo de aquél, minado por la lucha de ideas y aprovechando el amor del Rosellón a España; pero hecho esto con una labor personal inestimable.» Y termina declarando: «nuestro General siempre tiene a la vista la moral del Ejército, de tan alto valor en la guerra.»

En estas apreciaciones, el General Benavides viene a manifestarse conforme con los juicios emitidos por el General Gómez Arteche, para quien, como sabemos el plan de Godoy de una irrupción por Normandía constituía un fantástico sueño o una quimera descabellada, según lo había declarado también el Conde de Aranda. Y no nos es posible pasar por alto la repulsa que, contra las afirmaciones de Godoy en sus famosas Memorias, stampa el ilustre General al tratar del reinado de Carlos IV, en la Historia de España de que hicimos referencia anteriormente: «¡Ni cómo puede decirse—exclama indignado—que al encargarse del Ministerio Godoy, España no tenía más de 30.000 hombres escasos para a los tres meses, y sin nuevas organizaciones, ir a emplearlos en expedición tan arriesgada y remota del suelo patrio! ¡De qué fuerzas dispondría después, para defender una frontera tan vasta como la de los Pirineos, amenazada desde antes de declararse la guerra por los ejércitos franceses organizándose o en vías de formación en toda la línea desde Perpignan a Burdeos!» «Esto—declara con energía Gómez Arteche—no exige demostración alguna ni comentario para que se comprenda cómo el primer ministro del Gobierno español podría dirigir una campaña en que iban a verse comprometidos intereses tan altos como el honor de la patria y el de su soberano.» Se congratula el historiador cuyos conceptos transcribimos de que, afortunadamente, existiera en los consejos generales «personas cuyos talentos y experiencia, adquiridos por un largo ejercicio de la carrera de las armas, le asistieran en sus determinaciones de gobierno, poniéndole ante los ojos otro plan más meditado que el que tan locamente imaginara y que, por tal circunstancia, al ser más práctico y más hábil, sería, por consiguiente, más eficaz para el importantísimo objeto a que iba encaminada aquella guerra. Y cuál pudiera ser este objeto lo revela de modo elocuente el plan de la futura campaña con la designación de los tres ejércitos con una misión perfectamente definida.»

En una obra histórica de carácter militar, no es posible dejar tampoco de transcribir las razones que Gómez Arteche aduce para justificar su juicio favorable al plan de campaña, mejor dicho, al plan general de operaciones adoptado por nuestro Gobierno: «No es de este lugar, expone, la descripción física del territorio que iba a ser teatro de la lu-

cha. ¿Quién ignora su figura y su extensión, la cordillera que lo cruza, los grandes es-
tribos de la misma que lo accidenta, los ríos que lo surcan, las poblaciones de que se
halla salpicada y los caminos que las unen? En una historia como la presente no tiene
cabida otra descripción que la esencialmente militar que dirija al lector en el estudio y
esclarecimiento de las operaciones de que va a dársele cuenta. Dos entradas únicamente
ofrecen la frontera pirenaica, y éstas en los extremos de la cordillera, si han de utili-
zarse con los medios indispensables para hacer eficaz la invasión de uno a otro lado de
ella. Los Pirineos centrales, esto es, la elevadísima y abrupta masa cubierta de rocas, so-
bre todo en su vertiente española azotada por el austro, no ofrece paso alguno por donde
puedan operar los ejércitos con el material indispensable para los combates decisivos en
el éxito de la guerra. En los Pirineos orientales no se halla más tránsito con tales con-
diciones que el del Portus, por donde la carretera general cruza la divisoria de aguas
entre las dos naciones; los demás sólo ofrecen acceso a la infantería y a lo más a cuer-
pos no considerables de caballería, ni consienten operaciones que traspasen los límites de
los de una sorpresa o un franqueo, de importancia, sin embargo, en alguna ocasión, como
lo que vamos a recordar muy pronto. Desde la orilla del mar en los cabos de Creus y
Cervera, hasta el Pico de Corlite, término de los Pirineos orientales, fuera de una, la
principal de que luego trataremos extensamente, interceptada entonces, sólo existen comu-
nicaciones de las que acabamos de referirnos, si bien al pie de aquel encumbrado monte
se hace observar una depresión que puede dar acceso y gran importancia a una empresa
militar: la de la Cerdaña entre la fortaleza francesa de Mont-Louis y las españolas de
Puigcerdá y la Seo de Urgel, por donde españoles y franceses pueden hostilizarse con re-
sultados de no corta consideración en sus respectivos países. En Puigcerdá desmantela-
da de antiguo se ve el origen del Segre que desciende a Lérida, llave de todo el movi-
miento existente entre el Principado de Cataluña y el cuerpo de la nación; y en Mont-
Louis el de las dos líneas del Tech y del Tet, primeras y las más importantes de la defen-
sa del territorio francés en el Rosellón. Por el otro extremo de la cordillera, esto es, en
los Pirineos occidentales, si bien puede decirse que es una a la entrada considerándola
bajo un punto de vista general, divídese en dos aptas para recibir el material de gue-
rra; la de Roncesvalles, carril usual de los Pirineos que se le llamaba desde cuando
servía para el camino romano de León y Pamplona a Burdeos, y la de Irún, de fecha
relativamente moderna, principalísima después para una invasión en España. Las dos es-
tán ligadas, además, entre sí por la que, desde el Collado de Maya, facilita el ingre-
so en el Valle del Baztán, por donde y por los Alduides, pueden, aunque con gran di-
ficultad, comunicar los ejércitos que por aquéllas emprenden sus operaciones, que siem-
pre serán las más eficaces.»

«Estas circunstancias geográficas—afirma Gómez de Arteche—inspiraron a los Gene-
rales españoles el plan de campaña al determinarse en los primeros días de abril de 1793
el comienzo de las operaciones»; y añade: «Ni el número de las fuerzas disponibles
para aquella fecha, ni la consideración del estado de las fortificaciones de una y otra de
las partes beligerantes en aquellas fronteras, permitían una acción ofensiva simultánea
por ambos extremos de la cordillera, y siendo tan diferentes las condiciones del terri-
torio francés en ambos lados, se imponían, la ofensiva por uno de ellos y la defensiva
del otro no exenta, eso sí, de reacciones enérgicas y que llamasen la atención del enemi-
go y lo distrajeran de acudir con todas sus fuerzas al apoyo de los demás. El Rosellón
ofrecía varias e importantes ventajas por hacersele objeto de la acción ofensiva por par-
te de los españoles. Es tierra que fué española, arrebatada a nuestra dominación a favor
del movimiento fatal de Cataluña en 1640; los habitantes en su mayor número hablan el
mismo idioma que los de Cataluña, tienen sus mismas costumbres y, en parte, iguales
aspiraciones. En el Rosellón, como en todo el Mediodía de la Francia, prevalecían las
ideas monárquicas y religiosas; y si no, como en Tolón, Lyon y Marsella, sublevadas
entonces o luego contra la asamblea de París, era de esperar que por la poca importan-

cia de sus poblaciones y por servir de teatro a la guerra que se suponía inmediata al ejército español, no hallaría a sus habitantes completamente refractarios a las ideas que iba a sustentar; ya que, según veremos muy pronto, no se trataba de conquistarlos ni de oprimirlos. Una campaña pues en que, ocupando el Rosellón, pudiera nuestro ejército darse la mano con los insurrectos de las ciudades antes citadas y apoyarlos en su resistencia enarbolando su misma bandera y proclamando iguales ideas que las que se proponía sustentar, podría herir con tal acierto a la Convención y reanimar a tal punto el espíritu religioso y dinástico del resto de Francia, que provocara una reacción saludable a favor del hijo de Luis XVI, arrancándolo, como a toda su familia, de las garras de sus carceleros de París. Así, a lo menos, lo pensaron Carlos IV, su gobierno y sus Generales. La invasión por los Pirineos occidentales, si al primer golpe aparecía más fácil por no encontrar como en los orientales la serie de fortalezas que cubren la frontera francesa, no hallándose más que la de Bayona para contener la marcha de un gran ejército hasta Burdeos, ofrece, sin embargo, un obstáculo no insignificante en la naturaleza del terreno, si llano en general, despejado y propio, por lo mismo, para internarse en él; fatalísimo para el caso, no improbable, de una retirada; con la desventaja, además, de no tener a su espalda otro orden de fortalezas como en caso igual ofrece el principado de Cataluña, para abrigo de los ejércitos batidos o rechazados en Francia. «Todas estas consideraciones mueven al General Gómez Arteche a formular terminantemente que el plan, por lo tanto, ideado en Madrid para aquella campaña no podía ser más hábil ni más prudente.

Lo era, sin duda alguna, si los acontecimientos se desarrollaran según lo imagina o lo desee el hombre. Pero muchas veces las realidades de la vida desmienten lo que la razón acepta como más oportuno o acertado. Impónese por ello transcribir, frente a los conceptos de los Generales Gómez Arteche y Benavides, que acabamos de exponer, los que el historiador militar francés Napoleón Fervel declara en su conocida e importantísima obra ya citada sobre las campañas en los Pirineos orientales: «Aunque en un rango secundario entre los enemigos de la Revolución, afirma el ilustre historiador militar, España hubiese consumado nuestra pérdida, si, en Madrid, los cortesanos incapaces que se habían lanzado tan aturdidamente al frente del partido de la guerra hubiesen comprendido las *ventajas de su posición*. Desde luego, ante la marcha ascensional y rapidísima de las violencias revolucionarias hacia una crisis de explosión, ante las disposiciones de ánimo vacilantes, y ya manifiestamente hostiles, de nuestras provincias meridionales, era fácil prever que existía para entrar en escena un momento aprovechable al que había que estar atento. En efecto, los ojos fijos en el Norte; reducida desde luego a esperar para ponerse en guardia, el aguijón del peligro, Francia no se encontraba en disposición de aprovecharse de una tregua. Si los españoles, por lo tanto, esperando a la insurrección de la Vendée, que estaba tan próxima, hubiesen entonces, sin apresuramientos ni vacilaciones, avanzado a lo largo de las costas del Océano; o, si retrasándose hasta la crisis del 31 de mayo y despreciando entonces (la estación lo permitía) uno de esos obstáculos de terreno que estaban tan habituados a despreciar en su suelo generalmente montañoso, hubieran realizado un golpe de mano sobre Tolosa; si la antigua bandera de Francia que fueron a enarbolar francamente sin ni siquiera mezclarla con los colores de la suya; si la bandera blanca hubiese sido desplegada en medio del mediodía en fuego, ¡qué peso en la balanza de nuestros destinos para romper un equilibrio ya tan vacilante! Pero felizmente a las aspiraciones limitadas comunes a todos nuestros enemigos, los que se alzaban del otro lado de los Pirineos, participaban de la timidez y de la miopía de los débiles. Para ellos, en efecto, la tempestad que se amontonaba sobre las costas del Océano se hallaba todavía en el horizonte, en tanto que le hubiese bastado levantar los ojos para leer en el cielo del Mediterráneo los signos manifiestos de la revuelta.» Y, pasándose de listo, como vulgarmente se dice entre nosotros, Fervel formula esta pregunta que encierra una suspicaz insinuación: «¿Quién sabe si incluso la traición de Tolón no entraba ya en sus planes ocultos?» Y argumentando de esta manera encuentra Fervel razones propias para jus-

tificar la invasión del Rosellón por nuestra parte. «Según los emigrados que habían encontrado asilo en España—expone—, su protector Carlos IV no estaba separado de la corona de Francia más que por la cabeza vacilante de un niño entregado a los verdugos de su padre, pues los Condes de Provenza y de d'Artois estaban considerados por algunos realistas como despojados a los derechos de la corona por no haber entrado en territorio francés, según la orden formal de su hermano, que habían abandonado a su suerte. Desde luego, lo menos que un descendiente de Luis XIV podía pretender de la herencia de su abuelo que, ya entonces, se repartía el extranjero, era recuperar una provincia que, en otro tiempo, había sido española: el Rosellón. La antigua frontera de los Corbieres garantizaría la conquista en caso de éxito; en caso de revés, estos republicanos tan audaces que al Oeste no hubiesen encontrado hasta Madrid otra cosa que llanuras abiertas y fáciles, por el contrario, descendiendo por el Este, vendrían a chocar contra las rocas y plazas fuertes de Cataluña. Por todos estos motivos juntos fué decidido que se invadiría el Rosellón.»

Como pueden ver nuestros lectores, son interesantes estos conceptos del historiador francés. Nosotros no estimamos oportuno exponer en este momento nuestro criterio. Lo manifestaremos más tarde, al final de la obra, cuando, realizado totalmente el estudio analítico, nos veamos obligados a llevar a cabo el trabajo de síntesis final. Pero no terminaremos esta parte de nuestro estudio sin hacer observar un dato que, para nosotros, no puede pasar inadvertido: El General Almirante, lejos de formular un juicio breve y categórico acerca de los aciertos o desaciertos que pudieran observar en el plan de campaña que estudiamos, se limita a exponer una de esas consideraciones tan propias de su acerado criterio y de su aguda intención: «Si los que presenciaron los efectos de la estrategia napoleónica nacida cuatro años después encuentran este plan estrecho o medroso, ya pueden calcularse cómo lo encontraremos los que hemos asistido al drama algo más tempestuoso de 1870.» ¡Y qué hubiera dicho al presente nuestro ilustre General! «Por poco vuelo que se dé a la fantasía, se ve al ejército español en 1793 poniéndose del primer salto en Tolosa; corriéndose de derecha a izquierda por todo el país del Pirineo; levantando en masa contra la naciente República todo el Sur de Francia, abiertamente hostil; alargándose por un lado a dar la mano al ejército piamontés, extremo izquierdo de la coalición; remontándose por el lado opuesto y, con poderosa armada, a sostener la insurrección de la Vendée.» «Pero esto—arguye el General Almirante—no sería crítica militar, sino describir un sueño o bosquejar los cantos de un poema.» Entre estos sueños figuraban, de ser así, los planes de campaña que el anhelo de los refugiados franceses en Cataluña concebían al objeto, tales como el de desembarcar en el cabo Leucate y tomar el Rosellón por la espalda, dando así la mano a los rebeldes de Lozare, Lyon y Marsella y provocar en el mediodía una contrarrevolución completa. Y como conceptos finales que sometemos a la consideración de nuestros lectores, transcribimos aquí lo siguiente: «¡Qué distinto desarrollo—exclama Ossorio y Gallardo—hubieran tenido los sucesos si el Gobierno no hubiese renunciado a todo género de conquistas en Francia! ¡Qué efectos hubiera causado izar juntos nuestra bandera real y el pendón de las cuatro barras...!» «La magnitud de nuestro error no es para ser ponderada por nosotros», declara en otra parte, y, como razón suprema que justifique la exactitud de sus juicios, añade esta declaración del General Dugommier, quien, encargado del mando del Ejército francés en 1794, no vaciló en afirmar: «Si hubiésemos tenido que habérmolas con enemigos más emprendedores, el Rosellón sería hoy provincia de España.» Declaración como ésta no puede ser echada en saco roto. Es toda una acusación... y una doctrina de guerra.

Y por parte de Francia, ¿existía con carácter oficial algún plan de operaciones?... No parece que los franceses se hubieran ocupado grandemente de este asunto. Una lucha con España era para ellos un incidente sin importancia. La debilidad de nuestra Pa-

tria la consideraban como una garantía de triunfo en todo caso. Tan sólo Serván, un tiempo Ministro de la Guerra con Luis XVI y cuando la Revolución General encargado del mando de esta zona meridional francesa cuya capitalidad o centro de irradiación política y económica era Toulouse, se había formado el cuidado de realizar este estudio, redactando una memoria en la que existe copia en nuestro archivo, como depósito procedente de la antigua Biblioteca de Ingenieros. La Memoria de Servan es digna por todos conceptos de ser conocida, pues nos ofrece una información apropiada para darnos cuenta de cuál era la opinión que, acerca de un plan de invasión de España, se tenía por parte de los Militares franceses. Estimamos que, frente al plan de guerra de nuestro Gobierno, anteriormente transcrito, se impone dar cuenta exacta del plan de guerra presentado por el General Servan, el cual puede considerársele a falta de otro documento auténtico de carácter oficial, y habida cuenta de que Servan fué encargado de dirigir las operaciones, como el plan de guerra a desarrollar por el alto mando militar de la Revolución. El trabajo de Servan se intitula: «MEMORIA SOBRE LOS MEDIOS OFENSIVOS Y DEFENSIVOS CONTRA ESPAÑA POR LOS MONTES PIRINEOS.—AÑO 1792».

La Memoria es verdaderamente interesante, porque ningún trabajo escrito en aquella época puede darnos cuenta como ella lo hace de la estimación que de nuestro poder militar se tenía por parte de los franceses. Para Servan, como para la generalidad de sus paisanos, el concepto de la pobreza y del atraso de nuestra Patria era tal, que, a excepción hecha de Cataluña, el resto de España era considerado como un país casi fuera del concurso de las Naciones Civilizadas de Europa. No estima, el bravo general revolucionario, que la fuerza militar de España, oficialmente fijada en 67.000 hombres, pueda llegar positivamente a los 56.000, no siendo de estimar tampoco el aumento de 12.000 hombres de tropas extranjeras, que se decía poder reclutar.

Y, en esta tarea de desprestigio, no pudiendo negar que nuestro soldado es bravo, paciente, sobrio, se le niega «el ser disciplinado», declarándole «afectado por disposiciones muy malas, siendo fácil de sorprender por las deficiencias con que ejecuta su servicio tanto de noche como de día, no ejerciendo la debida vigilancia en los puestos avanzados», y, aunque, se hace, asimismo, la justicia de reconocer que «nuestros cañones son buenos y hermosos», se califica en contra, al cuerpo de Artillería, como de mediano valor y al cuerpo de Ingenieros de ser casi nulo.

El error de Servan no puede ser más evidente y con más facilidad refutable. Sin duda alguna el general francés no se tomó un cuidado excesivo en el acopio de datos suficientes para alcanzar una información, si no exacta, por lo menos aproximada, acerca de la situación real de nuestra Patria y del modo de ser de nuestro Ejército, pues la afirmación de ser el nuestro un soldado «indisciplinado y de muy malas disposiciones» suponía tanto como manifestarse en contra de lo declarado por los propios testimonios de sus compatriotas, quienes proclaman, sin distinguo alguno, las sobresalientes cualidades de valor, religiosidad y subordinación de nuestras tropas. Para Servan, «ni éstas eran buenas, ni lo eran nuestros caminos, ni la misma plaza fuerte de Figueras, no obstante estar construída con arreglo a los principios de la escuela francesa de fortificación».

El trabajo revestía para su autor la importancia de poder ofrecer un plan completo de invasión de nuestra Patria, tanto más necesario por cuanto que, aparte de unas memorias imperfectas atribuídas al Mariscal Maslli, jefe militar que mandó largo tiempo en el Rosellón durante los reinados de Luis XV y Luis XVI, y a un tal Campene, nadie se había ocupado de España. A las memorias de referencia podía añadirse un trabajo geográfico sobre los pasos de la montaña, llevado a cabo por un oficial de Ingenieros llamado Bardenave; pero ni este trabajo geográfico, ni estas memorias, abarcaban, según Servan, el conjunto de las operaciones de la ofensiva y defensiva (es decir, la concepción de un plan general de campaña), ni tenían en cuenta, tampoco, la totalidad de la zona fronteriza. Podía, por lo tanto, el general francés estimar que su trabajo era el mejor de todos hasta aquella fecha redactados, y nosotros, aceptando plenamente tales auto-apreciaciones

y juzgando que, para el más completo conocimiento del asunto, es procedente ofrecer a nuestros lectores, frente al plan oficial de guerra español a desarrollar por nuestro Alto Mando, el contenido íntegro del que por su parte hubo de redactar Servan, lo transcribimos a continuación, creyéndolo digno por todos conceptos de ser conocido para apreciar cuáles eran las perspectivas que ofrecía a la iniciativa francesa, el caso de una guerra con España. El documento dice así:

«Antes de entrar en la Memoria parece necesario tratar algo de los medios militares de España en 1792.

Subsistencias.

Los almacenes de esta potencia sobre la frontera o son malos o mal aprovisionados; si la extracción de las Caballerías Francesas se impidiera sobre la frontera de los Extos. que se encontrasen en ella correrían pronto riesgo de quedar expuestos a las escaseces y horrores del hambre. En Barcelona como de los pueblos más económicos, laborioso e industriosos de la España, están excesivamente caras las carnes; con que ¿cuánto no deberán sufrir de carestía y escasez de víveres los pueblos de las demás provincias que son estériles, incultas o en general mal cultivadas? Es necesario tener presente que no deben enviarse Extos a España sin haber prevenido anticipadamente las provisiones correspondientes a la línea de operación, asegurando y quedando bien las comunicaciones. El terreno en general es entrecortado con desfiladeros frecuentes y peligrosos, si se exceptúan algunas llanuras de Castilla.

Fuerzas militares de España año de 92.

La Infantería, incluso la de línea, ligera, Suiza, Guardias del Rey, Milicia y Artillería	102.300
De los que deben rebajarse por el incompleto de los Cops. de línea, servicio de las plazas, Islas, Puertos y algo más de los Rtos. que hay en América	42.300
Total de Infantería disponible	60.000

Caballería.

Guardias de Corps, Carabineros, Caballería de línea, Dragones y Voluntarios a Caballo	8.680
Rebaja por el servicio interior	1.680
Disponibles	7.000
Total de las fuerzas disponibles para obras	67.000

Siendo de advertir que aunque el estado presente, esta fuerza no puede el Estado español poner sobre las Armas más de 56.000 hombres, divididos en 2 Extos. (Ejércitos) de 28.000: uno en Cataluña y Cerdeña y otro en Navarra. Se habla de aumentar sus fuerzas con un Cuerpo de 12.000 suizos; y otro de guardias y empleados, este último es pequeño recurso para la guerra. El soldado español es bravo, sobrio, paciente, pero su disciplina y disposición son malos. Es fácil de sorprender de noche y aun de día. Sus patrullas y sus guardias avanzadas están poco vigilantes y los oficiales no hacen escrupulo de dejar sus puestos, por irse a jugar, a enamorar o a dormir. Sin embargo de sus buenos y hermosos cañones, el Cuerpo de Artillería es mediano y el de Ingenieros casi nulo.

Plazas y fortificaciones.

Las principales ciudades que cubren la frontera de España, son en Cataluña: Barcelona, Gerona, Rosas, Figueras, Camprodón; en la Cerdaña: Puigcerdá, Belver, Urgel; en Aragón: Barbastro, Monjou, Jaca; en Navarra: Pamplona, Fuenterrabía, S. Sebastián, Bilbao, Vitoria (a).

Barcelona es la ciudad más importante y mejor defendida de la Monarquía Española; exige un sitio dirigido con todas las reglas del arte, auxiliado con una escuadra en el mar Mediterráneo, para impedir el socorro.

Rosas es una plaza que, por su pequeñez, es incapaz de una larga resistencia, y más cuando haya proporción de bombardearla.

Gerona está muy descuidada.

Camprodón es una plaza que se ha distinguido por una fuerte resistencia hecha al principio del siglo XVIII, pero no se halla en estado de hacer la misma defensa.

Figueras se halla en buen estado y bien fortificada, pero esta plaza no llena las miras para que está construída. Está muy lejos de las montañas para que pueda defender con sus fuegos los pasos hechos en éstas: no defiende absolutamente más que el llano que se halla entre ella y la montaña; llano por el cual se puede marchar, sin temor, sobre Rosas sin más necesidad que bloquear momentáneamente a Figueras por la parte de la Ciudad y bajo la puerta del socorro. La guarnición de esta plaza se compone de 3.500 hombres.

Las fortificaciones de Figueras ocupan una pequeña dominación sobre la ciudad de ese nombre. Su extensión es de 600 toesas, sobre 400. Cuatro baluartes, un caballero, una plataforma, 2 omaveques dobles uno sencillo, contraguardias y rebellins forman el perímetro de la alasa, todas las obras están casamatadas; pero se pone por inconveniente a los fosos de ser demasiadamente pequeños, a los rebellins en pequeña y a las demás obras su mucha elevación; por otra parte, esta plaza se halla dominada por un montecillo y una montaña que, aunque lejana, no dejaría de ser susceptible de recibir batería, que protegiendo los ataques incomodarían el camino cubierto, el caballero y el omaveque de la plaza. Se cree, también, que no sería difícil cortar el agua de la plaza, que es la que da una fuente y ésta sale de una montaña fuera de la plaza.

Tarragona no podría defenderse largo tiempo.

La zona de Puigcerdá puede ser a viva fuerza.

Urgel es susceptible de mayor defensa.

(¡Qué bien impuesto estaba este Mr. Servan en las fortificaciones de España!)

Monzón y lo mismo Barbastro jamás han resistido a un ataque bien combinado.

Jaca: su defensa consiste en su posición y en algunos atrincheramientos que podrían construirse.

Pamplona está defendida principalmente del lado de Francia por las montañas y gargantas de Roncesvalles, donde Carlo Magno probó el solo choque de sus armas; pero estos pasos son posibles, y dividiéndose puede asegurarse el paso de ellos, y en seguida, con algunos trabajos hechos en los caminos, habilitarlos para el transporte de artillería y de todas las municiones de guerra y boca. En llegando a Pamplona, esta plaza no ofrece una gran resistencia, pues no tiene más que una parte de su recinto fortificado, el resto, por la parte del río, lo está muy mal, tanto cuanto él no deja de seguir una dirección recta.

Fuenterrabía no resistiría ni a un golpe de mano ni a las bombas.

San Sebastián está enteramente dominado.

Bilbao y Vitoria se hallan en estado de esperar un bombardeo vivo.

Después de haber recorrido con rapidez lo que nos ha parecido más interesante en España, relativamente a la defensa y ataque de los Pirineos, vamos a entrar en todos

los detalles que creemos necesarios para dar ideas suficientes sobre todos los medios de defensiva u ofensiva en esta parte esencial de las fronteras meridionales de Francia.

Los Pirineos se componen de una cadena de montañas comprendidas entre el Mediterráneo y el Océano, y que separan Francia de España, con una extensión de 80 leguas. Estas dos potencias dividen entre ellas la latitud de esta cadena; pero los españoles tienen la ventaja sobre los franceses de llegar a todos los pasos que prueban en Francia por montañas poco escarpadas y de suave pendiente, lo que les procura mejores medios de defensa y fatigarnos excesivamente, si cometiéramos la falta de no atravesar los Pirineos lo más pronto posible para privar a los españoles de sus ventajas.

Los historiadores de las guerras de Luis XIV, época de las últimas hostilidades serias que ha habido entre Francia y España, no han dicho nada sobre el método que debería observar Francia en las defensas de sus fronteras contra España; ni tampoco se han extendido sobre los planes que debería seguirse para franquear los Pirineos y llevar la guerra contra España. Esta declaración de Servan va seguida de la citación de los antecedentes documentales de que pudieran disponer los generales franceses para la concepción de sus planes de campaña, y de los cuales dimos cuenta anteriormente (escritos del Mariscal Mailli, de Campene y de Badenade), a los que había que añadir unos cuantos estudios recientes sobre diversas partes de esta cadena de montañas, cuyas gargantas y pasos—advierde el General francés que esto expone—no son conocidos en el país sino con el nombre de *puertos*. Mas, como ya indicamos también anteriormente, todo este arsenal de información no satisfacía al antiguo ministro de Luis XVI, estimándolo insuficiente por cuanto no se exponían en ninguno de estos trabajos cuáles pudieran ser los medios de defensa de esta frontera en toda su extensión, lo mismo en esta parte de los Pirineos que al Oeste, en los bajos y altos Pirineos, y, «en cuanto a la ofensiva, se propone constantemente atacar a Cataluña y cubrir la parte de Navarra».

Tratemos, aprovechándonos de las mejores ideas de los escritos que acabamos de citar y, por el estudio práctico del terreno, de proponer para la ofensiva y defensiva, planes mejores que los concebidos hasta aquí, y merced a los cuales puedan procurarse éxitos (succés) más ciertos. Empecemos por la parte oriental.

Defensiva de la izquierda de los Pirineos o Pirineos orientales.

El frente de ataque que ocupa la parte de las fronteras comprendidas en el departamento de los Pirineos orientales, del Aude y del Arriège puede tener unas 30 leguas de extensión y ofrecer tres puntos principales desde los cuales los españoles pueden dirigir su ofensiva; la Seo de Urgel, Camprodón y Figueras.

Se cree que con 15.000 ó 16.000 hombres de tropas de línea, independientes de unos 13.000, formando la guarnición de Coliubre, del Fuerte de San Atoine, Bellegarde, fuer-te de las Bains, Respiguan, Salces, Ville Franche de Confluent y Montluis, se podría defender esta parte de la frontera contra 36.000 hombres, que es el ejército más fuerte que pueden poner los españoles para marchar sobre esta parte de la frontera francesa, con tal de que este ejército pueda ser apoyado por 12.000 a 15.000 guardias nacionales: operando en la parte de los Pirineos orientales, y en los valles del Arriège, del Aude, Herault, de Averpron y del Garb, que vamos a estudiar detalladamente.

Supongamos que el enemigo proponiéndosele la ofensiva y libre en sus movimientos quiera aprovecharse de todas las ventajas posibles y formar el mayor frente de ataque que le sea dable, amenazando al mismo tiempo desde Coliubre hasta Mont-Louis; en este caso, Prat de Molló es el punto intermedio; y es parecido al ángulo saliente de un rosellón sobre un frente de fortificación, lo que exige excesivamente dirigir las líneas de defensa y comunicación sobre los tres puntos amenazados y tomar una posición propia para defenderlos a la vez.

Desde luego, parece interesante construir un campo atrincherado en Prat de Molló, donde las aguas, las defensas inaccesibles y demás obstáculos se pondrían en estado de utilización a fin de fortificar este punto importante y ofrecer seguridad a sus 3.500 hombres de guarnición. No será menos esencial, por una parte, el cortar todos los caminos de los Colls que conducen a España, sobre este punto, sobre todos el del Coll de Ars, y por la otra al contrario, el separar y poner en buen estado los que comunican el territorio del Conflans con el alto Vallespir.

Se reunirán en seguida las mayores fuerzas posibles en el llano de Prades, posición excelente, bien provista de agua, madera y víveres, y desde donde, en caso necesario, se podrá marchar con rapidez, en muy pocos días sobre Mont-Louis, los valles de Carol y de Caspir, Quillan, Perpiñán y Pras de Molló.

Esto supuesto, se podría sacar de Coliubre 1.000 hombres de tropas de línea; de Perpiñán, 2.000; del Campo de San Juan de Pagés, 3.000; de Mont-Louis, 1.000, reemplazándoles por 7.000 guardias nacionales, que con los 3.000 seleccionados formarían en Prades un campo de 10.000 hombres, independientes de los 3.000 de tropa de línea establecidos en Puigcerdá, y de los que se podrían enviar del Campo de Salces a Auillan. Los 4.000 guardias nacionales restantes se reunirían con un batallón de tropas de línea y aprovechándose de los recursos acumulados en los depósitos y almacenes de Salces y demás pueblos vecinos se trataría de formar con ellos un campo de instrucción y de reserva sobre la orilla izquierda del Agli.

Por esta nueva distribución se tendrían 2.000 hombres en el Coll de Bagemoti, que podrían ser reforzados por la guarnición de Coliubre; 3.000 en Prat de Molló, y, a retaguardia de estos dos puntos y del de Bellegarde, un campo de 7.000 hombres, en San Juan de Pagés, susceptible de ser reforzado desde Perpiñán. Se tendrían, asimismo, 3.000 hombres en Puigcerdá, formando parte de la guarnición del Campo de Prades y al abrigo de la plaza de Mont-Louis: 10.000 acampados en Prades para guardar los Colls de Carol, de Capsir, el valle de Andorra y Prat de Molló; en fin, unos 4.500 hombres sobre las orillas del Agli, para instruirse y proteger la costa, los depósitos, los almacenes de reparaciones, etc., etc.

De estas disposiciones de fuerzas disponibles, observamos que el Ejército español, que impondremos de unos 36.000 ocupando la línea ofensiva desde la Seo de Urgel hasta Figueras, no podría procurarse ningún éxito, ni siquiera atacar al mismo tiempo los tres puntos principales que forman la línea defensiva de los franceses de Montluis a Coliubre; parece que limitándose a atacar dos de los tres puntos, el general español llevaría la mayor parte de sus fuerzas sobre uno de los tres, para forzarlos y asegurarse los medios de reunirse con los otros, bien en los llanos del confluente o en el que se halla Perpiñán. Examinemos, en consecuencia, sucesivamente, la defensa de cada uno de los tres puntos que suponemos han de ser atacados, dada la superioridad de las fuerzas españolas.

Defensa de la parte derecha oriental.—El paraíso de la Seo de Urgel es aquel en donde el enemigo puede posesionarse con más facilidad, para entrar en la Cerdaña y en el confluente, de que pueda marchar por un lado, sobre Foix de Guillan y, del otro, sobre Prades para acampar entre Vincas y Villemagne, donde estaban ya atrincherados, cortaría la comunicación de Montluis y de Villafranca y estaría en el alto Vallespir por el Coll de Ars y se estableciesen sobre las orillas del Fer desde Prat de Molló hasta Arles.—Antes de entrar en ningún otro detalle es menester observar que aun cuando el enemigo no encontrase ningún obstáculo en los diferentes pasos que debería atravesar, la naturaleza del terreno le impediría hacer uso del carruaje y Artillería, pero independientes de estos obstáculos naturales, los 3.000 hombres que se hubiesen posesionado de Puigcerdá y que estarían en el caso de ser reforzados por una parte de la guarnición de Montluis y Asiu por el Campo de Prades; no se hallarían en estado de caer continuamente sobre el flanco o retaguardia de las tropas que quisieran penetrar por los valles de

Carol o de Capoir, o aprovecharse de los pasos de Err, Unalsa, Goritière. Por otra parte, el Gral. que mandaba el pequeño Ejército, acampado en Prades, dueño de los Colls de Cieus de Baisailles y de Moncet, habiendo ocupado con un cuerpo de unos 1.200 Aeg, en donde se atrincheraría, otro de Puigraladoo, tranquilo sobre las tentativas que pudiese hacer el enemigo por el Campo Magre, por medio de la guarnición de Villafranca encargada de observar esta parte; y en el caso en que los españoles se prestasen con fuerzas considerables, por lo que fuese prudente hacer retirar las tropas situadas en Puigcerdá y Puigvalador, abandonando entonces momentáneamente a Montluis; disponiendo en Olot un cuerpo suficiente para defender su garganta, apoyando la izquierda del Ejército de Prades a Villafranca; las tropas situadas en el val de Capsir y de Carol, habiéndose replazado sobre los Colls de Bataolles de Creus de Foment y de Moucel, el enemigo no se atrevería a forzar ni las gargantas del confluente ni la derecha del ejército francés, y menos, todavía, aventurarse a marchar sobre Quillan, para ganar por Linoux, alargándose al Aude, Carcassoune y el canal del Languedoc y tampoco, sobre Tarrascon y Foix, a causa de que por una parte, los Colls, pasos y caminos para entrar en Quillan y Tarascon, son muy difíciles, que por la otra estos departamentos tomando las armas rechazarían al enemigo con tanta más facilidad cuando su frente estuviese más avanzado y que una gran parte de Ejército del Campo de Prades, pasando por el Coll de Moucet y llevando rápidamente a algún campo que hubiese sido reconocido sobre las orillas del Aude, del lado de Quillan, podría tomar a los españoles por el flanco y de revés al mismo tiempo que las guardias nacionales del Taru, del Aude y del Arriège, incorporándose a las tropas de línea enviadas a estos departamentos, los recibirían con vigor y de modo a no darles ni aun la esperanza de poderse retirar. Desde luego las tropas que se hallasen sitiando a Montluis, o a las que hubieran quedado en la Cerdaña Española se hallarían sumamente embarazadas, tanto por estar cortadas del Grueso del Ejército, como porque el General francés, dueño de insultar a Valcuce, Bellever, Urgel, de atacar la línea de operación de los enemigos, de posesionarse de alguno de sus almacenes y destruirlos; y en fin de poner entre dos fuegos las tropas que sitiasen Montluis.

Supongamos todavía que después de haber batido a las tropas aportadas en Puigcerdá, el enemigo, trasladando todas sus fuerzas sobre Montluis, llegue a posesionarse de esta plaza; supongamos que temiendo ser batido y cortado, entrando en los departamentos del Arriège, quisiérase hacer la tentativa de penetrar en el confluente, entonces el Ejército de Prades, reforzándose sobre Olette y Villafranca, que después de Olette llega a ser la izquierda de su posición, aguardaría al enemigo, que a fin de asegurar la retaguardia, se vería obligado para llegar al Ejército Francés a atacar y tomar a viva fuerza las horribles gargantas del confluente.

Después de estas suposiciones en las cuales se le ha acordado al enemigo las mayores masas, se ha debido notar los muchos recursos y obstáculos que se les ha puesto para hacerles casi impracticables, pues a más se hallaría en el caso de no poder penetrar en l'Arriège, el Aude y el confluente.

Defensiva del centro de la parte oriental.

Habiendo visto la defensa de la parte derecha, pasemos a la del centro.

Supongamos al enemigo dueño de Montluis y convencido de las dificultades insuperables para avanzar y decidiéndose a abandonar el ataque de la Cerdaña francesa y del confluente y llevar la superioridad de fuerzas sobre Prast de Molló, con la esperanza de poder entonces con mayor facilidad penetrar en el confluente por el Campo de Magres el Coll de Moutel y los pueblos de Pide Sahone, Vemet et Conelia o en el llano de Perpiñán por Arlis y Cerety el Beuton; lo que obligaría entonces a los franceses quitar la

guarnición de Coliubre y tal vez esto daría facilidad a los españoles para presentarse delante de esta plaza después de haber forzado las gargantas de Bagunte.

En esta suposición el Ejército del confluente encontrándose reforzado de los 3.000 hombres que estaban en Puigcerdá y probablemente de la guarnición de Montluis, el Gral. francés haría desfilar sobre el alto Vallespir 6.500 hombres y sobre el mismo punto 2.000 del campo de San Juan de Pagés, donde la guarnición de Perpiñán enviaría 1.000 desde entonces el campo de Pratz de Molló constaría de 1.200 hombres, el de San Juan de Pagés tendría 6.000 y el del confluente 8 ó 9.000.

Con una igual cantidad de fuerzas disponibles el General encargado de esta defensa podría escoger uno de dos partidos: el de forzar el enemigo o quedarse sobre las alturas del Coll de Ars y lugares circunvecinos, sabiendo la dificultad que encontraría en su marcha durante dos horas por muy malos caminos, hechos aún más impracticables donde no podría conducir Artillería, debiéndose prescindir que en la maleza o recodos de estas contrarias y grandes fuerzas.

El segundo partido que podría tomar el general francés, sería ocuparse principalmente en guardar el curso del Fee desde Prat de Molló hasta el frente de los Bains y Porles, fortificando y ocupando este puesto para impedir al enemigo el posesionarse y cortar desde allí la comunicación del confluente y la del campo de San Juan de Pagés.

Si los franceses quisiesen ocupar parte de las alturas se expondrían a ser embestidos y por buena que fuese la posición que pudiesen tomar si la ocupación enteramente serían batidos por las fuerzas; sin embargo, si el Gral Francés tuviese en extremo necesidad de impedir su entrada en Francia a los españoles debería poner 4.000 hombres en S. Laurent de Cerdeus, los cuales en un bosque inmediato sostendrían la dra. de este pequeño campo: 3.000 en nuestra S.^a del Coral; 400 en la Roca; quedarían puestos avanzados sobre el Coll de Ros; los dos primeros puestos podrían tener cañones; el de la Roca tendría su derecha apoyada en el considerable bosque de Aladone.

El primer puesto observaría la parte del Ampurdán, el 2.^o sostenido por el Campo de Pratz de Molló se opondría al paso de Coll de Ros y lo mismo el 3.^o.

El Gral. Francés debería aún guardar las desembocaduras de Cobreus, de S. Lorenzo de Cerdaus y de Serralonga.

Por lo demás, se debería tener mucha mayor esperanza en que el enemigo penetrase por el Coll de Ros, pues por una parte podrían aumentarse las fuerzas del Campo de Pratz de Molló con las del Campo de S. Juan de Pagés y de Prades; y por la otra que aun cuando el enemigo forzase este puesto, no es probable que se atreviese a aprovecharse de esta ventaja teniendo el frente del pequeño Ejército que acababa de batir y que retirado sobre Arbes y Ceret, después de haber cortado el puente, defendería las orillas del Ter, al mismo tiempo que las tropas del Campo de S. Juan de Pagés, pasando este río por el Boulou saldrían por el flanco derecho de los españoles y después de haber salido de Campos de Prades por un flanco izquierdo, o sobre las retaguardias. En la guerra de 1688 el Mariscal de Noailles sujetó al enemigo en el Pratz de Molló y les impidió penetrar más adelante.

Debemos convenir que no sería probable que sobre este centro dirigiesen los españoles sus principales miras para penetrar en Francia, en el caso de que hubiesen abandonado el ataque de la dra. y que, dueños de Montluis, se hubiesen convencido de que no les era posible penetrar más en esta parte. Cuando se examina militarmente esta frontera, se observa que el principal objeto de los españoles debe ser la toma de Coliubre y de Puerto Vendre; en efecto, estas plazas les serían de la mayor importancia, pues servirán para un punto de establecimiento y comunicación por mar y ellas les facilitarían la conquista de la parte baja de los Pirineos Orientales sin obligarles a hacer una gran cantidad de sitios, a causa que el enemigo, dueño de Coliubre y Puerto Vendré, se hallaría en estado de llevar sus tropas por mar sobre las costas del departamento de Canet o a la

embocadura del Egli, para transportarse directamente sobre Perpiñán, de donde podría fácilmente bloquear las principales plazas y cerrar los pasos por los que pudiesen enviar socorros.

Defensiva de la parte izquierda oriental

En esta suposición el enemigo campado sobre Figueras amenazaría los Coll de Pertus de N.^a S.^a de Requeseens, de S. Quirch y Cerbera, que va a juntarse sobre Bagnuli de Marienne, y hacia el Oeste los Coll de Panises y del Portel que desemboca los dos, en el bajo Vallespir, sobre Ceret, el Bolao y Coliubre.

Estos pasos no son susceptibles de ninguna buena defensiva, la cadena de montañas está cubierta de tierra y de bosques practicables en toda su extensión, de manera que es imposible tomar en ella ninguna buena posición; sin embargo, Bellegarde podría asegurar los Colls de Pertus, y de Panizas. Dos mil hombres serían suficientes en este punto con la guarnición, 1.200 de Maurillos se encargarían de la defensa de los Colls de Portet y de Paracoli; 800, ocupando la torre de Cervera, cubrirían los pasos de San Juan de Albret, haciendo ocupar las alturas hacia Casadevnia; 2.000 se aportarían en Bagnuli de Maresne; el resto de las fuerzas repartidas desde Villafranca hasta Coliubre subiendo sus fuerzas a 28.000 hombres, que se distribuirán del modo siguiente: 5.500 hombres retrincherados en Villafranca, sacando de éstos 1.000 hombres para retrincherarse en Olette, encargados de socorrer a Montluis en caso necesario, el Carol y Capoir; 3.000 en un campo retrincherado sobre Arles y el fuerte de los Bains, correspondiendo con las tropas situadas en Villafranca, y los 3.000 hombres retrincherados en Ceret, formando con ellos la dra. del Ejército cuya izquierda, fuerte de 4.000 hombres se atrincheraría en Elne y el centro de 9.000 hombres en el campo de S. Juan de Pagés; y, en fin, 3.500 en el campo de Salces.

Se darían las órdenes convenientes para que los comandantes de las tropas aportadas en Bagnuli, Maurillas y la torre de Cervera, se retirasen a reunirse con los demás del Ejército en caso de ser atacados por fuerzas muy superiores.

Se enviarían en seguida cuerpos de tropas ligeras repartidos en guerrillas del campo de Ceret y del de S. Juan de Pagés a Coll de Portus para amenazar el flanco y retaguardia de los enemigos; esto en caso de que intentasen penetrar por la frontera por los diferentes Colls que hay desde Bellegarde hasta Cervera.

Se ve por esta relación que el enemigo aún no ha penetrado en la frontera, pero supongamos que lo haga; entonces los 4.000 hombres que defendían los diferentes Colls se replegarían parte sobre Estue y el resto en Ceret, y en este caso el Ejército Francés, habiendo ya abandonado a Coliubre, se hallaría sobre la orilla izquierda del Fee con una fuerza de 23.000 hombres.

En este estado, ¿qué fuerzas pueden tener los españoles, habiendo entrado en campaña a lo más con 36.000 hombres dejando en Montluis un cuerpo de 3.000, otro de observación en Campredon de unos 3.000 y uno de 2.000 lo menos para cubrir Bellegarde? Por este cálculo pueden reducirse las fuerzas españolas a 28.000 hombres disponibles.

Valles de Lourón y de Aure.

Estos dos valles se reúnen en Aren, desde donde se sube en tres horas de marcha hasta el pueblo de Genos, por un camino para toda clase de carruajes. Genos está situado en una altura sobre el centro del valle desde la cual domina todas las partes de éste; se halla enfrente de la embocadura de Peyresourde, comunicación de los dos valles, y su posición sería excelente si no estuviese tan distante de los puntos que debe defender.

Valles de Azún y de Bun.

Este valle tiene dos desfiladas, la una por Arens conserva el nombre de Valle de Azún; la otra por Bun y toma este nombre.

El valle de Azún se reúne al de Argeles, enfrente del pueblo de este nombre.

Los pueblos de Bun y de Fireix, situados a derecha e izquierda de las embocaduras, están más bien situados en el valle de Azún que en la garganta de Bun.

Del punto de reunión del desfiladero de Bun con el valle de Azún hay, siguiendo el desfiladero, cinco horas de marcha hasta el puerto por un verdadero desierto; la vereda es muy difícil y se prefiere la de Azún; esta Vereda y la del valle de Arcus tienen su dirección al mismo puerto, desde donde hay tres horas, hasta las primeras habitaciones españolas; de modo que los españoles deberían hacer ocho horas de marcha por desiertos antes de encontrar algunas habitaciones francesas.

La capilla de Pouillaunt se halla un poco avanzada sobre Arens sobre una altura que cierra el valle, o lo que es lo mismo, reduce la onduza de éste a una pequeña vereda útil únicamente para caballerías y hombres de a pie.

Valle de Coterets.

El valle de Coterets sale a reunirse por su extremidad con el de Argeles hacia Pierrefitte, desde el cual hasta Coterets hay dos horas de marcha por un Camino Real bueno para toda clase de carruajes, pero fácil de interceptar por medio de la cortadura de los puentes de madera; al sudeste de Coterets hay un desfiladero muy fácil de defender.

De Coterets a la Raliere, un cuarto de hora de marcha por un camino bueno para carros, pero fácil de interceptar suprimiendo un puente de madera.

Desde la Raliere, dos desfiladeros conducen al puerto y son igualmente malos. Desde la Raliere al Puerto hay ocho horas de marcha; del Puerto a las primeras habitaciones españolas, cuatro horas; así sería menester diez horas de marcha para emprender una invasión.

Valles de Lux de Bastan y de Gabarnie formando el de Barége.

De Pierrefitte a Lux, dos horas de marcha por un camino para carros; seis puentes sobre el Gave, y uno sobre un brazo que serían otros tantos puertos que defender independientes del desfiladero que une los valles de Argelles y de Lux.

El valle de Bastan, no comunicándose con España, no se puede hablar de él sino como de una memoria; no sucede esto al de Gabarnie, que está abierto con tres comunicaciones que tiene con España, las dos primeras son impracticables y la tercera sólo lo es durante cuatro o cinco meses al año. El paso de Echele se distingue más, por la facilidad que tiene en ser defendido; el puente de Artigues sería excelente para defenderse. La Peyrarde es un desfiladero tan peligroso para el enemigo como favorable para las tropas que lo defienden.

Con el fin de fijar la defensa de los Pirineos orientales con los occidentales se aportaría un cuerpo intermedio en Camprón, teniendo en vanguardia un Srife para la facilidad de las correspondencias.

Defensiva de la derecha u occidente de los Pirineos.

Los puntos de ataque en el departamento de los bajos Pirineos se multiplican; las montañas se bajan insensiblemente desde el Mediodía al Océano; los pasos a puertos son más susceptibles de hacerse practicables para los carros y convoyes de Artillería. Esta disposición local de la frontera accidental exige bastantes fuerzas y una grande vigilancia para impedir a los españoles el penetrar en Francia por Navarra y una parte de Aragón.

Después de haber supuesto unos 14.000 hombres de los que 8.000 son de tropas de línea, 6.000 guardias nacionales para la guardia de Bayona, S. Juan de Luz, el fuerte de Socoa, el de Hendaya, S. Juan de Pié de Puerto, Olevón, Monleón y Navarreins, nos proponemos tres campos retrincherados, el uno en Olevón por la izquierda, el del centro en S. Palais, el 3.º en Bourdagaye o en la cruz de Bougueti; el 1.º compuesto de 4.000 guardias nacionales; el centro, de 6.000 hombres de línea y otros tantos guardias nacionales; el 3.º, de 10.000 de línea y 6.000 guardias nacionales, tomados en el departamento de los bajos pirineos; de las Landas y la Gironde.

En las ciudades donde haya guarniciones se formarán tropas de cazadores en número de la mitad de las tropas de línea para hacer el servicio de las plazas, siempre que la guarnición marche a campaña.

El campo de Olerón se encargará de los valles de Assau, de Aspe, de Barretou y dará también socorros al valle de Soule; así la línea de defensa se extenderá desde el Puerto de Pierre Longue al de Laraun.

El campo de S. Palais pondría toda su atención en una línea de defensa que se extendería desde el puerto de Belorlegui hasta Baygorri.

El campo de la Croix de Bonguets cuidaría sobre la línea desde Horca y Bidaran hasta Andaya.

Después de estas disposiciones preliminares se cree importante observar que el objeto solo de los españoles si intentasen penetrar en Francia por la parte Occidental de la frontera, sería la toma de Bayona, única plaza para poderles proporcionar un buen establecimiento, pero para llevar este difícil objeto sería menester que los españoles tuviesen un Ejército por lo menos de 50.000 hombres, auxiliados de una escuadra que peligraría mucho en las costas de este país, por estar la mar en todo tiempo alborotada; España emprendió este sitio en 1674, que habiendo pasado el Bidasoa y tomados los fuertes de Hendaya y Focoa, el Almirante Fronyo fué a mojar en la costa, para reunirse a los españoles y no habiendo podido mantenerse en ella, por las dichas razones se obligó a los enemigos a desistir enteramente de la empresa.

Hecha esta observación, se ve palpablemente que a los españoles les será imposible penetrar en Francia por Navarra, porque hemos calculado que esta nación podría apenas poner 60.000 hombres en campaña y hemos supuesto también que el Ejército que atacase por Cataluña tendría lo menos 36.000 hombres, añadamos unos 6.000 para cubrir la línea de defensa comprendida entre el valle de Andorre y el de Canfranc y son 42.000 hombres, no agregando más para su empresa que 18.000 hombres; pero prescindamos de esto y supongamos que la Corte de España hace unos esfuerzos sobrenaturales y que completa el Ejército de Navarra hasta el número de 36.000 hombres y examinemos cómo se podría impedir la toma de Bayona y sus progresos en Francia.

Por medio de 8.000 hombres en el campo de Olerón y de 12.000 en S. Palais, se podrían amenazar al mismo tiempo los valles de Canfranc, de Echau, de Roncal de Salazar y los de Aescoa y Roncesvalles dependientes de un cuerpo de 4.000 hombres que se sacarían del Ejército del Centro para estar a la mira sobre Baygorri, Bidarray, ligarse con la izquierda del Ejército de la derecha, para cubrir la Tivelle y amenazar de tomar el flanco o retaguardia de la derecha del Ejército Español que después de haber pasado el Bidasoa intentaría el marchar sobre S. Juan de Luz.

Estas disposiciones deberían obligar necesariamente a los españoles a cubrir una línea de defensa desde Canfranc hasta Aldudes, que, amenazada por 16.000 hombres, exigiría a lo menos 8 a 10.000 para defenderla y reduciría el Ejército Español de operaciones a 26 ó 28.000 hombres contra el Ejército de la derecha, que por medio de los 4.000 del Ejército del Centro y de unos 2.000 cazadores sacados de las guarniciones de Bayona y S. Juan de Luz se hallaría fuerte de 2.200 hombres situados detrás de los ríos, teniendo la mar a su dra., ejércitos a su izda. y una plaza de guerra felizmente situada a su retaguardia.

Supongamos desde luego todas estas fuerzas rechazadas de Bidasoa y de la Nivelle; y supongamos, también, que Hendaya, Socoa y S. Juan de Luz dejara 16.000 hombres en el campo de Bidart, fortificado ya, y 9.000, comprendidos también los 4.000 del Ejército del centro en Espalette y Ortulie, si las circunstancias lo exigiesen, a fin de defender al Nive, cubrir la izquierda del Ejército campado en Bidart y amenazando el flanco derecho del Ejército español, dejar las guarniciones necesarias en Hendaya, Soeva y San Juan de Luz, asegurando las comunicaciones con los almacenes establecidos en España, todo lo cual supondría disminuir el contingente del ejército operante.

Reducido el Ejército Español a 24.000 hombres, de ningún modo intentaría el paso del Nive, pues se exponía a verse atacado por un flanco derecho por las tropas del Campo de S. Palais, y por el izquierdo con los campos de Bidart; así debemos creer que atacaría el campo de Bidart y supongamos que tuviese la ventaja de tomarlo; entonces el Ejército francés tomaría el riachuelo y vendría a ocupar cerca de Bayona el campo sobre el frente de la puerta de España, la derecha en el Adour, la izquierda en el Nive ocupando las alturas de la casa de la Reyna de España, encontrándose su frente y derecha cubierto por un pantano.

En esta última posición casi inexpugnable, el general francés reduciendo su ejército a 12.000 hombres en el campo de Bayona, podría llevar 13.000 que hemos supuesto, para defender la izquierda sobre el Nive, los cuales, entonces, pasando este río por Ustáriz o Cambo para dirigirse sobre Santa Fe y Serres, amenazaría desde allí al Ejército Español por retaguardia y aun de batirlo entre dos fuegos, cortando su línea de operaciones. Las tropas de S. Palais, efectuarán al mismo tiempo un movimiento de avance de su derecha, con el fin de marchar sobre el Nive cayendo sobre el flanco derecho de los Españoles, debiendo estos diferentes movimientos obligar necesariamente la apresurada retirada de los enemigos, que se realizaría en condiciones desfavorables.

Terminamos esta ofensiva de la parte occidental de la frontera por la suposición más inverosímil.

El Ejército Francés situado delante de Bayona se ha visto obligado a abandonar esta ciudad y pasar a la derecha del Adour, los enemigos se han posesionado de S. Juan de Luz; han forzado los dos ejércitos de la izquierda y centro, después de haber recogido las guarniciones de las plazas conquistadas han pasado al Gave de Pau para venir a ocupar en Perrovade; pero entonces estos dos ejércitos, después de haber vuelto a pasar el Gave, sobre el puente de esta ciudad, vendría a juntarse con el de la derecha y todos tres reunidos y formando unos 44.000 hombres, marcharían contra los españoles, debilitados por las guarniciones de las ciudades y fuertes que hubieren conquistado; hallándose en un país enemigo sin recursos; lejos de sus almacenes, teniendo puertos muy difíciles de atravesar en el caso de emprender una pronta retirada que les costaría trabajo efectuar.

Ofensiva.

Por medio de una multitud de puertos o pasos que atraviesan los Pirineos y procuran comunicaciones entre Francia y España, es susceptible este Reino de ser atacado o a lo *menos insultado* por muchos puntos, pero los dos solos que hasta ahora han procurado los medios de entrar en campaña con Cuerpos de Ejércitos y todos sus *comboyes* y Artillería son: el uno a la extremidad de los Pirineos orientales del lado de Perpiñán, y el otro a la extremidad del occidente por la parte del Bayona.

El primero entra en Cataluña y el segundo en Navarra; en consecuencia, los franceses han declarado siempre la guerra por uno de estos puntos; pero sin embargo lo han hecho con más frecuencia por Cataluña y raramente por los dos puntos al mismo

tiempo; desde entonces los españoles, a pesar de su poca fuerza, han podido tener muchos medios para su defensa al no tener la guerra más que por un paraje.

Nos ha parecido, al contrario, que hubiese sido mucho más sabio y ventajoso aprovecharse de las pocas fuerzas que los españoles podían emplear en la defensa, muy extendida, de sus fronteras, para obligarles, atacándoles sobre todos los puntos posible, o dividir sus fuerzas, y por la misma razón, hacerlas nulas. Es verdad que adaptando este proyecto, la Francia se vería obligada a desenvolver contra España mayores fuerzas de las empleadas hasta aquí cuando ha querido hacer la guerra contra esta potencia; por este medio nos parece el solo para hacer la guerra con un éxito más favorable que en lo pasado y terminarla en muy poco tiempo; lo que debe ser suficiente para probar una ofensiva de mucha extensión, hecha por cuerpos muy numerosos para poderse sostener por ellos mismos hasta el momento en que pudiese reunirse la masa general.

Así, adoptando este plan, si la España puede poner en campaña unos 60.000 hombres de tropas regladas, es menester que la Francia la ataque con 100.000 y que, además de las tropas de línea y las guardias de las plazas fuertes que se hallen sobre la frontera, los generales puedan disponer de las guardias nacionales de los diferentes departamentos fronterizos en 1.^a y 2.^a línea y de las sedentarias que deben hallarse en las ciudades y pueblos situados en la extremidad de aquélla al pie de los Pirineos, del lado de Francia.

Con semejantes fuerzas, 30.000 hombres efectivos formarían el Ejército reunido en Perpiñán con un cuerpo disponible de 10.000 susceptible de aumentarse en caso de necesidad por 4.000 voluntarios sacados por piquetes de diferentes guarniciones de ciudades de guerra y fuertes de los Pirineos Orientales.

20.000 hombres en Tolosa con un cuerpo disponible de 10.000 hombres capaz de aumentarse por 10.000 voluntarios de los batallones de tropas nacionales y de los departamentos del alto Garona y de la Gironde.

En fin, el tercer Ejército de 30.000 hombres se repartirá en dos cuerpos; el uno de 20.000 y el otro de 10.000, susceptibles de aumentarse con 4.000 hombres sacados de las guarniciones de las ciudades y fuertes de los departamentos de los bajos Pirineos.

El General en Jefe que estará en Tolosa dará las órdenes necesarias para que el mismo día se entre en España.

Hacia los Pirineos Orientales.

Sobre la izquierda: por el Coll de Bagnuli, sobre Rosas; por el Coll de Portus, bajo Bellegarde, sobre la Jonquieres y Figueras.

Sobre el centro: por el Boulou, Prázt de Molló y el Coll de Ars, sobre Camprodón.

Sobre la derecha: por Villafranca y Mon-Luis, sobre Puigcerdá.

Hacia los Pirineos Occidentales.

Sobre la izquierda: de Monleón, P.^o Tardet, las puertas de Larran, de Belaye y de Saint-Engrazve, sobre los valles de Roncal y de Salazar.

Sobre el centro: de S. Juan de Pie de Puerto por Crison, Castillo Pignon, Altabiscar por Arnegui; Val-Carlos, el Puerto de Ibaguete por la montaña de Ursula.

Si trataran de pasar algunos cuerpos por la izquierda desde la montaña de Urculu, hasta la de Leropil, algunas rocas forman este desfiladero, por el cual apenas pueden pasar tres hombres de frente. Este punto es muy esencial de guardar; y desde allá siguiendo la corriente de las aguas se llega al fondeadero de Arbayalette.

Sobre la derecha: del campo de Berard, delante de Bayona por Souraide, Ainhone, Urdache; el Coll de Maya, sobre el valle de Bastan sobre Espelette, Issam, Bidaray, San Martín, sobre el valle de Baygorri; por Escarol, Iralegui, Urlos, el puerto de Bera, sobre el valle de Lerin, en fin por Urugne, Irún, sobre Fuenterrabía, etc.

Hacia el Alto Garona y los altos Pirineos.

Sobre la izquierda: de S. Gaudens de S. Beart por Vich, el Puerto de Vich, el del Hospital, S. Fe, sobre el valle de Aram.

Sobre el centro: de Tarbes por los valles de Cotterets y de Arun; por los puertos de Ponticause y de la Houghtque, sobre el pueblo de Sallent en el valle de Canfranc.

Sobre la derecha: de Olerón por los valles de Ossau y de Aspe, por los puertos de Peire, Longue, de Bais y de Piere-Negre, para llegar al pueblo de Sainte Christine, también en el valle y sobre el camino de Canfranc.

Por medio de estos diferentes ataques que abrazarían los Pirineos desde las orillas del Mediterráneo hasta las del Océano, los Españoles, indecisos sobre qué punto establecerían sus fuerzas para defenderse, se verían precisados a dejar sin defensa la mayor parte de los pasos.

Sin embargo, el General francés, instruido por medio de ordenanzas apostados a lo largo del frente, de los buenos o malos sucesos de los ataques, se apresuraría a hacer reforzar los puntos en que hubiese sido rechazado, a fin de salir bien con sus nuevas tentativas, que serían entonces tanto más favorables cuanto más hubiese sido batido el enemigo en algunos puntos.

Estos diferentes objetivos logrados, el centro, el ala derecha del Ejército de los Pirineos Orientales, que habría tomado ya a Campodón y Puigcerdá, se hallaría en posesión de los pasos y de un país abundante en forrajes y trigo para asegurar grandes recursos al Ejército que debería estar con el mayor cuidado para guardar los puntos o pasos por donde hubiera pasado. En este caso la marcha del centro y de la derecha se dirigiría sobre Belver, que se halla a una legua de Puigcerdá sobre el Segre; allí se fortificarían y quedarían dueños del fértil país de la Cerdeña y emprenderían su marcha hacia Urgel, que no dista más que cuatro leguas, se posesionarían al mismo tiempo del castillo arruinado de Valencia sobre la Noguera; ocupando estos tres puntos se dispondría de todo el País hasta las fronteras de Aragón. El castillo de Valencia puesto en estado de defensa situado sobre la Noguera, casi a las fronteras de Francia, aseguraría una extensión de 15 leguas en donde un Ejército podría fácilmente subsistir y comunicarse socorros por medio de los ríos. Estos puntos facilitarían el paso a herida ciudad muy importante, pero ocupándola se podría asegurar desde el instante en que el ala izquierda del centro entrase en el valle de Arán a Falero y podrían dirigirse sobre Monzón y Barbastro.

Hacia los Pirineos Occidentales el ala derecha, después de haber tomado a Fuenterrabía, marchará sobre S. Sebastián para bombardearlo y desde allí a Bilbao y Vitoria, al mismo tiempo que el centro y el ala izquierda se dirigirán sobre Pamplona.

Hacia los Pirineos Centrales las tropas del ala izquierda después de haber penetrado en el valle de Arán marcharán sobre Poblá y desde allí a Jremo, de donde se dirigirán sobre Barbastro y Monzón, al mismo tiempo que el ala derecha y centro marcharán sobre Jaca por Santa Cristina, S. Antoyne, Canfranc, etc.

Después de haberse posesionado en la primera campaña de Rosas, Gerona, Hostalrich, Figueras, Camprodón, Puigcerdá, Belver, Urgel, Monzón, Barbastro, Jaca, Fuenterrabía, San Sebastián, Bilbao, Vitoria y Pamplona, se empezarán en la 2.^a por enviar 50.000 hombres sobre Zaragoza, que se halla a 25 leguas de Jaca y de Pamplona, y se ocupará a Tortosa y Tarragona en la Cataluña; así establecido en el centro y sobre todo en el curso del Ebro, se hallará en estado pasando por Calatayud, Molina, Guadalajara y Alcalá, de marchar sin obstáculo a Madrid. Es probable que desde el instante en que la Corte de España viese los ejércitos franceses dueños del Ebro se apresurase a pedir la paz en las condiciones que quisieran imponerle.

Pero además de la Memoria redactada por el General Serván figura en nuestro archivo otra de carácter particular, que estimamos muy digna de ser conocida y estudiada,

suscrita por un tal Mr. Maille Haucourt, quien al tratar de la Cadena pirenaica en su aspecto militar va exponiendo diversos planes de invasión de España por parte de las tropas francesas en el caso de una guerra que, ya por aquellos días de la redacción de la Memoria—(1792)—, se conceptuaba por las poblaciones de uno y otro país fronterizo como un hecho casi inevitable. No nos es posible transcribir ahora, cual lo hiciéramos con los documentos anteriores, el texto original de la Memoria de Mr. Maille Haucourt; en gracias a la brevedad nos limitaremos a exponer en términos generales una breve y sucinta reseña del citado documento. Este se ocupa ante todo y sobre todo, como indica su título, de poner de manifiesto las características del Pirineo como un elemento geográfico de extraordinario valor militar. La descripción de los accidentes del terreno, de sus formas diversas, de su significado como medio de guerra en el texto de la memoria, ocupando el lugar y atención que les corresponde. Desde luego, y como es lógico, se estima desde el primer momento que la cadena Pirenaica viene a constituir como una barrera continua, en una dirección casi recta, desde el Mediterráneo al Océano, abarcando una longitud de 200 leguas.

«No puede penetrarse del uno al otro lado—afirma el escritor de la Memoria—sino por desfiladeros más o menos accesibles que se llaman *Colls* o *puertos*. Estos puertos son los únicos pasos practicables establecidos a lo largo de la frontera, y han sido ocasión de señalados hechos de armas a través de los tiempos, en las muchas guerras habidas entre Francia y España; habiéndose fijado en ellos el lugar preciso de la dominación de ambas naciones, reservándolas de una invasión de carácter permanente. Del lado que corresponde a la parte de los Bajos Pirineos hay tres pasos para entrar en España: el de Fuenterrabía, atravesando el río Bidasoa y que conduce a Bayona; el de San Juan de Pic de Port, que conduce desde Francia a Pamplona a través del paso de Roncesvalles y el de Navarriens, que, desde Francia, conduce a Jaca, pasando por Olerón y por desfiladeros tan sólo practicables para la infantería.

A la parte del lado del Mediterráneo, hacia el departamento de los Pirineos Orientales, hay dos entradas principales: desde Francia a España, una por Mont Luis a Puigcerdá que da entrada a la Cerdaña, y otra que es la de Bellegarde a La Junquera para llegar a Figueras a través del Coll de Portus. El trozo de los Pirineos desde Navarrens hasta Mont Luis es impracticable para la artillería y no es apropiado—afirma el escritor francés—al sistema de guerra que debiera establecerse contra España; exceptuando algunas diversiones particulares.» Esta disposición de la frontera limita, a su juicio, a no poder utilizarse para el ataque más que dos puntos cualquiera que sea el proyecto ofensivo dispuesto y no pudiendo esperarse otra cosa de las indicadas diversiones que el obli- gar al enemigo a dividir sus fuerzas, según reconoce el escritor que nos ocupa. «Resultado de todo esto que son indispensablemente necesarios dos ejércitos para emprender esta guerra—añade—: uno, en el departamento de los Bajos Pirineos, hacia Bayona, para reunirlos y oponerse a la entrada de la Alta Navarra o penetrar en Guipúzcoa; y el otro, en el departamento de los Pirineos Orientales, teniendo a Perpiñán por objetivo común. En cuanto a la entrada de la Cerdaña, ésta se encuentra en Cataluña, pudiendo tomar a Tolouse como punto central y cuartel general. En cuanto al plan general de acción éste no puede ser más evidente: no sólo cada uno de estos cuerpos protegerá los movimientos del otro, dándose mutuo socorro cuando las circunstancias lo requieran, sino que, no existiendo dificultad alguna para ello o disponiéndose de fuerzas suficientes, podrá llevarse el ataque a la vez por ambos flancos a un mismo tiempo.»

El autor de este plan estudia por separado y con bastante detalle las operaciones que pudieran llevar a cabo los dos cuerpos de ejército, destinados a los referidos teatros de operaciones. Refiriéndose a la comarca de los Pirineos Occidentales o Bajos Pirineos, establece Maille Haucourt que: «las tropas reunidas en los campos de Bayona antes de la declaración de guerra, han de destacar dos Cuerpos de tropas destinadas a operar so-

bre los citados puntos de San Juan de Pic de Port y Olerón, delante de Navarrens. Una vez realizada esta operación previa, habrá llegado el momento de operar y, entonces, el ejército de Bayona podrá realizar su avance sobre San Juan de Luz, y desde allí, marchando a atravesar el Bidasoa, fraccionándose en tres columnas: una a la derecha con misión de avanzar sobre Hendaya; la segunda sobre el Paso de Behobia, y la tercera sobre Vera, donde habrá de dejar un destacamento suficiente a cubrir las montañas establecidas en las proximidades de San Juan de Luz. El ejército francés que haya pasado el Bidasoa bajará por la orilla izquierda, apoderándose sucesivamente de las alturas dominantes para que nadie pueda impedirles sus marchas y de este modo logrará llegar a Fuenterrabía, en donde su primer cuidado será realizar un ataque ocupándose al mismo tiempo las alturas a lo largo del camino que conduce a San Sebastián, sin dejar de apoderarse del Puerto de Pasajes, que, por la parte de tierra, no ofrece muchas dificultades.»

Pasa la Memoria después de todo esto a manifestar que el ataque a Fuenterrabía debe ser dirigido sobre el mismo frente que en el año 1718, esto es, por la parte opuesta al Bidasoa, mientras el ejército marcha sobre el curso de este río. El cuerpo de tropas de San Juan de Pic de Puerto avanzará en dos columnas; la de la derecha atravesará Bhout por donde pasará el río Valcarlos, dirigiéndose en seguida por el pueblo de Luzaide, perteneciente a España, dejando la montaña de Ibaquet a la izquierda y logrando, por este medio, situarse en la ermita de este nombre, sobre las alturas que dominan a Roncesvalles. La columna de la izquierda avanzará a Orizón, por la rampa de este nombre, y, de allí, siguiendo el camino de las montañas, dejará a su derecha las alturas de Ibaquet y las de alta Vizcaya, a la izquierda, e irá a reunirse con la columna de la derecha tan pronto llegue a Roncesvalles, en donde ambas divisiones acamparán en un mismo paraje. Esta posición habrá de ocuparse con el fin de inquietar al enemigo, amenazando a Pamplona, aprovechándose todo este tiempo para preparar y finalizar el sitio de Fuenterrabía y el de San Sebastián; continuando, no obstante, amenazando la plaza fuerte de Jaca. En cuanto al cuerpo acampado en Olerón, éste, después de atravesar el llano de su nombre, se situará sobre Santa Catalina, en donde tomará posición, estableciendo delante de él y situando en ambos flancos algunos destacamentos avanzados. Habiéndose conseguido la toma de Fuenterrabía, San Sebastián y del puente de Pasajes, lo que representaría la pacífica posesión de toda Guipúzcoa, estaremos en condiciones de poder llevar a cabo el sitio de Pamplona, haciendo maniobrar el cuerpo situado por las alturas de Roncesvalles de acuerdo con el avance del ejército principal, mientras el cuerpo de tropas acampado en Olerón seguirá cubriendo las avenidas de Jaca, al mismo tiempo que ha de servir para proteger la comunicación de San Juan de Pic de Port con la masa principal del ejército sitiador de Pamplona; procurando, asimismo, asegurar el paso de los convoyes. Después de disponer así las operaciones del ejército francés en el ala derecha, correspondiente a nuestra zona de los Pirineos Occidentales, el documento de referencia pasa al estudio de las que en el ala opuesta, es decir, en nuestra zona de los Pirineos Orientales, a lo largo de la frontera catalana, pudieran llevarse a cabo por los ejércitos de la revolución. Reunidas las tropas de este sector en Perpiñán, habrán de acampar sobre el Tech, asignándolas un cuerpo de tropas con el fin de transportarlo a Mont-Luis, en el llano de Puigcerdá. El ataque de todo este ejército habrá de realizarse simultáneamente con el llevado a cabo por el de Fuenterrabía y el que estaba acampado en el Tech avanzará sobre Cataluña, por la parte de Bellegarde, para entrar en el Ampurdán, dividiéndose en tres columnas a fin de hacer más ligera su marcha atravesando la montaña, por el Coll de Pertus, delante de Bellegarde, la de la derecha; por los Alberes, la del centro y por el Coll de Banyuls la de la izquierda.

En este teatro de operaciones, la plaza de Rosas es estimada como lo primero que es preciso tomar, no sólo por su importancia, sino porque facilita la comunicación de las costas marítimas con Francia una vez ocupada, así como también ha de serlo la de Figueras, que será fácil conquistar una vez tomada aquella, tras de la cual, dejando en obser-

vación una división de 10.000 hombres, se procederá a llevar a cabo el sitio de Gerona, empresa que no puede exigir más tiempo que el de quince días por cuánto hay facilidad de transportar todas clases de pertrechos por mar. En tanto se realizaban estas operaciones, en el valle del Segre, las tropas francesas deberían avanzar sobre Puigcerdá y, desde allí, sobre Urgel, conquistando toda la Cerdaña y completando así la posesión de las principales plazas fuertes que defendían la frontera franco-española por esta parte. La toma de estas plazas preparan la de la capital de Cataluña, y esta afirmación se basa, según el redactor de la Memoria, en el hecho de que, reunidos los ejércitos de Gerona y Figueras, ambos podrían apoderarse del camino de Hostalrich, cuya posesión no ofrece ninguna dificultad, dado que esta ciudad carece en absoluto de medios de resistencia, por lo cual el ejército francés quedaría establecido frente a Barcelona. Se reconoce por M. Maille Hancourt que los solos pasos que presentan los Pirineos para el transporte de artillería son los que están situados en las extremidades de la cordillera Pirenaica; el resto de las montañas, desde San Juan de Pic de Port hasta Mont-Luis opone obstáculos invencibles a cualquier otra empresa; por consiguiente, el sistema respectivo de defensa de ambos países se reduce a proteger dos espacios de poca extensión, comprendidos, uno de ellos, entre las costas del Océano y San Juan de Pic de Port; el otro, desde las del Mediterráneo a la fortaleza de Mont-Luis. El primero de estos espacios ofrece dos principales aberturas para la comunicación de Francia con España: la atravesada por el camino real que va de Bayona a Madrid, atravesando el Bidasoa por el paso de Behobia, y la que permite la marcha desde San Juan de Pic de Port a la capital de Pamplona pasando por Roncesvalles. Podría añadirse, extendiéndose más al Este y en su parte central, la comunicación entre ambos países a través del paso de Canfranc. La defensa de Francia en la parte de los Bajos Pirineos descansa en la plaza de Bayona y, como avanzadas de ella, los puestos que pudieran establecerse en Hendaya, San Juan de Pic de Port y Navarren. En cuanto a las españolas éstas son las de Fuenterrabía, San Sebastián, Pamplona y Jaca. Son también desfiladeros principales en el trozo comprendido entre el Mediterráneo y Mont-Luis el camino de Perpiñán a Barcelona, pasando por debajo de Bellegarde, a lo largo del Coll de Portus y el de Perpiñán a Puigcerdá siguiendo el valle del Ter, pasando por debajo de los fuegos de la fortaleza de Mont-Luis, para entrar en la Cerdaña. Mas echándose de ver que, entre ambas comunicaciones a través de la montaña, hay una zona demasiado extensa sin comunicación, se declara en la Memoria que nos ocupa, que es muy necesario buscar y cubrir una comunicación intermedia entre Perpiñán a Camprodón pasando por Prats de Molló, a través del Coll de Anca. Esta parte de los Pirineos, del lado de Francia, tiene por barrera o primera línea a Mont-Luis, Villafranca, Prat de Milló, Coliubre y Port-Vendres y hállase cubierta por una segunda línea, constituida por las plazas de Perpiñán y Salces. España, por su parte, puede presentar en contra de Mont-Luis, las plazas de Puigcerdá, Bervel y Seo de Urgel; frente a Molló, el fuerte de Camprodón; ante Bellegarde, la fortaleza de Figueras, y en contra de la plaza fuerte de Colioure, la de Rosas. En segunda línea pueden estimarse a las plazas de Gerona y Hostalrich y la de Mataró y Barcelona como constituyentes de una tercera línea defensiva.

«Como consecuencia de lo anteriormente expuesto—afirma el autor de la Memoria—se deduce claramente que España no puede penetrar en Francia más que por dos puntos: por Bayona o por la parte de Perpiñán» y, al llegar aquí, hácese una declaración que, habida la fecha en que fué escrita, la Memoria, reviste a nuestro juicio una gran importancia, pues nos pone de manifiesto cuál era el concepto que de nuestra potencia militar se tenía formado por parte de los franceses. Refiriéndose a las posibilidades que pudieran revestir nuestros probables planes de operaciones, se declara: «Sus recursos no pueden permitirles el declarar la guerra, llevando a cabo una operación ofensiva por ambos rajes, y es, por lo tanto, lógico suponer como plan más verosímil que han de limitarse a reunir sus mayores fuerzas para atacar por la parte del Mediterráneo, en tanto que se

mantienen a la defensiva en el paraje adyacente al Océano». Como vemos, el escritor francés presagia la realización de nuestro plan ofensivo de campaña efectivamente puesto en ejecución, bien fuera concebido por el Conde de Aranda o por el General Ricardos. Pretender la realización del sitio de Bayona por parte de nuestras tropas representaría, según el criterio del escritor francés, una empresa muy difícil a no contar con el apoyo de una escuadra que no dejaría de encontrar por otra parte para sus maniobras las más grandes dificultades a causa de ser muy violenta la mar por estas costas, por cuya razón los buques no podrían mantenerse en tales aguas por largo tiempo. Existía un hecho que venía a manifestar la exactitud de tal afirmación: el año 1674, el almirante Frocup trató de operar por esta parte y no pudo, en efecto, mantenerse en aquella costa con su escuadra, porque la fuerza de los temporales llegó a arrancar las anclas de los navíos forzándola a retirarse.

Pasa M. Maille Hancourt a estudiar con todo detalle el desarrollo de las operaciones que las tropas españolas pudieran realizar en el sector de los Pirineos centrales y occidentales, poniendo de manifiesto cómo el ataque por esta parte es el más favorable para «los intentos ofensivos» de los suyos, y al pasar al estudio de las operaciones posibles para las tropas francesas en la zona de los Pirineos orientales o catalanes, indica que la defensa de estos Pirineos no debe tener otro objetivo que el sector de frontera comprendido entre Bellegarde y Colioure. «Las montañas que se elevan entre Bellegarde y Mont-Luis—se expone textualmente—son de muy difícil acceso para permitir a los españoles atravesarlas con muchas fuerzas. Suponiendo que España intentase llevar la guerra hasta los Pirineos Orientales (lo que parece difícil, pues les sería mucho mejor, como se ha dicho antes, realizar su entrada por la parte de Bayona) su objetivo principal tendría que ser el de asegurarse ante todo la posesión de la plaza de Colioure, cuya dominación es muy interesante dado que a más de servir de punto de apoyo defendería eficazmente la comunicación con el mar. Esta posesión de Colioure permitiría trasladar las tropas por mar desde las costas del Rosellón a las playas de Canet en la desembocadura del Ter para marchar directamente sobre Perpiñán, del que sería fácil posesionarse, y desde allí bloquear las demás plazas del país cerrando los puertos que pudiesen socorrerlos. En este caso se deberían establecer por la parte de acá de los Pirineos y esparcir convenientemente diferentes partidas de miqueletes, en posiciones avanzadas para inquietar al enemigo en cuanto fuese posible, pero, por muchos que fuesen los esfuerzos de los españoles, no podrían resultar favorables a causa de las dificultades que encontrarían para conducir su artillería por aquellas montañas, caso de intentar el sitio de Mont-Luis, sin dejar de tener en cuenta que la toma de esta plaza únicamente les proporcionaría el poder marchar a Villafranca donde nuevos obstáculos detendrían por largo tiempo su avance, y aun suponiendo que ambas plazas fuesen tomadas, no por eso podía darse por abierto el paso a las campañas del Rosellón. Los pocos pasos que quedan quedarían completamente cerrados al ocupar las gargantas del valle de Canet y en cuanto a las aberturas del Rosellón, se les haría impracticable por medio de una infinidad de pequeñas posiciones que dominarán las gargantas que dan acceso a la comarca del Conflans.»

Como resultado final de todo esto, después de advertir que un ejército acampado en el Tech está en comunicación con Perpiñán, se asegura que: «si el enemigo se hiciese dueño de Colioure, en ese caso no debería engrosarse nuestro ejército (no olvide el lector que la Memoria está escrita por un francés) situado en este valle; se cubriría un flanco sobre el mar por medio de reductos, baterías y atrincheramientos, dificultando así su ataque al enemigo y se trataría de multiplicar los obstáculos por cada uno de sus puestos para encerrar al enemigo en el estrecho de Colioure entre el pie de las montañas y el curso del Tech hasta que pudieran contarse con fuerzas suficientes para atacarle y reconquistar Colure. Por esta parte se observa que España, reuniendo todos sus esfuerzos para llevar sus conquistas por la parte del Rosellón, no podía mantenerse a la defensiva

en Guipúzcoa, lo que da lugar a suponer que un ataque dirigido por esta parte sería suficiente para hacerla renunciar a sus conquistas.»

Este es el contenido de la Memoria de M. Maille de Hancourt. Ella, como la de Servan, nos permite conocer cuáles eran los puntos de vista del pensamiento francés respecto de las cuestiones que nos ocupan. A la iniciativa francesa no se le escapaba la posibilidad del intento de penetrar en España, apoderándose de toda ella. Frente a la amplitud de propósito denunciado por los trabajos franceses de que hemos dado cuenta, nuestro plan oficial de guerra resultaba de una limitación manifiesta de admiraciones y de esfuerzos.

Y una observación hemos de hacer a nuestros lectores. En la Memoria de Servan, como en casi todos los escritos franceses de la época, se habla del mal estado de los caminos españoles; pero, si hemos de atenernos al propio testimonio de los franceses, no debían de ser muy excelentes, tampoco, las vías francesas ni los establecimientos de que antes hemos hecho mención. «Los albergues situados en los lugares aislados—escribe Paul Lacroix en su obra «Instituciones, usos y costumbres durante el siglo XVIII»—eran tan temidos como los ataques de los ladrones; estos albergues no merecían siempre su desfavorable reputación; pero, en general, no ofrecían ningún recurso al viajero que en ellos se detenía, obligado por fuerza mayor y no obteniendo en ellos a veces ni sopa con que alimentarse. La mayor parte estaban constituídos por viviendas oscuras, sucias, inhabitables, no disponiendo más que de tre reductos infectos: la cuadra, la cocina y el dormitorio. Este dormitorio venía a constituir una especie de departamento conteniendo un cierto número de lechos o petates en los que, casi mezclados, dormían el posadero y sus criados con los viajeros cuya mala estrella les había llevado a caer en esta trampa. De aquí las espantables historias que tradicionalmente acompañaban a toda clase de viaje durante el cual era necesario dormir en una posada.»

Y si esto pudiera decirse de los alojamientos franceses a través de las vías de comunicación, no es mucho más favorables lo que con respecto a éstas pudiera declararse: «Los viajes en diligencia, en silla de posta, en coche, no resultaban siempre favorecidos por el estado de los caminos reales, que iban siendo más impracticables a medida que se alejaban de París. Estos caminos reales habían sido construídos o reparados merced a las corveas, pero su entretenimiento dejaba mucho que desear no obstante los trabajos que en ellos se ejecutaban por orden de los intendentes provinciales, imponiendo a las localidades la facilitación de un determinado número de hombres y de carros que habían de trabajar en ellos un señalado número de horas al día. Estos trabajos, ejecutados de prisa y sin dirección, dejaban de ofrecer las condiciones necesarias para su duración y consistencia. No había cambiado desde luego el sistema de construcción de los caminos, que se componían de una gran vía, cuya parte central venía ocupada por una calzada estrecha en forma de dorso de asno, bordeada por plantaciones de árboles de gran corpulencia, formando de derecha a izquierda una avenida cubierta. Pero la calzada, no teniendo un ancho suficiente para que dos carruajes en marcha contraria pudieran pasar a la vez, obligaba a uno de éstos a tener que abandonar el encintado, para dejar libre paso al contrario. Esto era causa de continuos accidentes, chocando unas veces los carruajes al tratar naturalmente de evitar el encuentro y viéndose en otras, arrastrados por su peso y volcados, en el sitio preciso en que los caminos se hundían en la arena o en el barro al descender de la calzada. Esta resultaba ordinariamente ocupada por pesadas carretas, arrastradas por un gran número de caballos, cuyos conductores, provistos de largos látigos, no lograban frecuentemente hacer cambiar de dirección. Y esto no era todo: las lluvias de las tormentas labraban surcos en medio de los caminos y dejaban establecidos cenagales profundos en los que, los carruajes de viajeros iban a precipitarse en días de niebla o durante la noche. Luis XVI suprimiendo las corveas (1776) decidió que la construcción de las grandes vías y su entretenimiento se ejecutaran a costa del Estado; pero los propietarios del terreno que atravesaban los caminos, reclamaron en nom-

bre del derecho feudal contra tal disposición y el sistema de las corveas fué mantenido por el servicio de comunicaciones hasta el establecimiento de la Administración de puentes y calzadas. En cuanto a las vías secundarias que después se ha llamado caminos vecinales, antes de la Revolución se encontraban en un estado tal de abandono, que la mayor parte de ellos resultaba totalmente inaccesible al paso de los carruajes.»

Como vemos, ateniéndonos al propio testimonio francés, no eran mucho mejores que los caminos y las posadas españolas, los que por un terreno generalmente llano y fácil de recorrer y en medio de parajes cubiertos de vegetación, eran seguidos los unos, y utilizadas las otras por viajeros en la vecina República francesa. No hemos vacilado en hacer referencia a este asunto de las vías de comunicación y de los albergues españoles, cuya reputación desfavorable, aunque no del todo injusta, no dejaba de ser exagerada, pues, como vemos los males que pudieran achacarse a nuestra Patria, venían igualmente a manifestarse en otros países; por lo menos en éste, al otro lado del Pirineo.



PARTE SEGUNDA

LOS FACTORES DE LA GUERRA

I. EL ELEMENTO CIVIL: EL MEDIO SOCIAL. EL AMBIENTE POPULAR. LA SOCIEDAD Y EL ESTADO.—II. EL ELEMENTO MILITAR: LOS HOMBRES. LAS ARMAS. EL TERRENO. ORGANIZACIÓN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS. SUS CARACTERÍSTICAS. SUS MÉTODOS DE COMBATE.—III. LAS POSIBILIDADES DEL TRIUNFO.

HEMOS estudiado en los capítulos anteriores cuanto hace referencia a la declaración de guerra, a las causas de la misma, a las características del plan de operaciones, a las fuentes históricas que pueden facilitar todo trabajo de investigación de esta clase. Nos corresponde ahora llevar a cabo el estudio de los distintos elementos o factores que hubieron de intervenir en la lucha, pues sin su conocimiento es imposible adquirir la visión clara, perfecta, animada de lo que ésta pudo ser. La ciencia militar agrupa estos factores de la siguiente manera: primero, el hombre, elemento principal de la lucha en la que interviene en el máximo grado de exaltación personal; segundo, las armas por él empleadas como medio imprescindible de acción; y tercero, el terreno, campo ofrecido a su desarrollo con influencia tal que en algún momento puede ser el eje principal de todo el proceso bélico.

Con arreglo a estos principios, y empezando nuestro estudio por cuanto al hombre se refiere, el ambiente nacional de los países contendientes, es decir, las características propias del medio social, de la opinión pública, del sentir y del pensar de las masas ciudadanas: en una palabra, «la Patria y los patriotas», ha de constituir el primer punto de vista de nuestra investigación. Sin este conocimiento es imposible darse cuenta de lo que el acontecimiento histórico que nos ocupa hubo de ser. Realizado este estudio, pasaremos al peculiar del ejército en su elemento humano, el soldado, y, por consiguiente, cuanto hace referencia al reclutamiento de las tropas, a su instrucción y medios de vida, a sus cualidades morales, a la organización de las distintas unidades y servicios, a las condiciones reunidas por el Mando militar. Tras este conocimiento pasaremos a adquirir el de las distintas armas y material empleado por uno y otro combatiente: fusiles, cañones, armas blancas, etcétera, etc. El terreno ha de completar el anterior trabajo, considerando en él sus características geográficas y topográficas, sus formas de utilización, es decir, las obras fortificadas, los caminos, etcétera. Procediendo de esta manera podremos adquirir la visión de la realidad y el Pasado surgirá ante nuestros ojos con la animada apariencia de un hecho presente.